LOS MONSTRUOS DE LA RAZÓN

RINO CAMMILLERI

IMPRESCINDIBLES

LOS MONSTRUOS DE LA RAZÓN

RINO CAMMILLERI

El autor de este libro nos lleva a un "viaje por los delirios de utopistas y revolucionarios" que en el mundo han sido. Ciertamente no están todos -entre otras razones porque, según confiesa el autor, "no entraba en mi intención componer una obra de doce volúmenes"-, pero la muestra es bastante significativa, a ratos divertida y a ratos terrible, porque el precio del experimento suele pagarse con sangre.

“Los monstruos de la Razón *tiene la virtud de desenmascarar la mentira más tenaz de nuestro tiempo: aquella de la que nacieron todos los totalitarismos del siglo XX"*
Carlos Esteban, La Nacion.es

"Resulta difícil aburrirse con páginas como estas, repletas de personajes singulares e inquietantes (...) y de utopías curiosas e impensables (...), y en las que no falta tampoco la bendita virtud del buen humor."
Vittorio Messori

LA GACETA



ISBN: 978-84-92518-62-3

IMPRESCINDIBLES

Los monstruos de la Razón

Viaje por los delirios
de utopistas y revolucionarios

Rino Cammilleri

CVM LAVDE
HOMOLEGENS

© Homo Legens, 2007
2.ª Edición especial para La Gaceta
Paseo de la Castellana, 36-38
28046 Madrid
Grupo Intereconomía
www.homolegens.com

Título original: I mostri della Razioni (1993)

Prólogo: Vittorio Messori

ISBN: 978-84-92518-62-3
Depósito legal: M. 27.854-2010

LOS MONSTRUOS DE LA RAZÓN

ÍNDICE

INVITACIÓN A LA LECTURA

El título de este libro alude, contradiciéndola en parte, a la sentencia (repetida no pocas veces sin entenderla) que figura bajo uno de los más famosos grabados de Goya: «El sueño de la razón produce monstruos». Y es que no es precisamente eso lo que confirman ad abundantiam las páginas que siguen, tal como lo ha puesto de manifiesto siempre la Historia, sino ciertas «vigilias» de la Razón (sobre todo cuando es considerada y escrita con mayúscula) las que han engendrado monstruos. Y con no poca frecuencia, monstruos terribles por su inextinguible sed de sangre.

La no aceptación del mundo tal cual es, el sueño de lograr su perfección si se organizase «según la razón», ha acompañado desde siempre a la Humanidad. Incluso la Antigüedad clásica se cimentó en célebres obras «utopistas», pero, en cambio, y a diferencia de lo que ha sucedido después, en los siglos «modernos», nadie pensó en traducir o dejar que se tradujesen en la práctica aquellos proyectos, considerados como puras abstracciones, como una especie de gimnasia mental tan elegante como inocua. Ni siquiera el cristianismo «auténtico» se propuso construir aquí y ahora «el mundo perfecto». Efectivamente, el corazón de la esperanza cristiana es el anhelo de «tierras nuevas y cielos nuevos», pero que se alcanzarán al final de la Historia. Según la sabia fórmula del no sólo, sino también, el cristianismo, al impulso ideal, a la propuesta de lo mejor añadió siempre, colocándolo a su lado, el realismo, con su comprensión y aceptación del hombre concreto.

Hacer del mundo un monasterio en el que todos practicasen todas las virtudes equivaldría a transformarlo en una inmensa prisión en donde lo más que se podría conseguir sería el triunfo de la hipocresía. Eso es lo que, por fortuna, ha creído siempre la Iglesia Católica, que, sin embargo, ha engendrado en su seno, generación tras generación, y con una constancia extraordinaria, «instintos de perfección»: órdenes, congregaciones, compañías, en las que hombres y mujeres viven la «utopía», intentan anticipar en el mundo lo que finalmente constituir? la norma cuando el mundo mismo y su historia se hayan consumado.

Pero no por casualidad se ha hablado siempre de «vocación»: hemos de ser vocados; es indispensable una «llamada» divina, misteriosa e individual, para lanzarse por este camino. Camino tan difícil y arriesgado que necesita la ayuda y protección de mil cautelas codificadas; minuciosas cribas de las «reglas», aprobación ad experimentum; vigilancia continua, exhortaciones a multiplicar los propósitos espirituales hasta el heroísmo. Y todo esto para no recaer en la condición del «hombre natural», siempre en acecho. Tampoco es casual que la historia de estos institutos sea la historia de continuas reformas para volver una y otra vez al ideal.

Antes de la contaminación de ideologías poscristianas (sobre todo en la versión de la vulgata marxista) el cristianismo, por lo menos en su versión católica, ha tenido siempre bien claro que se nos ha prometido un solo paraíso, y que este paraíso no está situado en la tierra. Por decirlo con Cammilleri, «la Iglesia ha predicado siempre cómo debería ser el hombre, pero comenzando por aceptarlo tal cual es».

De este modo, la sabiduría evangélica y a la vez humanísima que en los seminarios presidía la formación de los hombres de pastoral, de los sacerdotes en su misión de «cura de almas», les recomendaba ser heraldos de utopía y de intransigencia en el pulpito y a la vez, misericordiosos y comprensivos en el confesionario, al enfrentarse allí con la debilidad de la criatura concreta.

En cuanto a los hombres organizados en sociedad, resulta significativo que la Iglesia no se haya manifestado jamás con declaraciones autoritarias sacralizando un modo de gobierno o una estructura política respecto de otras. En los hombres de Iglesia pueden haberse dado, sin duda, preferencias, determinadas por las condiciones históricas de cada momento, pero nunca una toma de posición de fide. Lo que significa también aquí una cercanía «católica» al pragmatismo realista que sabía muy bien, incluso antes de Maquiavelo, que en la cosa pública no existe ningún «plan», por atrayente y estudiado que aparezca, que, aplicado a un problema, no origine necesariamente problemas nuevos. El único modo verdaderamente cristiano de responder a la obligación de conseguir que la convivencia social sea lo más ordenada y humana, lo menos injusta posible, es dirigirse, no a lo externo, sino a lo interior del hombre; tratar de hacerlo verdaderamente cristiano y, por lo mismo, abierto al amor, a la solidaridad y a las virtudes de buen ciudadano.

Con la expulsión, polémica no pocas veces, de la tradición cristiana –a partir del siglo XVIII– primero de la inteligencia occidental y después, poco a poco, de sectores sociales cada vez mayores, se sustituye la perspectiva de la fe, con su concreta atención al hombre «como verdaderamente es», por la abstracción ideológica del hombre «tal como debería ser». En la torre de marfil de sus cabinets de travail, o en el brillo mundano de las tertulias, empiezan a moverse los primeros representantes de una nueva y temible categoría humana, la de los «intelectuales». Así, aquellos que olvidándose de la complejidad del ser humano, no emplean más que una facultad, el «intelecto», la «razón», tienden a que ésta sustituya ala fe hasta el punto de otorgar a la razón atributos divinos y adorarla bajo las bóvedas de las catedrales, de las que previamente había sido arrojada la que se califica de superstición oscurantista, esto es, una «revelación» irracional e irrazonable, y que –dicen– es dañosa desde su misma raíz: la creencia en el pecado, y particularmente en el «original». Si el hombre es infeliz con frecuen-

cia; si la sociedad está desorganizada y es injusta, si la tríada liberté-égalité-fraternité no preside las relaciones entre las personas, no es ciertamente por alguna causa teológica; es que ha faltado un «plan» según la razón: es que no se ha permitido legislar los «filósofos», es que no se ha confiado el gobierno a los «expertos», a los «intelectuales», a los «mejores», en suma, es decir, a aquellos que saben en todo momento adecuarse a las categorías racionales. A aquellos que no tienen respeto alguno por tradiciones, costumbres, creencias: antiguallas todas ellas superadas por las «luces».

Desgraciadamente, el «ilustrado» siglo XVIII se cierra con un tremendo acontecimiento del que hasta entonces la Providencia había librado a la Humanidad: todos aquellos discursos, libros, sueños, planes -que hasta entonces no habían pasado de ser divagaciones teóricas-, encuentran la posibilidad de convertirse en historia concreta y real. En aquel fatal año de 1789, entre Versalles y París, los «amigos de la Humanidad», los portadores de la antorcha de la razón pudieron poner en práctica sus esquemas.

Y así comenzó el martirologio de la modernidad. Desde entonces hasta el día de hoy, el balance de aquellas ideologías que habían venido a sustituir al «irracionalismo religioso» es dramáticamente monótono. Siempre, sin excepción alguna, los paraísos en la tierra, prometidos por el «plan» pensado en la mesa de trabajo, se han transformado en la práctica en infiernos muy concretos. Siempre en nombre de la «fraternidad» se ha desembocado en el Terror, si es que no en el genocidio. Y esto por un mecanismo tan sencillo cuanto implacable: la utopía del intelectual, tan impecable y atractiva sobre el papel, cuando llega a aplicarse –por las buenas o por las malas– a la carne viva de la humanidad, pone pronto de manifiesto su esencia abstracta, su incapacidad de abarcar la complejidad de lo real Pero si la teoría no funciona en el terreno de los hechos, no lleva a los «ideólogos» a deducir su inadecuación a la realidad, sino que les provoca un amenazador: «Y bien; tanto peor para los hechos».

De esta manera la utopía pierde rápidamente sus aspectos «humanísticos» y pacíficos radicalizándose y haciéndose opresiva: «¡Sé mi hermano o muere!». Las prisiones comienzan a abrirse para los «asocíales», esto es, para quienes no están dispuestos, y se atreven a decirlo, a adecuarse a un modelo tan teórico e inhumano de sociedad. Mas como ocurre que no basta con la represión y todo el mecanismo se traba cada vez más –empezando, por lo general, por lo económico, pero también por lo ético y moral, lo que afecta particularmente al corazón de todo utopista– surge la obsesión del complot. Si las cosas no funcionan, o funcionan cada vez peor, la culpa es de las «quintas columnas» de los saboteadores internos, de los enemigos exteriores, de las oscuras fuerzas de la reacción, del mundo que muere y no quiere dejar paso al mundo nuevo. Por consiguiente son necesarias las purgas, las depuraciones, los lager y gulags: el Terror

Ésta es la trágica parábola que ha acompañado a la modernidad y que con tanta frecuencia ha costado sangre: inmensas desilusiones, derroche de energías y de inteligencias, derrumbamiento de las esperanzas. Para limitarnos a la última embriaguez, verdaderamente impresionante, de utopías y de «planes para un mundo diferente», la del sesenta y ocho, ¿se ha olvidado, acaso, que los míticos «jóvenes» de entonces se han convertido, veinte años después, en la generación de los cuarentones más descaradamente «hedonistas», seguramente los menos «sociales» del siglo, los «trepas» de los años ochenta y del b o om económico de la era reaganiana?

No queremos alargarnos demasiado, entre otras razones porque no queremos quitar tiempo al lector, deseoso sin duda de comenzar la lectura de las páginas que le ofrece Rino Cammilleri. El autor, aún joven, representa la figura singular del convertido a un catolicismo militante, que no teme recordar a sus interlocutores las razones de su fe, cosa que, quién sabe por qué, es tenida por intolerablemente «apologética», «poco dialógica y ecuménica», por parte de no pocos «intelectuales» clericales de hoy. Cammilleri, ya bien conocido por otras obras

no alineadas dentro de la vulgata católica actual (Los santos militares, por ejemplo) ha escrito con este libro una obra muy útil y de muy agradable lectura.

Resulta difícil aburrirse con páginas como las que siguen, repletas de personajes singulares e inquietantes, de «ahondamientos» en teorías, esquemas, y utopías curiosas e impensables; páginas que no temen la reflexión «moral» dentro de una perspectiva sana y limpiamente católica en la que no falta tampoco la bendita virtud del buen humor. Hay aquí mucho que aprender y sobre lo que reflexionar, no sólo sin aburrirse, sino sonriendo en más de una ocasión. Buena manera, en suma, de exorcizar las tentaciones –que aparecen una y otra vez– de utopías sociales (quas Deus a nobis avertat!) que fermentan en esas inagotables forjas de mitos que son el corazón y la cabeza del hombre. Y que hay que temer más que nunca tras el fin de la christianitas, si, tal como la historia lo demuestra, está justificada la admonición de Karl Barth: «Cuando el cielo se vacía de Dios, la tierra se llena de ídolos». «ídolos», esto es, «monstruos», nacidos del vientre oscuro de una razón, que, de ser un don precioso del Creador, se ha convertido en una Razón, con mayúscula, que ha pretendido ocupar el puesto del mismo Dios, arrojando a la Revelación a figurar en el viejo catálogo de las «supersticiones». Con los resultados que, implacablemente, nos muestra la Historia de los dos últimos siglos, e incluso, y más concretamente, la crónica de nuestros días.

Cammilleri nos propone un curioso viaje entre íncubos que con frecuencia muestran el aspecto tentador de encantadoras sirenas; un viaje que, sin duda, puede servirnos de vacuna. Merece la pena que nos aprovechemos de él para no confundir la Esperanza, la verdadera, la que no defrauda –así lo cree el cristiano– con las «esperanzas de papel» de utopistas reformadores, revolucionarios, que tantas veces son las primeras víctimas de sus proyectos de «hacer feliz a la Humanidad», lo quiera o no lo quiera; por las buenas o por las malas.

Vittorio Messori

LOS MONSTRUOS DE LA RAZÓN

«No otra cosa que el maravilloso mundo lunar de Utopía será el resultado de la Revolución».

ROBERT HEATH

Capítulo 1

Para comenzar

«Para conocer la añada y la calidad de un vino no es necesario beberse la botella entera».

ÓSCAR WILDE

Buenas intenciones

Corría el año 1989 y quien esto escribe, como tantos otros periodistas, producía artículos y conferencias sobre la Revolución francesa (¡el Bicentenario!). Tenía mucho material sobre el tema y ya había publicado bastantes artículos en periódicos nacionales. Entre el material recogido figuraban una serie de libelos escritos algún tiempo antes de 1789 y que venían a ser una especie de preparación para el Gran Acontecimiento. No eran suficientes como para hacer un libro, pero sí bastantes para estimularme a seguir investigando en el tema. A medida que avanzaba surgían temas de extraordinario interés que remitían a otras obras, y éstas, a su vez, a otras ideas. Así, resultaba evidente que limitarse a explorar solo los acontecimientos del siglo XVIII encerraba el riesgo de dejar manco el discurso; se hacía necesario aventurarse en el tiempo precedente. Y , por otra parte, el conjunto remitía, necesariamente, a procesos y acontecimientos posteriores e incluso a hechos contemporáneos a nuestros días.

El trabajo estaba reclamando un título sonoro. Qué sé yo, *Historia de las utopías* o algo por el estilo. Pero fue al estudiar la Restauración cuando naufragaron las buenas intenciones.

El lector ha de perdonar lo extenso de la relación que sigue, pero la cosa se comenta por sí sola.

Comuneros, anilleros, concesionistas, carbonarios, la sociedad europea, la sociedad del ángel exterminador (España), la sociedad de la aguja negra, la sociedad de los peregrinos, filadelfos, adelfos, francos regenerados, la sociedad de los derechos del hombre, los caballeros de la fe, la calabaza, los universalistas, la sociedad de la familia, la sociedad de las estaciones (Francia), los caballeros de la reina de Prusia, los caballeros negros, los concordes, los absolutos (Alemania); la sociedad de los verdaderos y fieles hijos de la patria –también llamada unión de la salud–, la sociedad de los caballeros rusos, la unión del bien público, la unión de los boiaros –dividida en adheridos y creyentes–, la sociedad de los eslavos reunidos (Rusia), los segadores y los hiladores (Polonia), la eteria (Balcanes); los carbonarios y la joven Italia en la península itálica.

Y después, y además: los rayos, los federados, los caballeros del sol, los caballeros de la libertad, los amigos del deber, los cazadores americanos, los brazos, los decididos, los hijos de Marte, los hijos del honor, los güelfos, los consistoriales, los deíficos, los latinos, los ingenuos, etc.[2]

Estas son sólo *algunas* de las sociedades secretas –cada una de ellas con su programa libertario, insurreccional, restaurador o simplemente utópico– que pululaban en el mundo durante el período de la Restauración.

En mi intención no entraba el componer una obra en volúmenes, ciertamente, pero las curiosidades que encontraba mis manos merecían sin más ser reunidas y divulgadas. Todos aquellos escritos utópicos, todas aquellas sociedades secretas que surgían con la intención de dar –de grado o por fuerza– una nueva forma al mundo, tenían algo en común: el haber sido concebidos en un gabinete por cerebros de intelectuales. Decía Tocqueville que para determinadas cosas el peor político«*vaut mieux* que el intelectual más brillante. El

lector podrá constatar en las páginas que siguen hasta qué punto es cierta la afirmación de Tocqueville.

El sueño de la razón

El sueño de la razón produce monstruos es el celebérrimo título de un grabado de Goya. Los monstruos paridos por las mentes de los utopistas viven incluso hoy en muchas partes del mundo, tanto, que a veces se tiene la impresión de que la «razón» que los ha producido no duerme nunca, sino que está bien despierta y horrendamente lúcida. Augusto del Noce ha denominado agudamente a muchas utopías llevadas a la práctica «heterogénesis de los fines», es decir, buenas intenciones que al ser realizadas se convierten en su contrario. En este libro se verá, por otra parte, cómo para muchos utopistas el fin realizado coincidía exactamente con el perseguido por ellos, y entonces el lector se siente tentado a preguntarse: ¿por qué no los han encerrado enseguida en un manicomio?

En las páginas que siguen nos encontraremos a cada paso con cosas verdaderamente extrañas y curiosas, cosas frecuentemente poco conocidas y otras de las que siempre hemos oído hablar de pasada, pero acerca de las cuales nunca hemos osado preguntar por no pasar por ignorantes. Por ejemplo, la Conjura de los iguales. Casi todos en Italia hemos oído hablar de la Conjura de los iguales, pero no son muchos los que conocen exactamente cómo fueron las cosas. En los manuales escolares se alude a ella y en los libros más serios se da con frecuencia por descontada, con lo cual uno se pasa la vida sin saber exactamente de qué se trata. Es obvio que se puede sobrevivir perfectamente sin saber qué es la Conjura, pero quizá quien haya comprado este libro tenga interés en saber más acerca del asunto. Por eso hemos decidido tratar de ella en su momento para todos aquellos que, como le ocurría al propio

autor de este libro, sólo hayan oído hablar del asunto superficialmente.

Inútil es decir que el lector curioso no encontrará *todas* las curiosidades o todas las cosas sobre estos temas que querría conocer y no conoce. Y esto es porque quien ha dicho ya que no tiene la intención de escribir un tratado en doce volúmenes puntualiza ahora que ni siquiera pretende llegar a escribir seis.

No obstante, aconsejo al lector curiosísimo la lectura de *El péndulo de Foucault,* en donde encontrará muchas de las curiosidades que le apetece conocer relativas al tema de las sociedades secretas y del esoterismo. Y podrá meditar acerca de la conclusión de Umberto Eco, esto es, que no existen complots, que quienes conspiran y los que creen en los complots son personajes que a lo más sólo pueden crear confusión y a veces daño; que, en fin, no existe un plan en el mundo y en la Historia, ni un Plan en el universo. Es verdad que podrá quedar en algunos de los que lo lean la impresión de que, por ejemplo, la masonería, que tanta parte tuvo en la Revolución francesa, en el *Risorgimento* italiano y en otros hechos históricos, sea algo más que u n grupo de austeros señores con delantal de cuero. Y que, quizá, al fin, exista un plan verdaderamente universal. Y que incluso –quizá– *el péndulo de Foucault* forme parte de él. En cualquier caso, se trata, a fin de cuentas, de una disputa entre racionalistas, si es verdad lo que decía Karl Popper, que admitir la posibilidad de complot significa reconocer la plasmabilidad de la historia por parte de la Razón.

Pero ¿hay un Plan?

Leyendo el presente volumen se verá que, haya o no un Plan, hay y ha habido gente que ha creído en ello y que se ha pasado la vida haciendo planes. Ahora bien, esta obstinación, tan antigua como la Torre de Babel, se manifiesta al estudio-

so como el síntoma de una enfermedad incurable de la humanidad en cualquiera de sus etapas: obsesión por la utopía, como una especie de fijación monomaníaca de la que ninguna época se ha visto libre. Y esta constatación no es parto de la fantasía de quien esto escribe, sino que viene expuesta analíticamente en *El fenómeno socialista,* de Igor Chafarevich, libro al que debe mucho el presente trabajo.

La obsesión por el «plan» no demuestra que un determinado plan exista. Pero pone de manifiesto que es necesario. De hecho, aquellos que se jactaban de no creer en el plan acabaron inventando uno, dando así la razón a Pascal, quien sostenía que si no existiese Dios, habría que inventarlo. O a Chesterton, que afirmaba que era falsa la común opinión según la cual el hombre contemporáneo no cree en nada, ya que en realidad cree en todo. Todas las ideologías que se han propuesto suprimir la religión no han dejado vacío su puesto: en él han colocado al Estado. E incluso ha habido quienes, sin rodeos, han tratado de divinizar el ateísmo o al menos han intentado organizado como partido político con garantías constitucionales. El defensor más consecuente de esta posición fue Cario Cardia, renombrado vaticanista de *U Unitá. En* un opúsculo aparecido en 1973 en la colección *Disenso* editado por Donato, en Bari, aun admitiendo que la «laicización de la instrucción pública» representó «el punto culminante de la desconfesionalización del Estado en el período liberal», lamentaba sin embargo el hecho de que «no existe ninguna disposición en la legislación liberal que prevea o regule expresamente el ateísmo». Y a esto seguía un extenso análisis sobre las imperfecciones en tal sentido de la Constitución republicana.

En el laberinto de las utopías

La fiesta de las locuras, para quien se adentra en ellas, parece no concluir nunca. Escarbando entre las utopías se des-

cubre que quien no ha tenido la ventura de nacer en un tiempo en el que la utopía estaba permitida, no pudiendo esperar ser tomado en serio, no teniendo personajes poderosos a los que dedicar y dirigir los proyectos de reforma ni adeptos con los que fundar una secta, se ha dedicado a escribir relatos fantásticos, limitándose a imaginar aquello que no podía ver realizado.

Entre estos tales se encuentra Fénelon, preceptor de príncipes, (cosa que explica en parte la benevolencia con la que ciertos permitieron que se talase el árbol sobre el que estaban sentados), que llega a imaginar una ciudad sin casas (lo que no está nada mal como imaginación) porque sus habitantes, en su ansia antipropietaria, preferían no permanecer apegados a la tierra. O Fontenelle, quien en su Querella de los antiguos y los modernos, un pueblo en el que sus moradores están obligados a dejar la ciudad y marcharse a vivir al campo cuando contraen matrimonio.

Anticipando el modelo sueco, De Foigny se limita a pretender que los niños, al cumplir los dos años de edad, sean separados de sus madres y criados por el Estado (a Foigny le gustaría saber, en el lugar en que se encuentra actualmente, que en Italia se han presentado proyectos de ley para hacer obligatoria la asistencia a las guarderías a los tres años; la diferencia consiste en que esta «utopía» sería quizá recibida con alegría y alivio por parte de las madres trabajadoras, especialmente si la guardería fuese a tiempo completo).

Y hay también quien describe una ciudad dispuesta a los dos lados de una larguísima calle: los ciudadanos avanzan de casa en casa a medida que progresan en edad, desde su lugar de nacimiento hasta el cementerio. El único problema es el transporte: sólo con medios velocísimos puede impedirse la marginación de los ancianos.

La llamada ciencia-ficción sociológica ha desarrollado ampliamente estos temas llevándolos a límites inverosímiles. En el relato *La fuga de Logan,* en cuyo argumento se ha basado

una conocida película, se imagina un mundo en el que los habitantes son eliminados cuando alcanzan la edad de treinta años. Otro relato habla de una América del futuro en la que todas las estructuras políticas estallan por descomposición. Lo único que queda en pie es la mafia, que se ve obligada a legalizarse y a asumir el poder, lo que viene a significar un nuevo feudalismo. El Gobierno legítimo trata de reconquistar el poder, pero queda descalificado a los ojos de las gentes y se ve obligado a llevar una existencia clandestina y fuera de la ley. Pero aquí entramos verdaderamente en un terreno laberíntico, y se corre, por ello, el riesgo de salirse del tema que nos ocupa principalmente. Por otra parte esto supondría un trabajo desmesurado. Piénsese que ni siquiera Kepler resistió a la tentación de escribir un relato, *Somnium,* en el que describe el mundo lunar, al cual habría sido llevado en sueños por un demonio[3].

Nuestro viaje al corazón de la utopía nos llevará a constatar la lucidez de la afirmación de Tocqueville que hemos recogido al principio de este capítulo: el peor político es siempre mejor que el intelectual más brillante cuando éste interviene en política. El político, por hábil que pueda ser para moverse en las acrobacias demagógicas, está obligado, antes o después, a asumir responsabilidades. El hombre de la calle, frente a la imbecilidad de un Luis XVI, puede abrigar siempre la esperanza de sustituirlo un día por un rey más capaz. El intelectual utopista, por el contrario, sugiere –con las «luces» en la mano– decapitar la monarquía, porque el programa que ha diseñado en las tertulias y en las antecámaras de las damas es, sobre el papel, perfecto. Cuando después ocurra que los hechos contradicen la teoría, ante los ríos de sangre y los océanos de sufrimiento, podrá decir siempre, como Marco Antonino ante el cadáver de César: «Desgracia, ahora estás desencadenada; toma el camino que quieras».

O lo que es aún peor, forzará a los hechos para que se adapten –por las buenas o por las malas– a sus teorías.

Notas

[1] El autor se refiere a la Restauración italiana, esto es, el período que se genera desde que Napoleón se ciñe la corona de Italia como emperador, en 1805, lo que da origen a una serie de sectas y movimientos secretos en los que se organiza la oposición (N. del T.).

[2] Para emplear un criterio coherente, y dado que las referencias bibliográficas del autor se refieren, en la gran mayoría de los casos, a obras en italiano de las que en muchas ocasiones se cita la página, repetimos aquí dichas citas tal como aparecen en el original. Esto no obstante, cuando se trate de alguna obra de autor español o de alguna referencia en el texto principal a obras de amplia difusión o del acervo cultural universal, el título de la obra se citará en español (N. del T.). GIANNI VANNONI, Le societá segrete dal Seicento al Novecento. Sansoni, Florencia 1985, pág. 181.

[3] Ya Luciano de Samosata, en el siglo II de nuestra era, escribió una Historia verdadera en la que describía viajes a la luna y al sol. Las supuestas civilizaciones seleníticas y solares fueron descritas, sin embargo, con mayor riqueza de detalles por Cirano de Bergerac, el auténtico, no el poeta de enorme nariz pintado por Rostand. Este extravagante personaje, escritor, militar, físico, filósofo y viajero, escribió en 1650 los Viajes al otro mundo y murió a los treinta y cinco años rechazando los auxilios de la religión. En su obra, Cirano describe los imperios del sol y de la luna, lugares a los que ha llegado volando en una máquina accionada por cohetes. Ya en aquellos lugares, en medio de fantásticas aventuras, encuentra la ocasión de lanzar durísimas imprecaciones contra la especie humana, culpable de creer en Dios y de pretender poseer un alma espiritual.

Capítulo 2

El catecismo de Satanás

«Que los hombres se igualen o se gobiernen como les plazca; que sean sabios o inconscientes, buenos o malos, que digan lo que digan o hagan lo que hagan después de mi muerte, a mí no me importa».

JEAN MESLIER

Grafómanos al ataque

Poco tiempo antes de la Revolución, Francia fue literalmente inundada por toda una preparación libelística. Panfletos blasfemos, novelas libertinas, obras de Voltaire y extractos de Rousseau fueron distribuidos en ediciones económicas por todo el país llevados por cuadrillas de mensajeros ambulantes.

Una expresiva página de Pierre Gaxotte pinta claramente la situación:

«De Inglaterra, Montesquieu y Voltaire trajeron un cuadro que nos deja estupefactos. La isla "tétrica y turbulenta de los regicidas", la nación intolerante, ávida, ambiciosa, que había organizado la persecución religiosa bajo la forma más fría e implacable, la administrativa, no existía para ellos. En su lugar, aquello era un paraíso liberal iluminado, poblado de eruditos y pensadores, capaz de proporcionar al mundo modelos de civismo y de virtud.»

El historiador francés continúa:

«Este fue el punto de partida de una actitud crítica, divertida por las reducciones que presentaba, desconcertante

por su puerilidad y simplicidad. Los abusos ciertos y las injusticias reconocidas no eran tratadas de peor manera que los principios y las instituciones de las que vive y vivirá toda la sociedad. Con un chascarrillo, una sonrisa o un epigrama todo quedaba condenado, sin orden y sin apelación. En función de esta sumaria ejecución, se crea un nuevo personaje, un "salvaje" imaginario que representa la naturaleza ingenua, adornada con todas las gracias y todos los refinamientos de la civilización milenaria. Su oficio es el de asombrarse continuamente y utilizar todos los recursos de un espíritu culto, educado y refinado, para concluir declarando absurdos y nocivos el refinamiento, la educación y la cultura.»

Y prosigue:

«Durante años, Francia estuvo llena de estos iroqueses muy parisinos, de estos persas civilizadísimos, de estos ingenuos sin ingenuidad. Con sus doctas ironías, con sus comparaciones despreciativas, con sus ficciones maravillosas, lograron turbar los espíritus, sembrar la duda y la inquietud en los más sólidos, consiguieron que fueran tenidos por atentados o usurpaciones los derechos más comunes y por instituciones inquietantes e ilegítimas los ordenamientos que desde hace siglos la sociedad se gloriaba de respetar y servir»[1]. Pues bien, todas estas novedades penetraban en Francia junto con las mercerías y mil mercancías diversas, procedentes de los países protestantes, gracias a la complicidad de facto del «iluminado» Malesherbes, director de la Biblioteca Real. Muchos de estos libelos se camuflaban bajo una cubierta distinta de la suya propia.

Un extraño sacerdote

Una obra que tuvo en su época un amplio eco, pero que hoy es casi desconocida, fue el Testamento de Jean Meslier, aparecido en Francia el año 1773 bajo la forma de fragmentos escogidos. ¿Por qué *Testamento?* Porque en el tiempo de

su primera edición, su autor y a se había suicidado, a la edad de 55 años.

El libro comienza así: «Queridos amigos, en vida no he podido expresar nunca lo que pensaba acerca de los temas de gobierno y sus sistemas, sobre la religión de los hombres y sobre sus derechos (...) por eso he decidido hacerlo todo después de mi muerte».

Y concluye, anticipando en dos siglos el final de *El nombre de la rosa:* «Los muertos, con los que me dispongo a estar, no se inmiscuyen ya en nada. Con este "nada" termino. Ahora y a no soy nada y pronto seré nada del todo»[2].

¿Por qué Meslier no se atrevió a dar a la imprenta su libro mientras vivió? ¿Por miedo a la censura o a la autoridad? Nada de eso. En Francia circulaban entonces obras mucho más subversivas que la suya y nadie decía nada. Y no sólo eso, sino que además, como se ha dicho, este tipo de lecturas se había convertido en el juego de sociedad más en boga en la alta nobleza[3].

El hecho es que Meslier era un sacerdote, un párroco rural, para ser preciso. Y lo que temía era la ira de sus feligreses, más que la de los gendarmes.

El *leitmotiv* del libro es el odio a Dios y a la religión, responsables, según Meslier, de todas las desgracias de la humanidad. De todas las religiones, la más absurda para él era el cristianismo. Dice Meslier: «Y nuestros teocristólatras, ¿a quién atribuyen la divinidad? A una nulidad que no tenía talento, ni ciencia, ni capacidad, y era absolutamente despreciado por el mundo. ¿A quién la atribuyen? ¿Puedo decirlo? Pues bien, lo diré: a un loco, a un demente, a un fanático escuálido, a un desgraciado, carne de horca». Como es fácil imaginar, está hablando de Jesús. Así, ¿Jesús podía ser Dios, según Meslier? No , y por dos razones: primera, porque nunca fue otra cosa que un simple carpintero; segunda, porque, si incluso los animales tienen muchos hijos, ¿por qué el mismo Dios no fue capaz de tener más que uno?

Podemos preguntarnos, después de leer esas afirmaciones, qué le enseñaron a Meslier en el seminario o en qué seminario estudió. Pero resulta que en aquel tiempo los seminarios eran muy serios, de tal modo que las especulaciones de Meslier sólo pueden ser atribuidas a sus problemas personales

La utopía

Con todo, el libro -blasfemias aparte- debe ser catalogado entre la producción utópica, porque su autor se explaya describiendo lo hermoso que sería el mundo sin religión. Y sobre todo, sin el sostén, por parte de la religión, de las dos grandes desdichas de la Humanidad: la propiedad privada y el matrimonio.

Para Meslier, hay que abolir la propiedad privada y todo deberá ser de propiedad común. De aquí brotará naturalmente la felicidad del género humano. «Todos se amarán recíprocamente, desaparecerán los trabajos pesados, los engaños y la vanidad.»

Sin embargo y seguramente a causa de su escasa cultura, Meslier no se lanza a profundidades técnicas, no dice cómo puede conseguirse todo esto; simplemente se limita a atizar el odio hacia los ricos y los nobles.

Sobre el matrimonio dice: «Es necesario que hombres y mujeres gocen de la misma libertad para unirse según la atracción que sientan, e igualmente puedan quedar libres cuando la vida en común resulte fastidiosa o cuando un nuevo interés atraiga a uno o a otro a una nueva unión». Anotemos aquí que este pensamiento de Mesalina ha tenido, como es bien notorio, desarrollos posteriores.

Algunos fragmentos o extractos de Meslier llegaron a mano de Voltaire, quien los alabó con entusiasmo, los definió como «un catecismo perfecto para Belcebú» y recomendó a los «hermanos» su difusión: «Verdaderamente la bendi-

ción de Dios se extiende sobre nuestra nueva Iglesia: en una provincia, la difusión de trescientos ejemplares de Meslier ha producido muchas conversiones». Y casi se desgañitó para tratar de convencer a los «hermanos» de que el libro sería útilísimo para «formar a los jóvenes», llegando a encolerizarse cuando sus indicaciones no eran obedecidas absolutamente. «Jean Meslier deberá convencer a todo el mundo. ¿Por qué su Evangelio está tan poco difundido? Vosotros, los parisinos, sois demasiado tibios».

En 1793, en pleno programa de descristianización, Anacharsis Clootz (que se autodefinía como «enemigo personal de Cristo») propuso levantar en el Templo de la Razón una estatua a Meslier, pero la cosa pareció excesiva incluso a Robespierre. Los jacobinos, que no se distinguían precisamente por su afección al cristianismo, juzgaron peligroso el libro de Meslier. Intuyendo que sin una religión no hay modo de gobernar, inventaron el culto al Ser Supremo, con su cortejo de coreografías litúrgicas y procesiones.

El *Testamento* de Meslier pudo ser publicado sólo el año 1864 en Amsterdam.

Lo que para nosotros resulta más interesante notar (y trataremos de hacerlo más precisamente en los próximos capítulos) es que este libro de Meslier se sitúa por derecho propio dentro de la obsesión por la utopía que caracteriza a la historia de la Humanidad casi desde sus inicios. Es una especie de hilo rojo que liga obras como *La República* de Platón con la canción Imagine de John Lennon[4] pasando por todo el pensamiento gnóstico, las sociedades secretas y los escritores utopistas.

Hoy que la utopía es de masas (estamos pensando, además de la canción citada, en la ciencia-ficción) y que el advenimiento de la tecnología entraña el riesgo de ser saludada por los pueblos como un fausto, sería bueno señalar (y podríamos quedar estupefactos por ello) cómo ciertas conquistas que se presentan como absolutamente nuevas son, en realidad, fruto

de una lentísima, milenaria, preparación; de una erosión de las mentes y de los corazones constante y eficaz.

La obstinación utópica ha tenido siempre las mismas connotaciones, siempre viene presentada como novedad, pero las ideas que subyacen en ella son muy antiguas, como las que aparecen en el *Testamento* de Meslier: abolición de la propiedad privada, igualdad y comunidad de las mujeres, gobierno de los «sabios». Y es de aquí –dicen– de donde debe brotar la felicidad de toda la Humanidad.

Notas

1 P. GAXOTTE, La Rivoluzione Francese. Rizzoli, Milán, 1949, pág. 54. El libro ha sido reeditado con ocasión del bicentenario por Osear Mondadori.

2 Esto es lo que Umberto Eco hace decir a Adson de Melk en la última página de El nombre de la rosa: «Dentro de poco me reuniré con mi principio, y ya no creo que éste sea el Dios de gloria del que me hablaron los abades de mi orden, ni el de júbilo, como creían los franciscanos de aquella época, y quizá ni siquiera sea el Dios de piedad, Gott ist ein lautes Nichts... Me internaré deprisa en este desierto vastísimo, perfectamente plano e inconmensurable... Me hundiré en la tiniebla divina, en un silencio mudo y en una unión inefable, y en ese hundimiento se perderá toda igualdad y toda desigualdad, y en ese abismo mi espíritu se perderá a sí mismo, y ya no conocerá lo igual ni lo desigual, ni ninguna otra cosa; y se olvidarán todas las diferencias, estaré en el fundamento simple, en el desierto silencioso donde nunca ha existido la diversidad, en la intimidad donde nadie se encuentra en su propio sitio. Caeré en la divinidad silenciosa y deshabitada en la que no hay obra ni imagen».

3 A tal propósito, Pierre Gaxotte cita a Taine: «Está sentado a la mesa, rodeado de un lujo delicado, en medio de mujeres sonrientes y enjoyadas, junto a hombres instruidos y corteses, de inteligencia viva y trato desenvuelto. Tras el segundo plato, la conversación se enciende, la argucia brota a torrentes, los espíritus se inflaman y resplandecen. ¿Se puede pasar, cuando llega la fruta, de burlarse de los argumentos más serios? Al tiempo del café se llega al problema de la inmortalidad del alma y de la existencia de Dios. Para imaginar esta audaz y seductora tertulia basta con leer la correspondencia, los tratados, los diálogos de Diderot y de Voltaire». PIERRE GAXOTTE, op. Cit, pág. 70.

4 John Lennon, el mítico líder de los Beatles asesinado por un «fan» decepcionado, escribió con Imagine su más famosa canción. Es un perfecto resumen del pensamiento utópico. En ella se imagina un planeta completamente unido, un lugar en el que todos viven en paz y todos los problemas están resueltos. Por supuesto que en él no habría autoridad ni religión alguna (...) «And no Religión too». Y concluye, inscribiéndose así de pleno derecho en el repertorio de los utopistas: «You may say I am a dreamer/ but Fm not the only one»: «Podrás decir que yo soy un soñador, pero no soy el único».

Capítulo 3

El hormiguero de Morelly

«Siempre ocurre que con las mejores intenciones se han producido las peores obras.»

ÓSCAR WILDE

Utopía de bar

El pensamiento utópico es una constante del ser humano, una tentación más fuerte y sutil que muchas otras. Es seguro que el lector habrá asistido a algún episodio de lo que podría denominarse la «utopía del bar» o «del café» y hasta es posible que alguna vez haya sido protagonista de alguno de estos episodios. En el bar, en el café, es fácil encontrarse con una persona que se la menta de cómo van las cosas: si él mandase, enviaría, qué sé yo, a los dentistas al paredón, a los comerciantes a trabajos forzados y a los empleados de correos a trabajar la tierra para que supieran lo que «es verdaderamente trabajar». En alguna de estas ocasiones, atrapados en la onda emotiva del momento, nos hemos sentido de acuerdo; otras, en cambio, nos alegramos profundamente en nuestro interior de que aquella persona no detente el poder, especialmente si nosotros pertenecemos a la clase social denostada en aquel momento. Pero la idea de poner las manos en la sociedad para rehacerla mejor se convierte en algo verdaderamente explosivo cuando sale del bar y llega a cualquier intelec-

tualque tiene la posibilidad de publicar su propio pensamiento[1]. La Revolución francesa, como ya se ha dicho, encontró el terreno abonado por la difusión capilar de tales ideas. Es bien conocido que Rousseau y Voltaire fueron los benjamines de la aristocracia desocupada del *Anden Régime.* La moda suprema en las tertulias era la de leer pesadísimos libros acerca del «estado de naturaleza». Torrentes de lágrimas se vertían al leer los amores de cultísimas pastoras y pastores filósofos, asistidos por ancianos lugareños que emanaban sabiduría por sus cuatro costados[2].

A estas lecturas hay que unir los relatos de viajes nunca realizados a tierras de polinesios y persas, y que eran imaginados y presentados a los lectores, habitualmente, como lugares poblados por seres felices, al vivir en pleno estado de naturaleza, esto es sin propiedad privada y con las mujeres en común[3].

Pero lo más curioso de todo eran los manuales «técnicos», es decir, las obras escritas para convencer a la gente de cómo era posible retornar a la «edad de oro». Estos libros eran muy abundantes y tenían amplia difusión entre todas las clases sociales, preferentemente entre las más bajas, las cuales, y contrariamente a lo que se viene admitiendo comúnmente en nuestros días, sabían leer en mayor proporción de la que suele creerse[4].

¿Diderot?

Una de las obras más incisivas de su tiempo fue *El código de la naturaleza, o sea el auténtico espíritu de las leyes,* de Morelly. Se cree que «Morelly» era en realidad un seudónimo de Diderot. En cualquier caso, el panfleto fue atribuido a él y Diderot no hizo nada para negarlo, sino que incluso utilizó las ideas vertidas en el panfleto para sus artículos en la *Enciclopedia.*

Aparecida el año 1755, la obra de Morelly gira en torno a un punto fundamental: la ruptura del estado de naturaleza y

las consiguientes desgracias que han de atribuirse –obvio es decirlo– a la propiedad privada.

Según él, si no se pone en obra su abolición, no se podrá volver a ser feliz. S in embargo, el paso de un estado de naturaleza ignorante, como el de los comienzos, a un estado consciente no podrá efectuarse sino de un modo gradual, a través del «progreso de la razón». ¿Cómo acelerar este proceso que para Morelly es, en cualquier caso, inevitable? Introduciendo una serie de leyes de las cuales tres son «sagradas e inevitables». La primera consiste en la abolición, lo más pronto posible, de la aborrecida propiedad privada. Con la segunda, todos los ciudadanos deberán convertirse en funcionarios del Estado, totalmente a cargo de éste. La tercera ley, naturalmente, obliga a todos a trabajar: el trabajo agrícola es obligatorio para todos, desde los 20 a los 35 años de edad; pasado este tiempo, cada uno será libre para escoger su profesión. Todos los productos serán propiedad del Estado, el cual los distribuirá según las necesidades de cada persona. Por supuesto que el comercio y el cambio están absolutamente prohibidos. ¿Les recuerda esto la Camboya de Pol Pot? No, señores, estamos en el «siglo de las luces», es decir, en el siglo XVIII.

Igualdad obligatoria

Todos deben vivir en la ciudad, en la cual los barrios son rigurosamente iguales, así como los edificios. Incluso los vestidos deben ser iguales para todos. Morelly es menos radical por lo que respecta al matrimonio: lo admite –aunque no lo considera indisoluble, por supuesto– y lo hace obligatorio a una cierta edad. Los niños, a los cinco años, serán separados de sus padres y educados por el Estado de modo absolutamente igualitario. Las «leyes sagradas» deben ser grabadas en columnas o pirámides- las acostumbradas estructuras simbólicas tan queridas por las sociedades secretas- colocadas en el

centro de las ciudades. Las penas para los infractores de esas leyes son durísimas; quien las desobedece no es considerado un simple malhechor o un criminal, sino un enemigo de la Humanidad. Por ello, el que disiente es declarado loco y emparedado vivo en una caverna. En realidad, hay que reconocer que, puestas así las cosas, esta conclusión es lógica: si en el nuevo estado de naturaleza se da por supuesto que todos son felices, sólo un loco podría pensar en regresar a tiempos en los que existía la propiedad privada y el hombre era libre para trabajar o no, para ser o no funcionario del Estado, para comerciar y para educar a sus propios hijos. Los hijos, la familia entera, deben, así, renegar del «loco» e incluso denunciarlo cuando los primeros signos de los orwellianos síntomas se manifestaran en él[5].

Un corte con el pasado

Como puede verse, en Morell y no hay nada realmente nuevo: Platón, Tomás Moro, Campanella habían escrito poco más o menos las mismas cosas. La única novedad en el caso de Morelly es la introducción del concepto de «progreso»; el paraíso en la tierra está en la misma «fuerza de las cosas» y, quiérase o no, se cumplirá. La misión de los «iluminados» no es otra que acelerar los tiempos para el advenimiento del bienestar de la Humanidad, haciendo que las masas tomen conciencia de la necesidad absoluta de dejarse llevar y conducir por ellos.

En el fondo, Marx no ha inventado nada, como tampoco lo han hecho los actuales liberales. Ocurre, simplemente, que cuando escribían Platón, Moro Campanella los tiempos aún no estaban maduros. Llegarán con Morelly, con unas fórmulas y a preparadas por la Reforma protestante. Pues fue precisamente la Reforma la que convenció a los *philosophes* de que la religión sólo es buena para desencadenar guerras y que lo mejor para todos es desinteresarse de ella.

Y aún sería mejor que la religión no existiera en absoluto. El ideal es, pues, un corte radical con el pasado, con todo el pasado (a excepción, claro está, del estado de naturaleza), un corte radical que únicamente puede dar la guillotina.

Pero entonces podemos preguntarnos: si todos los hombres están provistos de razón (y en esto todos los ilustrados están de acuerdo), ¿qué necesidad hay de reorganizar el mundo? Para ser consecuentes, habría que admitir que la razón basta por sí sola para ello. O bien convenir con Pascal que el hombre no es sólo razón, sino también corazón y que el corazón del hombre tiene razones que la razón no conoce.

Mas con los iluminados aparece una tercera vía, la de suponer que unos tienen más «cantidad» de razón que otros, incluso que tienen Razón, con mayúsculas. Estos seres afortunados provistos de Razón tendrían, así, el deber de guiar, de conducir a los demás. Y esta es la vía enfilada por los utopistas.

Paradójicamente, incluso el cristianismo (que siempre ha sido el principal blanco a abatir por parte de todos los utopistas) fue también un vehículo del pensamiento utópico. Pero aquellos primeros hombres enviados a enseñar a los demás un nuevo estilo de vida no llevaban consigo la Razón, sino la Gracia; no eran intelectuales sino gente común; no obraban por iniciativa propia, sino que habían sido enviados, a veces, a pesar suyo, y no por un Gran Arquitecto indiferente, sino por un Dios que no dejaba de asistirlos con sus milagros. En fin, no pretendían aplicar por la fuerza la novedad que predicaban, sino que se dirigían al corazón de los hombres, tocando cuerdas que con frecuencia no entiende la razón.

Notas

1 Por otra parte, ¿acaso la Revolución francesa no se inició en un café? El pensador católico Donoso Cortés, en una carta a la reina de España María Cristina, se lamentaba de que se hubiese quitado a la Iglesia el derecho de enseñar a las gentes para dárselo «a una pandilla de oscuros periodistas e ignorantísimos charlatanes» de tal manera que «el ministerio de la palabra, el más augusto e invencible de todos, que ha conquistado la tierra, se ha convertido en fuente de destrucción». Cfr. JUAN DONOSO CORTÉS, El poder cristiano.

2 Sin embargo, determinadas cosas solamente pueden fructificar en ambientes por lo menos dispuestos a acogerlas. La leyenda que pretende que la nobleza prerrevolucionaria estaba podrida y corrupta carece hoy de todo fundamento; como lo ha puesto de manifiesto desde hace tiempo la historiografía seria. Ahora bien, no puede decirse lo mismo respecto a los ambientes de la corte. Desautorizados por un sector del absolutismo borbónico, los pisaverdes empelucados no desdeñaban frecuentar la logia e incluso las misas negras. Cagliostro y Saint-Germain circulaban reverenciados, el cardenal de Rohan pensaba que se podía comprar a la Reina con un collar. En este clima todo podía esperarse.

Una sugestiva descripción de la atmósfera rousseauniana nos la ofrece el historiador español Menéndez Pelayo, para quien Rousseau fue «el patriarca de una legión de neurópatas, egoístas, melancólicos y soberbios, inhábiles para la acción, consumidos míseramente por su propio fuego». Este «misántropo incorregible y grosero» que «pasó loco la»mayor parte de su vida», «cuya vida fue un tejido de aspiraciones ideales y de bajezas innobles» fue, sin embargo, comprendido por sus contemporáneos y apreciado más a medida que «empezaba a serles familiar el estado de ánimo que él describía». M. MENÉNDEZ PELAYO, **Historia de las ideas estéticas en España**, Madrid 1974, 11, pp. 636 ss.

3 JEAN-FRANQOIS REVEL en su obra **La conoscenza inutile** (Longanesi, Milán, 1989) habla explícitamente de la «mentira tahitiana». Las expediciones a este archipiélago estaban narradas por intelectuales elegidos con cuidado, fervientes lectores todos ellos de la **Enciclopedia**. Los tales relatores silenciaban los hurtos incesantes de que eran víctimas, las guerras tribales que ensangrentaban sin cesar aquellos lugares, así como omitían también en sus relatos los asaltos a los navios europeos y las consiguientes masacres de sus tripulantes. Se extendían, en cambio, acerca de la libertad sexual de los nativos, pero se guardaban muy bien de decir que el precio de las gracias de las polinesias era fijado escrupulosamente de antemano, en proporción a la edad y el encanto personal. No dijeron nunca que aquellos «buenos salvajes» estaban rigurosamente divididos en castas fuertemente jerarquizadas, ni que los filantrópicos tahitianos practicaban el infanticidio y los sacrificios humanos, y no sólo esto, sino que ni siquiera dijeron que numerosas poblaciones de los mares del Sur eran antropófagas.

4 A este propósito resulta altamente instructivo el agudo librito de MASSIMO FINÍ, **La Ragione aveva torto?**, Camunia, Milán, 1985. En la página 79 y siguientes se recogen algunos hechos que aclaran la situación respecto al presunto analfabetismo del mundo prerrevolucionario. Citando al historiador Trevelyan a propósito de la Inglaterra del siglo XVII dice: «Una buena parte del pueblo, incluso en remotas aldeas, sabía leer y escribir. La gente llevaba regularmente sus cuentas; escribía cartas que trataban de negocios, de chismes y de los propios afectos; y como sabemos transmitía sus impresiones en apuntes y en extensos diarios».

Y sigue: «En la Florencia del siglo xiv el 40% de los niños iba a la escuela (empezaban a ir a los cinco o seis años, como hoy) y no alcanzaba la consideración de artesano quien no supiera leer, escribir y contar».

Más aún: «Hacia el año 1380 los casi cien mil habitantes de París podían contar con cuarenta y una escuelas públicas para varones y veintidós para niñas. Del siglo xv al xvn toda la Europa urbana alcanzaba estos niveles y, en muchos casos, los superaba. Y ¿en el campo? Incluso en las zonas rurales existían escuelas, las llamadas «escuelas de aldea» (...), cada parroquia de cierto nivel tenía una. Estas escuelas eran pagadas en buena parte por la población (y en menor medida por el clero), lo que significa que los campesinos (...) se daban cuenta de la conveniencia de proporcionar a sus hijos el aprendizaje de la lectura y de la escritura».

5 Esta historia nos recuerda las clínicas psiquiátricas soviéticas, en las que el disidente loco era «curado» a la fuerza. El silogismo es el mismo: el socialismo real es la felicidad; si no lo crees así, estás loco.

Capítulo 4

El monje materialista

«La palabra "Dios" debe ser eliminada de nuestras lenguas.»

L M . DESCHAMPS

El «verdadero» sistema

Entre las obras utópicas que prepararon el terreno a la Revolución francesa, la más heladora es El verdadero sistema de Deschamps.

Deschamps era un monje benedictino que y a había publicado anónimamente las *Cartas sobre el espíritu del siglo,* el año 1769 y *La voz de la razón contra la razón de la naturaleza* el año siguiente. *El verdadero sistema* circuló manuscrito durante mucho tiempo y fue publicado siglo y medio después de la muerte de su autor.

El pensamiento de Deschamps se destaca notablemente del de los panfletarios iluminados contemporáneos suyos, tanto por su originalidad como por el carácter netamente anticipador de algunas posiciones que adoptará después la izquierda hegeliana (y Marx), así como el existencialismo sartriano.

Todo es materia y la materia es nada

Para Deschamps lo único que existe es la materia. La materia es eterna y se transforma continuamente, ya que su

esencia es precisamente el devenir. Algunas de sus partes se manifiestan y otras se destruyen incesantemente; la misma muerte es una manifestación de estas transformaciones. Nosotros no podemos ver los mecanismos internos de la materia, por lo que nos vemos llevados a creer que existe un alma y un Dios al que rendir cuentas, pero esto no es más que una creación de nuestra fantasía. Estas creaciones han sido generadas por relaciones sociales equivocadas que se han ido afirmando a través del tiempo.

Deschamps, anticipándose a Feuerbach, llega a sostener que la idea de Dios no es sino la imagen de un hombre más poderoso que los demás. Y es la religión la que mantiene al hombre en esta idea absurda, por lo que la religión debe ser destruida. Y es la religión la que ayuda a la opresión fundada en la propiedad privada. «La palabra "Dios" debe ser eliminada de nuestras lenguas.» No está mal para un benedictino.

El universo se nos presenta bajo tres aspectos diferentes. Los dos primeros son la «totalidad» y el «todo». La «totalidad» es el mismo universo en su entidad no física, un concepto global que solamente puede ser aprehendido por la razón. Existe por sí mismo. El tercer aspecto es una cualidad del «todo», al que Deschamps denomina «ser»: «No es el solo ser que existe en muchos seres, sino el ser único que niega cualquier otro salvo el propio». Este «ser es la nada, por el cual el "todo" es la "nada". «Pero nadie antes que yo, muy probablemente -dice- ha escrito que el todo y la nada son la misma cosa.» Y más adelante: «Dios es la "nada"».

Como se ha dicho en el capítulo segundo, esta frase es curiosamente la misma que Umberto Eco en *El nombre de la rosa* pone en boca de Adson ya anciano; «Gott ist ein lautes Nichts»: «Dios es un sonoro nada».

Naturalmente, Deschamps se equivoca al creer que nadie antes que él había concebido algo semejante: esas ideas forman parte de la doctrina de la gnosis, con su pleroma originario del que salimos y al cual –según los gnósticos y los neognósticos– habremos de volver.

Sin embargo, Deschamps es mucho más refinado que los iluminados ateos contemporáneos suyos. En efecto, desprecia el ateísmo *tout court* porque no es «científico»; para él este ateísmo es el tosco juego de quien aún no h a *superado la* religión. Hay que llegar, ciertamente, a la igualdad total, pero con el «verdadero sistema» de Deschamps, no con el simple ateísmo. Así, el ateísmo no se da cuenta de que los tiempos aún no están maduros para el gran paso y con su ataque a la religión se acaba preparando el terreno a una revolución catastrófica. Y con singular profetismo, Deschamps escribe en *La voz de la razón:* «Esta revolución, naturalmente, se apoyará en el espíritu filosófico contemporáneo, incluso aunque la mayoría ni siquiera lo sospecha. Esta revolución tendrá consecuencias muy dolorosas y provocará destrucciones mucho mayores que las de cualquier revolución provocada por las herejías. Por lo demás, ¿acaso no está empezando y a esta revolución? ¿No se están destruyendo y a las bases de la religión, no están y a a punto de caer con todo el resto?».

La religión debe desaparecer, por supuesto, pero gracias a la evolución de las cosas. Es entonces cuando se realizará el paraíso en la tierra. Para Deschamps, esta evolución es una progresiva manifestación de la «totalidad» a través de la unidad. La idea de «totalidad» es equivalente a las de orden, armonía, unidad, igualdad, perfección. Este fin último y necesario de la Humanidad resuena siniestramente en el «punto omega» de Teilhard de Chardin[1].

También profeta del «rebaño»

Como ya hemos advertido, Deschamps es un curioso profeta anticipador de todo lo que vendrá después, incluso de Darwin y de Marx. De hecho, para él «sería absurdo admitir que el hombre haya salido de las manos de Dios adulto, moral y dotado de la palabra; esta facultad se ha ido desarrollando a medida que se convertía en lo que es hoy». Y «hoy»,

para Deschamps, el hombre vive en el mal a consecuencia de las relaciones sociales que se han ido desarrollando a la vez que la evolución. Las instituciones son el resultado de factores materiales intrínsecos, de la superioridad del hombre sobre el resto de los animales debido a la estructura de la mano, así como a la necesidad de cazar junto con otros, vigilar el rebaño, etc.

La Humanidad ha atravesado dos estadios y se dirige al tercero. El primero fue el estadio salvaje; el segundo, el de las leyes como consecuencia de la aparición de las desigualdades y de la propiedad privada. Pero se va hacia el tercer estado, el estado de la unidad. Y a esto se dirigirá el libro de Deschamps.

¿Cómo salir del estado actual? Está bien claro: eliminando la propiedad privada, fuente de todos los males. «El "mío", y el "tuyo" aplicado a los bienes terrenos y a las mujeres se fundamentan solamente en nuestras costumbres, generando todo el mal que las caracteriza.» Y –muy cercanamente a Rousseau– «en el hombre no existiría tanto mal si viviese en rebaño.» Cuando finalmente se haya realizado el sistema preconizado por Deschamps, desaparecerán incluso las especializaciones y la división del trabajo. Las mujeres serán de todos, así como los hijos. ¿Es «natural» que una madre quiera estar junto a sus hijos? Pero ¡qué va! Esto es propiedad privada. Todos dormirán juntos y caerán todos los tabúes, incluso el del incesto (Aquí Deschamps se anticipa incluso a Moravia): «Dicen que el incesto es algo contra natura. En realidad es contra la naturaleza de nuestras costumbres y nada más».

En el paraíso terrestre desaparecerán las artes y las ciencias, que serán inútiles. Por lo mismo sería bueno –para Deschamp– comenzar desde ahora mismo a su destrucción. ¿Para qué necesitaremos la ciencia de los Copérnico o los Newton?

El lenguaje se simplificará al máximo y desaparecerá la lengua escrita. Esto disminuirá considerablemente la necesidad de estudiar y de razonar. Una lengua más pobre en pala-

bras y en relación estrecha con un pensamiento pobre de conceptos. (Aquí encontramos las profecías de Deschamps sobre la neolengua de Orwell y sobre los estudios del Massachusetts Institute of Technology acerca de los lenguajes artificiales.)

¿Y al final? Otra anticipación, esta vez de Bradbury y de su *Farenheit 451:* se quemarán todos los libros. Naturalmente, a excepción del *Verdadero sistema* de Deschamps. Pero éste será quemado el último después de la realización completa de cuanto hay escrito en él.

Ya no será necesario trabajar ni extraer metales: se vivirá en cabanas de madera y se dormirá en lechos de paja. La alimentación será –casi no hace falta decirlo– vegetariana y todos los días transcurrirán absolutamente igual. Pesarán menos las amistades y los lazos privilegiados; los hombres tendrán la misma mentalidad y hasta el mismo aspecto. No existirán ni el llanto ni la risa, pero todos tendrán la misma expresión de contento en la cara.

Así, no habrá más diferencia que la de los sexos. Pero teniendo todos más o menos la misma cara, no habrá peligro de elección desigual. Todos tendremos «un comportamiento uniforme en todas las ocasiones sin que haya que concluir por ello, como hacemos nosotros con los animales, que esto indique una falta de inteligencia o de razón».

Los funerales también serán abolidos, y a que «los compañeros fallecidos no deberán importarnos más que un animal muerto». La muerte formará parte del ciclo y todos sabrán que un día deberán morir para emerger en el «todo» bajo otra forma. Así, con la referencia a la metempsicosis, el panorama queda completo.

La felicidad

Bien, éste es el «verdadero sistema» de la felicidad para Deschamps. Alguno se preguntará, llegados a este punto, cómo es posible que a un monje benedictino se le ocurran es-

tas cosas y en qué se diferencia esta «felicidad» de la de los corderos o la de los conejos. Sin embargo, si nos paramos a pensar en ello, nos damos cuenta de que más o menos todas las utopías tienden a la construcción de un mundo en el cual el hombre vuelve a la bestia, y y a sea que la teoría trace la perfecta colmena tecnológica o el hormiguero tecnocrático. La felicidad consistiría solamente en la consciencia del hombre de haberlos construido lúcidamente.

Y por otra parte, el «todo» descrito por Deschamps no está muy lejos de la sensibilidad de escritores contemporáneos a nosotros. El ciclo de la *Fundación,* de Isaac Asimov, considerado como uno de los máximos autores de cienciaficción, y que tanto éxito ha tenido, concluye precisamente con la descripción de una galaxia entera en la que no hay diferencia alguna entre seres vivientes, hombres o plantas. Todo esto es presentado por el autor como la consecuencia última y necesaria de la evolución cósmica. Añadiendo además lo único que Deschamps no había anticipado: la androginia por medio de la ingeniería genética, que produciría seres bisexuales que se reproducirían por partenogénesis, con lo cual desaparecería absolutamente cualquier desigualdad o diferencia.

Como puede verse, todos los utopistas –incluso los «populares» como los escritores de ciencia ficción– insisten en el fondo en el aspecto antropológico. Postulan una naturaleza humana modificable desde el exterior a través de operaciones de ingeniería, sea social o genética. Desgraciadamente, los utopistas sufren del mismo mal que Rousseau, quien comenzaba sus obras «dejando aparte los hechos» y «razonando» teóricamente. Y si los hechos desmentían las teorías, tanto peor para los hechos[2].

Notas

[1] Veámoslo: «Cristo-Omega. Como consecuencia, Cristo Animador y colector de todas las energías biológicas y espirituales elaboradas por el Universo. De aquí, finalmente, Cristo Evolucionador» (Science et Christianisme, Seuil, 1965, pág. 194).

En una carta a Leontine Zanta escribe: «Creo firmemente en el progreso considerando a los que lo niegan como heréticos maléficos, y para tranquilizarme sobre el preocupante "más allá" cierro los ojos entre los brazos del más grande que me arrastra. Creo que no hay nada que temer de la Energía que dirige el Mundo quien siempre ha profesado confiarse a ella. En la otra parte, seremos algo muy nuevo. Seremos ciertamente nosotros, pero mejores" (Desclée de Brouwer, 1965, pág. 66).
Estas ambiguitates, sobre las que la Iglesia, justamente, manifestó sus prevenciones, hechizaron a generaciones de católicos. Las palabras de Teilhard podrían ser tomadas, es verdad, como metáforas poéticas, pero tienen bastante parecido con las utilizadas durante siglos por heréticos verdaderos. En cualquier caso el paso que sigue es bastante claro al respecto. (Lo tomo de RENE VALNÉVE. Teilhard Vapostata, con prefacio de Marcel De Corte, Roma 1971): «Oh divina, oh potente; ¿cuál es tu nombre? Habla. Soy el fuego que quema y el agua que trastorna, el amor que inicia y la verdad que pasa. Todo lo que se impone y se renueva, todo lo que se desencadena y lo que une: Fuerza, Experiencia, Progreso, la Materia, soy Yo»
2 Así se expresaba ROUSSEAU en su Discurso sobre... la desigualdad entre los hombres-. «Comencemos dejando aparte todos los hechos porque no tienen nada que ver con el problema», porque «se debe operar solamente con razonamientos hipotéticos y condicionales». Durkheim señalaba a este respecto que «aplicando este método, Rousseau ha podido desnaturalizar los hechos y verlos del modo más conforme a sus pasiones personales».

Capítulo 11

El sastre de Münster...

«La corona de este Rey está hecha de otras dos, y según otros, de tres anillos que colocados el uno sobre el otro, forman como una especie de tiara: son de oro purísimo e incluyen un cubrecabeza de terciopelo. Además, el rey llevaba una cadena de oro de la que pendía un mapamundi y un escudo de armas con un globo de oro rematado con una cruz también de oro. A toda esta ostentación de oro se unían espuelas de oro, una silla de montar guarnecida de oro, un cetro con tres aros de oro y, según la costumbre de la época, anillos en cada uno de los dedos. Sólo unos pocos años después Tiziano pintará a Carlos V con un sencillo traje negro cuyo único ornamento es el Toisón de Oro».

FRIEDRICH RECK-MALLECZEWEN

El rey de los anabaptistas

En el siglo XVI, en el pleno centro de aquel infierno que debió ser la Europa central del tiempo, aparece en la Historia Jan Bockelson, sastre y tabernero.

Nacido en 1509 en Leiden, es una de esas nulidades insignificantes que saca a flote el remolino de las turbulencias. Llegó a ser incluso rey, aunque solamente durante un año. Su aventura es la de una utopía llevada a cabo y resulta ejemplar porque en un brevísimo lapso de tiempo describe la entera parábola de un camino descendente: del abandono del orden natural y cristiano al suicidio colectivo, después de pasar a través de las etapas que ya sabemos que son las típicas de to-

das las utopías, desde la comunidad de los bienes a la de las mujeres, desde el igualitarismo radical hasta el incesto[1].

Nacido «hijo de la culpa», estuvo vagando algún tiempo por Europa hasta establecerse finalmente en Leiden, donde se hará sastre, después tabernero y más tarde rufián. Contrae matrimonio y se dedica a escribir poesías obscenas. Traba amistad con el panadero Matthys, fundador de la secta de los melchioritas, y es enviado por este a predicar la nueva doctrina anabaptista a Münster. No es, ciertamente, el primer «profeta» allí, pero le acompañan la suerte y el éxito, tanto a él como a los suyos. La verdad es que hemos de sumergimos en el clima de aquellos años para comprender cómo fue posible el que una ciudad floreciente (y sobre todo con una rica cultura antigua) expulsase al obispo y se entregase en manos de un pequeño grupo de fanáticos. Zwinglio, Ecolampadio, Melanchton, Lutero, Calvino, Knox, todos estos nombres nos recuerdan lo que en los libros de Historia aparece bajo el moderado nombre de Reforma. Pero hay que tratar de sumergirse en la atmósfera de histeria, en el caldero preparado durante años de «predicación», en los incendios y en las masacres desencadenadas, para intuir aquella espera milenarística de una regeneración, de una renovación; algo, en suma, que las categorías positivistas con que la Historia viene siendo narrada no explican lo suficiente.

Primero: destruir

Una vez llegados al poder, lo primero que hay que hacer es destruir las señas del antiguo dominio, y, después, como un libreto que los siglos recitaran una y otra vez, el primer blanco de la furia revolucionaria son las iglesias.

Vale la pena traer aquí a colación la página de Reck-Malleczewen en la que describe la destrucción de la catedral.

«El Santísimo es profanado según las antiguas reglas de todos los forzadores; hacen añicos las vidrieras; el reloj, a

cuya construcción artística un artesano desconocido había dedicado toda su vida, es roto a martillazos. La biblioteca capitular se convierte en un estercolero humano y después arde la colección de incunables y de grabados que el señor Rudolf von Langen había hecho traer de Italia. Las tablas de altar pintadas por el maestro Franke son arrancadas y utilizadas para construir letrinas; el baptisterio románico es triturado a martillazos... La unidad cristiana es un sueño del pasado; un lejano recuerdo del tiempo en que se confiaba al señor imperial del mundo visible la misión de encontrar en el imperio antiguo y en lo invisible la gran fórmula sacra de la reconciliación de los pueblos y de la paz en la tierra. Sabemos que esta fórmula no existe en esta tierra ensangrentada, pero aun sabiéndolo la buscamos, y esta búsqueda nuestra destinada al fracaso nos abrió los sagrados cielos, inauguró la lucha eterna con el ángel y, en fin, colocó sobre nuestras tumbas la pía frase: "Dios posee su alma"[2].

A la destrucción de las iglesias sigue el cambio de nombre de las calles y de todos los lugares públicos. Son destruidos todos los instrumentos musicales y la música y los juegos son terminantemente prohibidos. Asimismo se prohíben y confiscan las joyas y sufrirán la pena capital quienes no las entreguen, así como los metales preciosos. Todos deben adiestrarse para la guerra, incluso las mujeres, los niños y los ancianos. Muchachitos de ocho y nueve años recorren la ciudad denunciando a quienes poseen cintas, espejos, botones esmaltados y cosas semejantes. La pena para quienes los escondan no es muy grave: solamente les será cortada *parte* de la cabeza.

De repente el derecho penal toma el carácter común a todas las utopías: muerte a quien blasfema, a quien critica a la autoridad, a quien desobedece a sus padres, al patrón o al marido. Lo mismo acontece a quien defrauda, al que no adopta el traje de Münster, a los chismosos, a los adúlteros y a quien no observa rigurosamente todas las prescripciones higiénicas contenidas en el Antiguo Testamento.

Todas las torres de la ciudad y los edificios más altos son abatidos, porque «los que se ensalzan serán humillados». Los «israelitas», están obligados a seguir literalmente la Escritura, so pena de la vida; escuadras de «apóstoles» circulan por la ciudad, azotando a los ociosos, entran en las casas para verificar la «virtud», y envían al patíbulo a los pecadores. Lo mismo, exactamente lo mismo, es lo que hará Calvino en su Ginebra.

Y vengamos a lo que ocurre con las mujeres. Las leyes que se refieren a ellas (siempre por inspiración de Dios en persona) son las siguientes: todos los matrimonios son declarados inválidos; todas las mujeres deben desposarse, so pena de la vida, incluso las ancianas; si un matrimonio es estéril, la mujer debe ser dada a otro hombre; quien deja encinta a su mujer, puede tomar otra, y si también esta queda embarazada, otra, y así sucesivamente; para divorciarse basta un acto de repudio unilateral; si un esposo está algún tiempo ausente, la mujer puede volver a casarse. Estas normas obligan incluso a los extranjeros que están de paso en la ciudad; por supuesto que el resultado de la poligamia subordinada a la procreación es el aborto clandestino y muy frecuente. Ni que decir tiene que a estas leyes están sujetas incluso las monjas.

Después del consabido ritual de visiones y revelaciones, Bockelson se hizo proclamar rey y tomó para sí 16 mujeres.

Fin del reinado

Se hicieron incluso preparativos para exportar al exterior la revolución y extenderla por todo el mundo: todas las autoridades existentes deberían ser depuestas y colocadas a los pies de la nueva Sión.

Independientemente del desatino que esto suponía, el peligro era real en el orden político: no hay que olvidar cuál era la situación alemana en 1534, el año del «reino de Münster». Así, el obispo Franz von Waldeck puso sitio a la ciudad, pero

los anabaptistas revelaron una enorme capacidad de resistencia. A lo largo de casi dos años las miradas estuvieron fijas en la asediada Münster. Si el obispo no lograba derrotar a los sitiados, otras ciudades seguirían su ejemplo con toda seguridad y el infierno se extendería por todas partes.

Pero el bloqueo de Münster encontró un poderoso aliado en la propia situación interna de la ciudad, en donde reinaba el terror, nadie se encontraba seguro y las ejecuciones se multiplicaban. El hambre había llevado incluso al canibalismo, que era «santificado» por las «revelaciones» del rey, quien, por su parte, celebraba alegres y suculentos banquetes rodeado de sus mujeres y acompañado de su numeroso séquito.

Finalmente, el día 25 de junio de 1535 las fuerzas que asediaban la ciudad lograron penetrar en su recinto con la ayuda de desertores. Todos los anabaptistas, a excepción de las mujeres, fueron ajusticiados.

Notas

1 Cfr. Friedrich Reck-Malleczewen, 77 re degli anabattisti, Rusconi, Milán, 1971. Cfr. también NORMAN COHN, Ifanatici dell Apocalisse, Edizioni di Comunita, Milán, 1976, págs. 334 ss.

2 F. Reck-Malleczewen, op. cit, págs. 51-52.

Capítulo 12

... y el reverendo Jones

«No hay una sola persona de las que han venido a mis reuniones que no me haya oído en algún momento decir que yo era comunista».

JAMES WARREN «JIM» JONES

El templo de Guyana

Han transcurrido algunos años desde que la televisión difundió las imágenes de los 912 suicidios de Guayana. Era el 19 de noviembre de 1978, y ha hecho falta algún tiempo para establecer con claridad que la secta del «reverendo» Jones no tenía nada de religioso, sino que era un experimento utópico que entra de pleno derecho en este libro.

Fundado en 1956 en Indianápolis y trasladado muy pronto a California, el «Templo del Pueblo» decidió trasladarse con armas y bagajes a la Guayana socialista ex británica cuando la atención de las autoridades norteamericanas comenzó a hacerse demasiado molesta y curiosa[1].

El ex pastor metodista Jones solía arrojar violentamente al suelo la Biblia, blasfemando y escupiendo sobre ella, según testimonios fidedignos. Una persona que fue a verlo tratando de recuperar a su hija –por supuesto que en vano– oyó decir que nadie allí creía en Dios. El «reverendo» Jones (el único que no se suicidó con cianuro, sino hiriéndose en la cabeza) escribía así a su suegra: «Estoy realizando el paraíso en la tierra. Estoy demostrando que no hay necesidad de Dios... Pien-

so en Rusia y en China; soy comunista, he fundado la primera sociedad comunista americana».

Quizá y precisamente porque su secta no tenía nada de religioso, sino que se trataba de la «primera sociedad comunista americana», Jones mereció la atención de muchos liberales norteamericanos de importancia, como Móndale, vicepresidente con Cárter. Angela Davis, líder destacada de la izquierda negra en los años sesenta, era una asidua visitante del «Templo». Y fue gracias a la ayuda financiera conseguida por la esposa del presidente Cárter (a cambio del apoyo para la elección de su marido) como el «Templo» pudo asentarse en Guyana con el beneplácito de las autoridades.

Fue el diputado Leo Ryan quien comenzó a sospechar, pero por motivos puramente fiscales: si el «Templo» no era una organización religiosa ¿por qué estaba exento de impuestos? Como es bien conocido, la inspección organizada por Ryan en la Guyana terminó con el homicidio del diputado y de parte de la delegación porque habían visto demasiado. Después, el suicidio del «reverendo» y de los suyos.

La vida en el «paraíso»

El experimento de Jones se presenta con los caracteres utópicos del socialismo más puro. Todos los bienes de los adeptos pasaban ajones; a cambio los fieles recibían manutención, alojamiento y dos dólares a la semana.

El «padre» Jones podía disolver los matrimonios y realizarlos; se favorecían las delaciones personales familiares acerca de comportamientos contrarios a la igualdad o a la voluntad de Jones, así como, igualmente, se favorecían los traspasos en los alojamientos comunes y el destino de los hijos a los servicios sociales del «Templo».

Jones podía ordenar a cualquiera, hombre o mujer, que tuviese relaciones sexuales con él, y la desobediencia en este punto se castigaba severamente; las penas consistían en azotes o elec-

troshock. Al final, la persona castigada debía dar las gracias públicamente al «reverendo». Las continuas reuniones nocturnas, los cursos de adoctrinamiento, las confesiones públicas reducían cada vez más la personalidad de los individuos. La obra se completaba con la prohibición absoluta de hacer preguntas o pedir explicaciones. Cuando los familiares de los adeptos comenzaron a interesar a la prensa en la cuestión y el tema llegó hasta el Congreso, Jones juzgó que había llegado el momento de levantar las tiendas y dar el último toque a la utopía.

Realmente para tales experimentos se requiere el aislamiento total. Y a Moro y Campanella habían situado sus reinos en islas lejanísimas o en lugares inaccesibles. Incluso la Conjura de los Iguales había pensado en aislar completamente a Francia, y según Chafarevich, la muralla china fue erigida precisamente para proteger la organización colectivista del imperio[2] . También el muro de Berlín estaba allí para testimoniar que se debe evitar absolutamente la comparación con otras realidades, al menos hasta que el «experimento» haya alcanzado dimensiones planetarias.

Así, la «república» de Jonestown se instaló en plena selva y el experimento llegó a su punto álgido: pasaportes retirados para evitar arrepentimientos por parte de los adeptos, trabajo obligatorio durante 11 o 12 horas diarias, imposibilidad de salir, relaciones sexuales permitidas solamente a través de un comité al efecto, sesiones de adoctrinamiento tras el trabajo, incluso hasta las tres de la madrugada, exacerbación de los castigos, alarmas nocturnas para ejercitar a los miembros del «Templo», durante las cuales incluso se hacían ensayos generales de suicidio «por la gloria del socialismo»: todos debían beber el veneno; después, el «reverendo» revelaba que se había tratado solamente de una ficción para probar la lealtad de sus fieles. Sólo que una vez esto fue en serio.

No se crea que los adeptos fueron envenenados por sorpresa: el primer ensayo del suicidio tuvo lugar cuatro años

antes de la tragedia, y los adoctrinamientos versaban casi siempre sobre este tema.

Así escribía Jones a un muchachito de 12 años: «Es estupendo que estés dispuesto a beber el veneno contra los capitalistas, contra la CÍA, contra la bestialidad del capitalismo, y por la dulzura del socialismo».

La Unión Soviética era definida continuamente como la «tierra prometida» y regularmente se realizaban cursos de lengua rusa. El patrimonio de Jones tenía este destino: siete millones de dólares al partido comunista soviético y 10 al partido comunista norteamericano.

¿Locura? Es posible. Sin embargo, no se crea que el hecho de Guyana ha sido visto como fue en realidad por toda la sociedad norteamericana. Muchos intelectuales liberales no se resignan aún a renunciar a la idea de un comunismo capitalista. El abogado de Jones, exponente destacado y brillante de tal mundo, tras el suicidio colectivo de Jonestown se lamentaba amargamente del final de aquello que, a pesar de todo, siempre había sido para él un «experimento bellísimo».

Notas

1 Cfr. M. Kilduff y R. Javers, Guyana: la setta del suicidio, Sperling y Kupfer, Milán, 1978. Cfr. también A. MANTO VANO, II suicidio como esito coerente del parosismo rivoluzionario en «Cristianitá» n. 101-104, Piacenza, Noviembre-diciembre 1983.

2 Chafarevich, op. cit, pág. 311.

Capítulo 13
El calendario «sans culotte»

«Tiempos grandes pueden contener una considerable cantidad de gente pequeña».

STANISLAW J. LEC

A condición de que no sea cristiano

Como es sabido, la furia anticristiana de la Revolución francesa se abatió sobre todo aquello que, aunque fuese de lejos, pudiera recordar la religión del *Ancien Régime:* sacerdotes y creyentes fueron eliminados, obras de arte destruidas, los símbolos sagrados borrados de todos los lugares en donde aparecían. El antiguo calendario gregoriano, cristiano y no «racional», fue sustituido por el calendario «filosófico», de base decimal, con los conocidos «prairial», «vendimial», «brumario», etc.

Sin embargo, no le fue fácil a la Convención ponerse de acuerdo en este punto, porque los proyectos de renovación del calendario llegaron a ser siete, agrupables sistemáticamente en tres grupos. Uno de ellos seguía la numeración simple, tipo primil, bimil, trisil, etc. O bien día uno, día dos, etc. Otro proyecto mantenía los viejos nombres con la única sustitución, claro está, del domingo, proponiendo para el final de la década estos nombres: Terredi, Cieldi, Soldi y Herscheldil . Otro de los sistemas propuestos hablaba de nombres morales. Así los días serían llamados las Virtudes, los Esposos, las Madres, los Niños, el Arado, el Comercio,

etc. En fin, otro proyecto daba a los meses los nombres del Zodiaco y otro alternaba las virtudes con las labores agrícolas: el mes de la Igualdad, el de las Semillas, el del Reposo, el del Hielo...

El proyecto Romme

Otros proyectos recurrían a la Historia. Ese era el caso del presentado por el convencionalista Romme, miembro del Comité de instrucción pública.

Esta era la composición de una década: 1) Nivel (símbolo de la igualdad); 2) Gorro (libertad); 3) Escarapela (nación); 4) Pica (otra vez la libertad); 5) Arado (símbolo de las riquezas naturales); 6) Compás (símbolo de las riquezas industriales); 7) Haz (fuerza de la unión); 8) Cañón (victoria); 9) Encina (generación y virtudes sociales) 10) Reposo.

Los meses venían reestructurados así en el informe de Romme:

Orden de los meses de la República

7.° del 21 de marzo al 19 de abril

8.° del 20 de abril al 19 de mayo

Los franceses, cansados de 14 siglos de opresión y alarmados por los espantosos progresos de la corrupción de que daba ejemplo una corte criminal desde hacía mucho tiempo, sienten la necesidad de una Regeneración. Agotados sus recursos, la corte convoca a los franceses, pero su Reunión constituye su salvación. Nombran sus representantes, cuyo valor irrita al tirano. Son amenazados, pero reunidos en el.

9.° del 20 de mayo al 10 de junio

10.° del 19 de junio al 18 de julio

11.° del 19 de julio al 17 de agosto

12.° del 18 de agosto al 16 de septiembre

1.° del 22 de septiembre al 21 de octubre

2.° del 22 de octubre al 20 de noviembre
3.° del 21 de noviembre al 20 de diciembre
4.° del 21 de diciembre al 19 de enero
5.° del 20 de enero al 18 de febrero
6.° del 19 de febrero al 20 de marzo

Juego de Pelota y protegidos por el pueblo, se juramentan a liberar al pueblo de la tiranía o morir. Este juramento resuena en toda Francia, que por todas partes se alarma, todos quieren ser libres. La Bastilla cae bajo los golpes de un Pueblo soberano y airado. Se multiplican los malévolos, se desencadenan las traiciones; la corte urde complots, algunos representantes perjuros sacrifican los intereses de la nación a intereses sórdidos, pero la Montaña, siempre fiel, se convierte en el Olimpo de Francia, circundada por la nación y, en su nombre, la Convención Nacional proclama los derechos del pueblo, la Constitución y La República. La Unidad, La Fraternidad constituyen la fuerza de los franceses y La Libertad, con un acto soberano de La Justicia nacional, que hace caer la cabeza del tirano, queda por siempre unida a la santa Igualdad.

He ahí el relato de la Revolución fijado para la eternidad. Si el viejo calendario sacralizaba los días, ahora el nuevo los consagra al nuevo dios: la política.

En relación con estos proyectos hay que señalar que en la Convención alguien hizo notar que todos los días son los días de los esposos y no solamente el segundo. La asamblea rió de buen grado ante la ocurrencia. Otro, a quien la Revolución no había hecho perder del todo el sentido común, observó que dada la tendencia del pueblo a la superstición (en este caso había de entender «pueblo» con minúscula, y a que el Pueblo, en abstracto, el filosófico, había derrotado a la Superstición), quizá todo aquello era excesivo[2] . Así, mejor sería el orden numérico, que es natural y presenta otra ventaja: un calendario apologético valdría solamente para las glorias

de Francia, en tanto que el numérico podría servir sin duda de fundamento a la República Universal que se avecinaba.

El calendario

La Convención debate, reflexiona, vota y al final decide no hacer nada. El Calendario será el de Fabre d'Églantine, realizado con la colaboración de J. M. Chénier y David: es decir, el de «termidor», «fructidor», etc.

Los santos y los patronos serán sustituidos por animales, plantas e instrumentos de trabajo: se pasa, pues, del cristianismo a la «religión de la Humanidad».

Los almanaques basados en el nuevo calendario se convierten así en verdaderas pequeñas *Enciclopédies* para uso de los aldeanos. Pero cuando se leen, nos damos cuenta de que el aldeano, el campesino, el hombre del pueblo a quien van dirigidos estos almanaques no es el real, sino el filosófico pintado por Rousseau. Por ejemplo el *Anuario del cultivador,* al hablar del «quintidi 3 nivoso» (día consagrado al perro), dice así: «Perro, cuadrúpedo de forma, color y tamaño diferentes. Sus variedades son...». En un almanaque polaco de 1720 –señala Baczko– la voz «caballo» es explicada de este modo: «Todos saben lo que es un caballo» y después se pasa a enunciar las cualidades que debe tener «un buen caballo». En 60 años todo ha cambiado[3]. Al campesino de 1720 no había que explicarle lo que era un caballo. Al «filósofo» y abstracto postrevolucionario parece que, según los clasificadores jacobinos, hay que explicarle lo que es un perro.

Otro problema para el calendario eran los cinco días de fiesta que cerraban el año. Se propuso que se denominasen «sans culottes». Cada cuatro años, para que cuadraran las cuentas (el ciclo de cuatro años debería llamarse «Franciada»» se añadía un sexto día que habría estado dedicado a la celebración de la Revolución y a los cuatro años de lucha que habían inaugurado el reino de la Igualdad.

Los cinco «sansculottidas» eran: la fiesta de la Virtud, del Genio, del Trabajo, de la Opinión y de las Recompensas. Durante la fiesta de la Opinión todos los franceses habrían podido expresar libremente todo lo que pensaban acerca de los funcionarios y de los gobernantes.

No faltó quien propusiera sustituir los nombres de los santos por los de los benefactores de la Humanidad: Confucio, Marat, Washington, Gütenberg, Le Pelletier, Sócrates, etc. En suma, se había inaugurado el reino de la utopía y cada uno aportaba su piedra (e incluso su martillo) a la obra colectiva.

El clima era tal que incluso los vendeanos hicieron su contracalendario, que parece ser que no tuvo mucho éxito: el 21 de enero, san Luis de Borbón; santa Isabel de Francia, el 11 de marzo; el 2 de septiembre era la fiesta de los mártires de París, septiembre el «mes de los crímenes» y así sucesivamente.

Pero las locuras no se limitaron al calendario. La Convención dedicó mucho tiempo a la reestructuración administrativa del país. El proyecto que al principio tuvo más éxito fue el de dividir Francia en 81 departamentos. Y ¿por qué 81? Pues porque es el resultado de multiplicar 9 por 9, número «filosófico» por excelencia, Fueron las revueltas de las ciudades y de las regiones las que obligaron a renunciar al proyecto. El *esprit de géometrie* llevó la peor parte frente a las protestas de quienes no tenían intención alguna de dejarse incorporar a departamentos más pobres que aquellos en los que vivían o que eran tradicionalmente hostiles.

Sin embargo, donde la utopía alcanzó su punto culminante fue en el campo de la arquitectura. Había que rendir homenaje al Gran Arquitecto del Universo tratando de construir obras que recordasen a la posteridad la grandeza de las «luces». A ello se entregó Ledoux, que encarnaba en este campo el genio de la Revolución. Son bien conocidos sus proyectos de casas esféricas y de templos del amor en forma

fálica. Como no disponía de cemento armado ni de vigas de acero, sus proyectos no pasaron del papel. Sin embargo, y como es sabido, serían realizados en primera ocasión.

El nuevo calendario entró en vigor el 22 de septiembre de 1792, día del equinoccio de otoño, en el que tiene lugar la igualdad entre la duración del día y la de la noche y el sol pasa de un hemisferio a otro, igual que la autoridad había pasado de la monarquía a la república.

Notas

1 BRONISLAW BACZKO, L 'utopia. Immaginazione sociale e rappresentazioni utopiche nelV etá dell'illuminismo, Einaudi, Turín, 1979, págs. 235 ss.

2 Tengamos presente que en este momento la Convención emprende también una reforma de los estudios, en la cual la Historia no será sino complemento de la Instrucción Moral y Cívica. La Historia no seguirá un orden cronológico, sino que partirá de la Revolución. Las otras épocas se estudiarán después, a la luz de la Revolución. Esta idea, como es sabido, ha hecho escuela. Sin acudir a la consabida Unión Soviética, pensamos en la Historia que se estudia en la escuela italiana: ¿acaso no está centrada en torno a las mitologías de la Revolución francesa y del Risorgimento? Y lo mismo ocurre con la literatura.

3 B. BACZKO, op. cit, pág. 240.

4 Cfr. HANS SEDLMAYR, La rivoluzione neWarte moderna e per dita del centro, Rusconi, Milán, 1974.

Capítulo 14

Simbología de la guillotina

«Cuando aún no existían los derechos del hombre, los tenía el privilegiado. Después se estableció la igualdad, en cuanto se quitaron al privilegiado los derechos del hombre».

KARL KRAUS

«Tras los sofismas vienen las revoluciones; detrás de los sofismas le toca el turno al verdugo».

JUAN DONOSO CORTÉS

La «viuda»

La guillotina es, en la imaginación común, el símbolo de la hora, solamente el cristianismo había osado gloriarse de un instrumento de muerte, la cruz. Pero la cruz era un símbolo de esperanza y de resurrección. Es cierto que los jacobinos no pusieron la guillotina en sus lábaros, pero también es un hecho que ningún otro signo de la mitología revolucionaria ha impresionado como ella la fantasía ni se ha fijado en la memoria colectiva con tanta fuerza. Las celebraciones del bicentenario en Francia han confirmado lo que decimos, si es que hubiera hecho falta confirmarlo, con enorme abundancia de *souvenirs* lúgubremente grotescos, tales como el preservativo con la cabeza de Luis XVI y los calzoncillos tipo bóxer con la guillotina estampada en la parte delantera.

Monsieur Guillotin

El artefacto, como es bien sabido, tomó su nombre de su creador, Joseph Ignace Guillotin. Era un ex jesuita, deslumhrado por las «luces» en 1763, y que se hizo médico. Representante del Tercer estado en la Asamblea Nacional, este revolucionario de la primera hora hacia 1789 había ideado su sistema «humanitario» para liberar al cuerpo sano de la nación de los miembros corruptos.

E l proyecto de ley presentado por él fue inicialmente rechazado, porque las primeras orientaciones del nuevo orden eran contrarias a la pena de muerte. Pero las dificultades con que desde el primer momento comenzó a encontrarse la Revolución impulsaron a la creación de un enemigo. *Démasquer,* desenmascarar los complots fue muy pronto el papel histórico –el único papel– de Robespierre.

De este modo, la época de las «luces», que habría debido instaurar un mundo nuevo en el que la criminalidad habría desaparecido, dio paso al periodo que transformó a Europa en un cementerio.

Naturalmente el Derecho penal no podía quedar fuera de la *égalité*; así nace el penitenciario extendido a todos, el castigo humanitario (porque eliminaba las penas corporales), graduable según las necesidades y revolucionario por excelencia, en cuanto privaba del bien revolucionario por excelencia, esto, es la *liberté*[1]. Y así se presentó la necesidad de extender la decapitación, que era un privilegio nobiliario, al pueblo común, que antes de la Revolución era ahorcado.

Pero las ejecuciones eran caras no sólo en concepto de mano de obra (el verdugo cobraba 59 liras de la época), sino también por las herramientas, porque las hachas de entonces perdían muy pronto el filo. Era una carga que el Gobierno revolucionario –siempre en bancarrota– no podía sostener[2].

En vista de ello se decidió recurrir a la invención del doctor Guillotin; la primera aparición pública fue el 25 de abril de 1793.

Pero el espectáculo pronto se reveló como demasiado breve y aséptico. Los asistentes a las ejecuciones estaban habituados a espectáculos más aparatosos: antes, el prisionero llegaba a la plaza en donde iba a ser ejecutado acompañado por las cofradías religiosas que tenían la misión de confortarlo en la hora de la muerte, recibir su arrepentimiento e impedir que le fuesen infringidos tormentos suplementarios, que con frecuencia añadían las autoridades en caso de delitos particularmente graves. La ejecución, naturalmente, era presenciada también por los niños, para que les sirviese como escarmiento en cabeza ajena.

Y a en el cadalso, el condenado tenía la posibilidad de dirigir a los asistentes alguna frase edificante, besar el crucifijo y recibir la bendición. Seguía el corte del cuello de la camisa; después el verdugo se arrodillaba para recibir la absolución por parte del condenado, como símbolo de que en la ejecución que iba a llevar a cabo no había ningún motivo personal. El prisionero, en fin, daba una moneda al verdugo. Después, apoyaba la cabeza sobre el tejo y sonaban los tambores.

El ceremonial

La Revolución tenía que crear un ceremonial. Y naturalmente lo hizo con su estilo. ¿Acaso no había eliminado el calendario y la liturgia cristianas sustituyéndolos con el *esprit de géometrie* y las procesiones del Ser Supremo? Pues eso hizo también con las ejecuciones capitales, que de esta manera se veían privadas de su valor expiatorio.

La primera persona guillotinada con el nuevo ceremonial fue precisamente Luis XVI. El rey encarnaba a la nación. Su muerte regeneraba Francia. La *tabula,* entonces, se hizo verdaderamente *rasa.*

Como es sabido, Luis XVI se manifestó en el patíbulo con la firmeza de carácter y valor que nunca hasta entonces había

manifestado. Mientras lo conducía la carreta, llevaba al cuello un cartel con la palabra «Luis Capeto». Hizo notar que se llamaba Borbón, pero la respuesta fue que estaba bien así. Naturalmente, era la monarquía la que debía ser decapitada. ¿Acaso no había dicho el abate Grégoire que «los reyes son en el orden moral lo que los monstruos en el orden físico»? Y a quien pedía que al menos se celebrarse una apariencia de proceso, Robespierre respondía: «Luis no puede ser juzgado: y a está condenado; si no, la República no estará totalmente absuelta»[3].

La ceremonia concluyó con la triple aspersión con la sangre del rey a los asistentes a la ejecución que se precipitaban junto al cadalso para ser alcanzados por alguna gota de la sangre real.

La ejecución de Luis XVI, alcanzaba de este modo el significado de un sacrificio fundador, en tanto que Luis Capeto caía bajo el imperio del derecho común gracias a la igualdad liberadora de la máquina. «Lejos de ser gratuita, la imagen está históricamente definida; al final del siglo XVIII el concepto de "máquina" goza de un prestigio que hace de ella un modelo teórico particularmente polivalente y la guillotina puede, pues, con todo derecho, representar un tipo de gobierno; es una "máquina" (para decapitar) puesta al servicio del Terror, que, a su vez es una "máquina para gobernar" que permite asegurar, hasta llegar a la paz y a la creación de instituciones, el buen funcionamiento de la "máquina del Gobierno"»[4].

Odas a la guillotina

La guillotina, «espada que brilla en las manos de los héroes de la libertad» según la definición de Robespierre, gracias a la retórica jacobina y la coreografía que la acompañaba, se convertía en instrumento divino del Ser Supremo, medio escogido de purificación con el que el cuerpo político y

social del nuevo orden suprimía la corrupción.

Su canonización fue acompañada muy pronto con letanías «religiosas» como éstas:

«Santa Guillotina, protectora de los patriotas, ruega por nosotros».

«Santa Guillotina, terror de los aristócratas, protégenos».

«Máquina amable, ten piedad de nosotros».

«Máquina admirable, ten piedad de nosotros».

«Santa Guillotina, libéranos de nuestros enemigos».

«Oh, tú, celeste guillotina,
tú cortas reyes y reinas
con tu influencia divina
hemos reconquistado nuestros derechos»[5].

Durosoy, redactor de la *Gazette de París,* era un buen revolucionario. Pero el Terror no hacía excepciones y el periodista, «sospechoso» primero y declarado «enemigo del pueblo» después, fue condenado a muerte. Como último deseo pidió que su sangre fuese utilizada para transfusiones. Mas su propuesta fue acogida con desdén, si es que no con indignación: ¿acaso quería infectar con su sangre corrupta a la parte sana de la nación? La tarea de la máquina era, pues, incontestablemente revolucionaria: sajar, sajar continuamente para regenerar. Así se expresaba un opúsculo aparecido en París el Año quinto y titulado *Causas de la revolución y sus resultados*-. «Dieciocho meses de Terror bastaron para desterrar del pueblo costumbres muy antiguas y para darle otras que hubieran necesitado de mucho tiempo para ser instauradas. Su violencia creó un pueblo nuevo»[6].

Quien se situaba fuera de la «voluntad general» subía a la guillotina. Así, los «escrutinios depuradores» (Saint-Just) separaban del pueblo a quien ya por sí mismo se había separado de él osando manifestar una voluntad individual. Por esto, la guillotina no funcionaba nunca en conjunto, es decir, no actuaban nunca varias a la vez, aunque la enorme cantidad de ejecuciones aconsejase en ocasiones la medida. Y es que los

reos debían ser decapitados uno a uno porque se entendía que el verdadero enemigo de la igualdad era la individualidad. Si, como afirmaba Rousseau, el hombre es bueno por naturaleza, también es buena su voluntad, y la voluntad colectiva se expresaba claramente en la Asamblea por boca de sus representantes. No puede equivocarse. La guillotina tiene la función precisa de eliminar las inferioridades individuales y restituir al pueblo la pureza que le ha otorgado la Naturaleza.

Durante el Terror regalaban a los niños pajaritos y pequeñas guillotinas para que jugasen a ser ejecutores capitales y, por otra parte, la gente se saludaba haciendo con la mano un gesto de cortar la cabeza en alusión a los que eran guillotinados.

Notas

1 Cfr. mi obra La rivoluzzione nel diritto, en «Quaderni di Avallo», n. 20-21, mayodiciembre, 1989, pág. 211. Il Cerchio, Rimini.

2 El mismo problema se le presentará a la Convención cuando tome la decisión de exterminar a los de la Vendée. Y el asunto se afrontará en términos de carga para el erario. Fusilar a casi dos millones de personas costaba cifras astronómicas sólo en balas. Se pensó en romperles la cabeza con las culatas de los fusiles, pero después de un cierto número de cabezas los fusiles tenían la tendencia a estallar cuando eran utilizados normalmente. Los sables y las bayonetas perdían el filo. Se probó a envenenar los ríos con arsénico, pero el agua arrastraba el veneno más allá de los confines de la rebelión.
Se encargó a un farmacéutico que fabricase gas venenoso. Pero también aquí había que contar con el viento que con frecuencia orientaba los efluvios en direcciones no deseadas. El general Santerre comenzó a minar el territorio, pero las minas explotaban incluso bajo los bleus. Su colega Turreau utilizó entonces el sistema de las gabarras o lanchones: se ataban en grupos a los prisioneros, se les cargaba a centenares en las gabarras que después se hundían en el Loira. Después se recuperaban las barcazas.
Al final se optó por los cañones: se encerraba a las víctimas en un edificio, por lo general, en la iglesia, y se abatía el edificio a cañonazos. También se utilizaron los hornos; este último sistema permitía el aprovechamiento de la grasa de los cadáveres, que se empleaba en los hospitales y para engrasar los fusiles, así como de la piel, ya que se despellejaba a las víctimas antes de enviarlas a los hornos (en el ejército escaseaban las botas, y la idea de utilizar la piel humana fue de Saint-Just). Todavía hoy se puede contemplar en el museo de Historia Natural de Nantes una piel de vandeano debidamente curtida. Cfr. REYNAL SECHER, Legénocide franco-frangais. La Vendée-Vengé. Puf, París, 1988.

3 DANIEL ARASSE, La ghigliottina e l'immaginario del Terrore, Xenia, Milán, 1988, pág. 78.

4 Ibíd, pág. 114.

5 Ibíd., pág. 111.

6 Ibíd., pág. 117.

Capítulo 15

El reino del moralismo...

«De todos es conocido que la gente de Puritania piensa que la tierra es plana».

C. S. LEWIS

Utopía «pocket»

El utopista que no consigue ver realizados sus sueños (o que no tiene el valor de proponerlos como cosa seria) recurre con frecuencia a desfogarse exponiéndolos en forma de novela con la esperanza de que alguien, más tarde o más temprano, recoja la idea y emprenda la construcción efectiva de un mundo «diferente».

Entre tantos personajes que han tomado sobre sí la empresa de escribir cosas de este género vamos a ocuparnos, por vía de ejemplo, de dos, que aparecen como de signo opuesto. Y esto, para poner de manifiesto que cuando se abandona el orden natural de las cosas se acaba siempre en un sistema en el que es absolutamente imposible vivir; en el mejor de los casos, se construye un mundo en el cual reina sin remedio la infelicidad.

Johann Valentín Andreae, teólogo y escritor luterano (1568-1654), descendiente de aquel Jakob que fue llamado «Fabricio» por el oficio de su padre y «el segundo Lutero» por su infatigable actividad en favor de la Reforma, escribió en 1619 su *Rei publicae christianopolitanae descriptio.* Después,

desilusionado por las costumbres poco morigeradas de sus contemporáneos, se entregó a las ciencias ocultas, esperando quizá de ellas una ayuda más provechosa para sus sueños «evangélicos»[1].

Christianópolis

Christianopolis es una especie de ciudad-Estado situada en un punto impreciso del Atlántico, al norte, hacia el ártico en la isla de «Caphar Salama». Los habitantes son, por supuesto, todos ellos protestantes y alcanzan el número de 400 (todos los números utilizados por Andreae son, naturalmente, bíblicos); 24 consejeros están encargados de elaborar las leyes y tres de ellos representan al ejecutivo: un ministro de Dios, un maestro y un juez.

La ciudad está dividida en tres barrios, cada uno de ellos dedicado a una actividad distinta: agrícola, artesana, industrial. Todos los productos han de ser enviados a los almacenes estatales, desde donde son distribuidos a los ciudadanos en relación con sus necesidades, ya que todo es común y no existe la moneda. La vida es frugal, porque el tiempo dedicado al trabajo es, por ley, muy escaso. Entonces, ¿qué es lo que hay que hacer en el tiempo que queda libre? Está bien claro: rezar.

Quien se atreve a buscar esposa fuera de la ciudad se arriesga también a ser declarado maldito, porque no tiene la bendición de Dios: por lo tanto, hay que desposarse con mujeres de la propia ciudad. Ahora bien, mucho cuidado con pecar contra la pureza y la castidad conyugales: las penas son severísimas y el adulterio está castigado con la muerte. Inútil es decir que las mujeres no tienen voz ni voto ni en la vida pública ni en la privada.

Alguien puede preguntarse dónde están las diferencias entre la sociedad descrita en Christianopolis y la de cualquier ciudad mormona o cuáquera del siglo pasado en lo que se re-

fiere a la situación de la mujer. Y es que en realidad no las hay. Los Padres Peregrinos pensaron en realizar los sueños de Andreae en cuanto encontraron un lugar en el que nadie pudiese molestarlos (aparte, claro está, de la caballería de los Estados Unidos cuando convenció por las malas a los habitantes de Utah de que abandonaran la poligamia y la práctica de ajusticiar a las adúlteras).

Debe señalarse, sin embargo, que el moralismo, es decir, la rigidez cadavérica de cierta moral, acaba inevitablemente por convertirse en su contrario, como luego se verá. El ambiente protestante acabó por revelarse como el más apto para este tipo de heterogénesis de los fines: según el sociólogo Leo Moulin, en los países con esta tradición la rigidez del comportamiento externo se traduce en poco tiempo en hipocresía primero y después en rebeliones verdaderas y naturales.

Se puede incluso afirmar, sin temor a exagerar, que casi todos los «ismos» han nacido en ambientes protestantes, en el sentido de que en un determinado momento histórico han considerado al protestantismo como «liberador» del catolicismo; así han aparecido el racionalismo, el iluminismo, el capitalismo, el socialismo y otros. Quizá hay que buscar la clave en la psicología de un hombre que ha quedado solo frente a Dios, plenamente responsable de sus pecados, sin intermediarios eclesiásticos, sin la «descarga» periódica de la confesión y sin la «comunión de los santos» que permite que unos paguen las deudas de otros. Así, la sobrecarga puede llegar a ser excesiva, y el sujeto se refugia en la hipocresía o trata de justificar «filosóficamente» la necesidad de liberarse de un lastre considerado como insoportable.

Por su parte, la mayor parte de los autores contrarrevolucionarios del siglo pasado están convencidos de la responsabilidad del mismo jansenismo en la preparación del clima que llevó a Francia a la Revolución. Asimismo, en Italia, varios personajes que tuvieron algún relieve en la Revolución liberal, como es el caso de Cavour, procedían de ambientes de

educación jansenista. En fin, Inglaterra, pàtria del puritanismo, ha pasado en realidad de una época en la que sus oficiales soportaban los más de 40 grados de los climas monzónicos indios dentro de sus rigurosos uniformes al punk y a los actuales *hooligans* que llenan los estadios.

«Last and First Men»

Hay un escritor utopístico de nuestro siglo al que merece la pena referirse y que en muchas de sus afirmaciones ha resultado singularmente profético. Se trata de Olaf Stapledon, fallecido en 1950. A pesar de su nombre de pila, era inglés. Entre otras obras publicó en 1930 una novela con el título *Last and First Men* y que es la historia fantástica de la Humanidad desde 1930 hasta un futuro remotísimo. Como todo el resto de la producción de Stapledon, esta novela está impregnada de gnosticismo pesimista. Pero hay un cierto momento en que se transparenta la siempre latente simpatía de cierta literatura anglosajona por un orden puritano, unida a la consideración benévola respecto al fascismo que en aquel tiempo se manifestaba en muchos intelectuales e incluso en el propio Churchill. Además, y teniendo en cuenta el tiempo en que se publicó, el escrito es realmente profético y, en cualquier caso, se trata de un claro reflejo de la mentalidad británica respecto a Francia y a Italia.

«De cualquier modo, tras la Guerra Europea, Italia pasó por una fase de desórdenes sociales y de desconfianza en sí misma. Después, un partido enérgico y sinceramente nacionalista tomó el control del Estado y dio a Italia una nueva dignidad basada en la reforma de los servicios sociales y en la política militarista. Los trenes circularon con puntualidad; las calles, limpias; los principios morales, puritanos; la aviación italiana había conquistado metas prestigiosas; los jóvenes, uniformados y adiestrados para el servicio militar con verdaderas armas de fuego, estaban persuadidos de ser los sal-

vadores de la nación, animados a derramar su sangre y utilizados para reforzar la voluntad del Gobierno.»

«Todo el movimiento estaba dirigido por un hombre cuyo genio en acción combinado con la retórica y la tosquedad de su pensamiento bastaban para convertirlo en un dictador de éxito. Casi milagrosamente condujo a la nación italiana a la eficiencia, pero a la vez proclamó a los cuatro vientos, con gran efecto emocional y una increíble falta de sentido del humor, la importancia de Italia y su voluntad de "expansión". Y el hecho era que, dado que los italianos se mostraban remisos a aceptar un enérgico control de la natalidad, la expansión territorial era una necesidad concreta».

Encontramos aquí todos los lugares comunes de la imaginación británica acerca de los italianos, desde su falta de *humour* hasta los excesos amorosos, desde el desorden congénito a la suciedad.

El relato prosigue con la guerra italo-francesa causada por un incidente fronterizo (provocado por los italianos): «El dictador, lejos de ofrecer excusas, se vio obligado por el furor popular a pedir la entrega de los militares capturados y en fin a declarar la guerra.»

La guerra fue breve y acabó mal para los italianos, quienes, en la mentalidad británica, son inferiores a los franceses en virtudes bélicas. «El pueblo se rebeló contra el dictador que había sido impelido a declarar la guerra. En un intento teatral, pero valiente, de hacerse de nuevo con el control de la plebe romana, el dictador fue derrotado y ajusticiado». Epílogo: «Los italianos se preocuparon menos de igualar las glorias de Garibaldi que de emular las glorias, mucho mayores, de Dante, de Giotto y de Galileo[2]».

Sin embargo, la guerra siguió y Francia, como es fácil imaginar, fue vencida por Inglaterra.

Notas

[1] En efecto, hay que constatar que hubo un vínculo no pequeño entre el mundo protestante y el interés por las ciencias ocultas. No es propósito de este trabajo profundizar sobre el tema; sin embargo, no son pocas las coincidencias que podría encontrar cualquier estudioso que se interesase por el asunto.
Por ejemplo, parece ser que uno de los fundadores de la masonería inglesa, John Toland, era aficionado al druidismo. Fundó una especie de secta que celebraba ritos nocturnos durante los equinoccios en Stonehenge. Según señala uno de los más profundos estudiosos de las sectas, Massimo Introvigne, el abandono del equilibrio entre la razón y la fe, equilibrio típico del catolicismo, lleva consigo una dicotomía: por una parte, fundamentalismo fideístico; por otra, racionalismo. Sin embargo, lo sagrado, arrojado por la puerta, por así decirlo, vuelve a entrar por la ventana bajo la forma de ocultismo, y a veces de satanismo.
La caza de brujas fue un fenómeno localizado casi exclusivamente en el área protestante (Cfr. el trabajo del autor **La leggenda ñera dell Inquisizione** «Fogli», agosto 1988. Edizioni Ares, Milán).
Son asimismo notorios los lazos entre el satanisrrfb y cierta música rock nacida como reacción a la excesiva gazmoñería de la vida americana de provincias. Para la relación entre el «mago» Crowley y Hitler, cfr. GIORGIO GALLI, **Hitler e il nazismo mágico**, Rizzoli, Milán, 1989.
Sir Arthur Conan Doyle, creador del «súper-racionalista» Sherlock Holmes, fue uno de los máximos espiritistas de su tiempo. Cfr. **Lo spiritismo**, Elle Di Ci, Turín, 1989, publicado por Massimo Introvigne, págs. 121 ss. (El capítulo dedicado a Conan Doyle es de Michael Homer).
[2] Ibídem, pp. 31-32. Antes de Stapledon fue H. G. Wells quien transformó la idea del futuro. En todos los autores utópicos precedentes, el futuro era el lugar del sueño realizado, el paraíso en la tierra. El protagonista de la obra de Wells **La máquina del tiempo** domina el pasado, el presente y el futuro situándose en uno u otro como quiere. Pero en el futuro -en el año 802.701, para ser exactos- no queda nada de todos los sueños humanos. Este concepto volverá a ser tomado por muchos otros autores, todos ellos, sin embargo, del área anglosajona. La idea del viaje en el tiempo influirá incluso en Lovecraft y en Shaw, quien escribirá un **Pentateuco metabiológico**.
En muchos aspectos, Wells fue un anticipador de todos los temas de la ciencia ficción y de la literatura de horror, género este último llevado al virtuosismo por Lovecraft, quien por cierto murió loco. El año 1905 publicó **A modern Utopia**, en la que se describía otra Tierra en un universo paralelo, gobernada por la casta-confraternidad de los Samurai, y cuyo credo era el progreso indefinido gracias a la ciencia. Pero la obra que dice la última palabra sobre la utopía es sin duda **Un mundo feliz** de Aldous Huxley, cuyo título es precisamente una cita de **La Tempestad** de Shakespeare en la escena II del acto V: «¡Feliz mundo nuevo!». En un cierto momento del libro de Huxley el Gobernador dice al Salvaje -que le pregunta si Dios es compatible con el Mundo Nuevo- que en el Mundo Nuevo la verdadera manifestación de Dios es su ausencia, revelando así el fondo medroso y nihilista de la utopía.

Capítulo 16

... y el de la perversión

«En ningún campo es tan patente que las morales constituidas en detrimento de las necesidades naturales son falsas como en el campo sexual».

FILIPPO TURATI

«Antes de 1773 no hay ningún libro de medicina que hable de neurosis».

GODFRIED DANNEELS

Mil setecientos

Donatien-Alphonse-François, marqués de Sade, fue un prolífico escritor tanto de utopías «ilustradas» cuanto de novelas libertinas, si bien ha sido por estas últimas por lo que ha pasado a la historia.

En *Los 120 días de Sodoma,* escrita en 1785, habla del castillo de Silling, especie de ciudadela situada en una posición inaccesible en la cima de un monte de la Selva Negra. En el lugar se reúne un alegre grupo de 48 personas. Cortado el puente levadizo, los reunidos se entregan al pasatiempo preferido por De Sade. Se trata de cuatro maníacos riquísimos, entre los 45 y los 60, sus esposas respectivas, ocho muchachos y ocho jovencitas de notable belleza que han sido raptadas de sus hogares, de ocho homosexuales elegidos por las enormes proporciones de sus órganos genitales, cuatro ancia-

nas caducas, perversas y corruptas, que actúan de gobernantas, otras seis personas entre camareras y sirvientas y cuatro rufianes de gran experiencia.

Las *Maitresses,* desde el 1 de noviembre al 28 de febrero de un año que no precisa el autor, cuentan 150 perversiones por cabeza, lo que suma un total de 600, de las cuales, las «mejores» se practican acto seguido por los asistentes. Hasta el 20 de marzo se desarrolla una orgía continua en un «crescendo» de delirios repugnantes que cuestan la vida a 30 de los personajes que forman el grupo.

No sólo sadismo

Hay una conexión entre sadismo y racionalismo ilustrado, presentes los dos en el marqués[1].

El marqués de Sade –que murió loco en el manicomio de la Salpetriére– no sólo se ocupaba de obras como la señalada, sino también de escritos «ilustrados». En *Aliñe* y *Valcour,* publicada en 1795, el marqués describe la isla de Tamoé, situada en algún lugar del océano Pacífico y circundada, como es obvio, de escolleras inaccesibles. El clima es idílico y la capital, Tamoé, una de las 16 ciudades de la isla, está situada al sur, en una bahía, y es el único lugar de la isla al que se puede arribar.

Aquí fue donde llegó un oficial de la marina de Luis XIV, el cual, enamorándose de una indígena, y a no salió de allí. Y pronto se convirtió en reformador de las costumbres y las leyes dentro del más puro espíritu de los *philosophes.*

La capital, edificada según un plano regulador, es de forma totalmente redonda. Las calles son rectilíneas y de trazado perpendicular; las casas son todas iguales y todas del mismo color, rosa y verde. La plaza central es también redonda, y está rodeada de árboles. En el centro, dos edificios, por supuesto redondos y más altos y mayores que los demás: son la residencia del jefe y las oficinas públicas.

La religión es solar. Sin embargo, no se adora al Sol en cuanto tal: el astro es sólo el símbolo del Dios deísta, misterioso e incognoscible, que ha creado el mundo. El culto consiste en trasladarse en procesión a un monte cercano y prosternarse allí con los brazos levantados. Y nada más. Todo sencillo. Ni templos, ni ritos, ni clero.

El único dueño de todo es el Estado; la propiedad privada no existe. Reina la igualdad más absoluta, incluso en los vestidos, que consisten en una simple túnica, gris para los ancianos, verde para los adultos y rosa para los jóvenes[2]. Dado que todos poseen lo que desean, no existe el vicio y por lo mismo tampoco existen ni leyes ni prisiones. Los niños son educados por el Estado desde que son destetados hasta los quince años. A esta edad deben contraer matrimonio: a tal fin son llevados a la casa común en la que han sido criadas las mujeres y allí eligen. Está admitido el divorcio. Los ancianos imposibilitados son alojados por el Estado en palacios destinados para ello. Todos son rigurosamente vegetarianos y su diversión preferida es el teatro.

Obsérvese la singular coincidencia entre el sistema rector de la isla de Tamoé y el vigente en la mayor parte de los países en los que vive hoy buena parte del a Humanidad: planificación reguladora de las ciudades, guarderías infantiles, obligación de asistir a la escuela hasta una cierta edad y a tiempo completo, residencias estatales para los ancianos, culto simplificado al máximo y religiosidad genérica, transformación de los propietarios en usufructuarios del patrimonio estatal, divorcio, modas homologantes, rigorismo alimentario, tendencia a la despenalización, convicción de que el crimen es fruto exclusivo de relaciones socio-económicas equivocadas, gusto por los espectáculos pasivos, etc. Aparte de la preocupación por las formas redondas «perfectas» y por alguna otra cosa, el sistema de la isla de Tamoé nos aparece hoy en el fondo como aceptable y no propiamente utópico. Y es precisamente esta constatación la que nos da la medida de los

cambios que se han producido en nuestra mentalidad en sólo doscientos años.

Notas

1 También se ha observado una conexión entre sadismo y ambiente protestante (cfr. los cometidos por los llamados «asesinos psicopáticos», es decir, personas que actúan sin móviles aparentes. Desde Jack el Destripador en adelante, y salvo raras excepciones, todos estos crímenes han tenido lugar en Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos de América, aunque hay que decir que la secularización está trayendo consigo que estos fenómenos empiecen a producirse ya entre nosotros.
El hecho es que la moral católica prevé, además de la posibilidad de reconciliación con la divinidad mediante el arrepentimiento y la confesión sacramental, una infinita gama de matices entre el pecado y el estado de gracia. Como recordará quien conozca el catecismo, para que haya pecado es necesario que exista «advertencia plena y consentimiento deliberado». Así, los pecados verdaderos y propios acaban por ser más bien raros (o al menos se presentan como tales al creyente en una situación menos agobiante). Para la mentalidad protestante, por el contrario, el pecado es irremisible, prescindiendo de su entidad. De tal modo que en una personalidad frágil o desviada el sentido de culpa (originado quizá por una transgresión sexual, por ejemplo) puede ser visto en sentido plenamente destructivo, originando disociaciones del tipo de la que describe Hitchcock en **Psicosis**.
Incluso la gran incidencia del alcoholismo debe ser atribuida, según el sociólogo Leo Moulin, a la misma causa. En efecto, no habrá pasado inadvertido al lector el hecho de que en las películas norteamericanas, en general, se bebe y basta, es decir, que resulta difícil encontrar escenas de almuerzos o comidas. Y en este sentido, y siempre según Moulin, es curioso notar que, por ejemplo, la cocina polaca es magnífica, en tanto que la de la región germano-oriental limítrofe con Polonia no lo es, siendo así que el clima y las materias primas son iguales.
El hecho es -siempre según Moulin- que «el protestantismo ha creado, es verdad, una sociedad económicamente vivaz..., pero ha reducido o limitado la **joie de vivre**; el hombre es visto como solitario ante Dios; debe asumir todo el peso de sus acciones y de sus culpas, comprendido el abandono de la «sensualidad» del alimento. El católico es más libre, se encuentra menos acomplejado porque sabe que existe toda una red de mediaciones celestiales y culturales hechas para ayudarlo y justificarlo y, sobre todo, porque tiene a su disposición la confesión y su perdón liberador».
«El protestantismo», continúa Moulin, «al decir que «tu salvación es asunto tuyo y una relación personal tuya con Dios» acaba en muchos casos conduciendo a la hipocresía, porque los hombres o se desarraigan o se ven obligados a fingir una virtud que no pueden practicar».
La revolución industrial puesta en movimiento por los protestantes, según las conocidas categorías de Weber, ha deshumanizado la vida de los hombres, trasplantados a la ciudad desde el campo. «El protestante, así, prefiere beber a comer, frecuenta mejor el pub o el saloon que el restaurante».
2 Esto de la uniformidad en el vestido es una fijación característica de todas las utopías. En el **Anden Régime** (en el sentido lato del término) cada uno vestía como quería; a lo más llevaba el hábito de la corporación a la que pertenecía; sin embargo, todo era extremadamente vario y coloreado.
Incluso esto era válido para el traje de los soldados. Fue la «iglesia» jacobina la que pretendió la uniformidad en el vestido (no por casualidad el traje de los militares se lla-

ma desde entonces «uniforme»), pero hay que esperar a la Gran Guerra para que los oficiales renunciasen a los colores vivos, los penachos y los oropeles. Las resistencias a la mimetización, considerada deshonrosa, fueron notables, especialmente por parte de la oficialidad, cuyos miembros provenían de familias de antiguas tradiciones guerreras en los dos campos de la contienda.

Manfred von Richtofen, el legendario «barón rojo», fue apodado así por el color de su avión. La escuadrilla que mandaba había recibido la orden de mimetizar los aparatos. Para no desobedecer la orden, Richtofen asignó un solo color a cada avión, reservándose para sí el más visible de los colores que les habían enviado.

En el fondo, incluso la sociedad contemporánea está llegando a la casi perfecta uniformidad en el campo del vestido con la moda de los jeans y otras «nivelaciones» como las mochilas de los escolares.

Pero en el pasado, cuando no se pudo imponer esta nivelación en el modo de vestir se trató de generar, por lo menos, confusión. La secta de los Hermanos del Espíritu Libre a la que, por cierto, se dice que perteneció el pintor Hieronimus Bosco, se extendió, a veces violentamente, durante casi tres siglos, del XIII al XVI, en Europa central. Contra ella se pronunció incluso Calvino, que escribió un tratado Contre la secte phantastique et furieuse des libertins qui se nomment Spirituels el año 1545. Desde su fortaleza tradicional, Colonia, se expandieron como mancha de aceite por toda Europa, gracias a una doctrina de la cual lo menos que se puede decir es que era singular.

Tras varios años de durísimo aspirantado, a través de la práctica de una total ataraxia conseguida por medio de penitencias durísimas, se llegaba a obtener la condición psíquica requerida. Llegados a tal punto, todo estaba permitido, ya que se consideraban superiores incluso al propio Dios. De este modo, la consciencia de la omnipotencia alcanzada transformaba al adepto en un ser absolutamente amoral. Más aún, para los Turlupins, que así se denominaban, la prueba del estado de perfección a que habían llegado consistía precisamente en no sentir jamás ningún tipo de remordimiento. Mentira, hurto, homicidio, incesto, sodomía, etc. eran acciones consideradas y enaltecidas como «santas». San Alberto Magno testimonia que para ellos era mejor que el mundo entero pereciese antes que un hombre «libre» renunciase a un acto al que le empujaba su naturaleza. Y resultaba, por otra parte, imposible reconocerlos, precisamente a causa de sus mentiras y de las actitudes de los infiltrados en todas las capas sociales. Añádase a esto su absoluta desenvoltura en el vestir, de tal manera que unas veces llevaban ropajes ostentosos y otras vestían de andrajos.

Hoy este modo de actuar es visto como bastante normal por nuestros contemporáneos; la época en que vivimos conoce sólo dos tipos de vestido: el «serio», con la corbata, y el llamado con un término inglés casual, para el tiempo libre. Pero en el Medievo el hábito hacía realmente al monje y constituía una prueba externa de pertenencia a una orden o a un oficio, una verdadera y auténtica card o tarjeta de presentación o de identidad. Se comprende así por qué la actitud de los Hermanos del Espíritu Libre constituía en aquellos tiempos por lo menos un elemento subversivo y desestabilizante. Cfr. NORMAN OHN, Ifanatici dell'Appocalisse, op. cit, págs. 216 ss.

Capítulo 17

¿Y la masonería?

«Con frecuencia, para la mayor parte de los hombres, la incredulidad en una cosa se basa sobre la ciega creencia en otra».

GEORG CHRISTOPH LIECHTEMBERG

«Varias son las sectas que, si bien diferentes en nombre y en ritos, en la forma y en el origen, por una cierta comunidad de intereses y afinidad en los principios fundamentales, concuerdan en sustancia con la secta masónica, que actúa como centro en el que se mueven y que todas ellas consideran como principal».

LEÓN XIII

Ritos y mitos

Mucho se ha dicho y escrito sobre la masonería, y habría que recogerlo aquí casi obligatoriamente si no fuese porque, como ya he advertido en su momento, mi intención no es la de hacer una obra voluminosa.

De la masonería dijo Gramsci que fue el verdadero partido de la burguesía capitalista en Italia, en el momento en que, según él, los verdaderos enemigos del Estado unitario fueron los clericales. Y la realidad es que la masonería ha coleccionado más condenas que nadie por parte de la Iglesia Católica: más de quinientas ochenta.

Por eso trazar incluso un breve perfil de ella habría requerido demasiado espacio. Además esta obra está principal-

mente dirigida a las utopías menores, no a las realizaciones a gran escala, como el comunismo, a no ser por la consideración de algún aspecto marginal y curioso.

Harina del mismo costal

Probablemente en las librerías de viejo italianas puede encontrarse algún ejemplar del libro que Salvatore Fariña escribió en 1946 y que se titula *Libro completo dei rituali massonici del rito scozzese antico ed accettato* y del que se recoge lo siguiente:

«–¿Qué hace falta para que el matrimonio sea siempre feliz?

–Hay que purificarlo, favoreciendo las inclinaciones honestas y desinteresadas, que únicamente pueden formar las uniones contraídas de corazón y que no se rompen jamás. Es necesario alejar de la familia a aquellos que especulan sobre la dote de la esposa y hacen del vínculo conyugal un comercio: el mundo está lleno de resultados funestos de estas uniones en las que el corazón no interviene para nada y que no pueden menos que resultar insoportables a los cónyuges».

Estos consejos nos recuerdan los que escuchamos por la mañana en algunas emisoras de radio del tipo de «En el corazón no se manda» y otras por el estilo; cambia sólo el lenguaje. Pero veamos lo que sigue.

«–¿Cuál es vuestra opinión acerca de la indisolubilidad del matrimonio?

–Es contraria a los dictámenes de la naturaleza y de la razón; a los dictámenes de la naturaleza, porque las conveniencias sociales han unido frecuentemente a seres que la naturaleza había separado por antipatías que sólo en el matrimonio llegan a desarrollarse; a los dictámenes de la razón, porque la indisolubilidad hace del amor una ley y pretende someter a reglas al más libre e incoercible de los sentimientos.

–¿Cuál debe ser el correctivo?

–El divorcio. Está en nuestras costumbres: esperemos, trabajemos para que entre en los códigos»[1].

La masonería, como ya se ha dicho, ha recibido muchísimas condenas por parte de la Iglesia. La primera fue en el año 1738, pocos años después de su fundación, acaecida el año 1717, por la bula *In eminenti* del papa Clemente XII.

Mas ¿qué es lo que piensan los «hermanos» acerca de Jesucristo?: «Para el israelita como para el cristiano, para el mahometano como para el budista o el brahmanista, Jesús de Nazaret se encuentra entre los más grandes precursores, y cada uno de nosotros es libre de divinizarlo o de seguir solamente sus doctrinas, que renovaron el mundo y que la Iglesia Católica Romana explotó en beneficio suyo por ambición de dominio temporal»[2].

¿Es esta afirmación el origen de la condena? Ciertamente que no, porque la realidad es que se debería entonces condenar a muchos católicos que hoy piensan del mismo modo. Pero es que la masonería es mucho más.

En el ritual de iniciación al grado 32 (Sublime Príncipe del Real Secreto) una voz fuera de campo habla al iniciando diciéndole, por este orden: Confucio, Zaratustra, Buda, Moisés, Hermes Trismegisto, Platón, Jesús, Mahoma y El del Mañana, figura de los grandes hombres que vendrán de nuevo y quizá el último de ellos.

La masonería se comporta como una especie de Iglesia alternativa. Los rituales son complicadísimos y abarcan todos los aspectos de la vida en los que la Iglesia administra los sacramentos. Y a hemos visto lo referente al matrimonio. Ha y también un bautismo y un funeral masónico. No hay misa, por supuesto, pero sí un ágape, es decir, una cena ritual. E incluso un catecismo, que en el manual citado puede encontrarse en la página 77, así como en la 22 se recoge el calendario masónico.

Grados y peldaños

El «hermano» Salvador Fariña pagó pronto las consecuencias de haberse atrevido a dar a la publicidad el *Ritual:* fue expulsado, «quemado», de todas las logias italianas. ¿Obsesión masónica por el secreto? En parte, sin duda, pero no del todo. En la época en que se publicó el *Ritual* la masonería estaba tan difundida que su «secreto» era, en realidad, un secreto a voces.

El hecho es que entre los rituales revelados se encontraba el de la iniciación al grado 18°: «Soberano Príncipe Rosa-Cruz», cuyo fin eral a emancipación de la Humanidad a través del gnosticismo. La señal de reconocimiento consistía en señalar el cielo con el índice de la mano derecha, a lo que se respondía de manera análoga, pero señalando a la tierra. Al final se participaba en una cena ritual en la cual el oficiante advertía que el pan y el vino que se iban a consumir eran «nuestro cuerpo y nuestra sangre». Al final, exclamaba *«Consummatum est»*.

La iniciación, después, al grado 30, «Caballero Kadosch», implicaba un curioso gesto simbólico. El neófito debía abatir dos columnas que sostenían una tienda, sobre la que estaba dibujada una cruz griega. El neófito debía pisotearla y pasar sobre ella.

¿Para qué servía todo aquello? La respuesta puede hallarse, quizá, en un artículo aparecido en la revista *Conoscenza,* órgano del a Iglesia gnóstica apostólica universal, con la firma de un tal Heliophilus y titulado *Il Segreto Massonico*[3].

¿Qué es este famoso «secreto masónico»? Según el autor, «la transmutación del hombre animal en "hombre dios"». Esto es, la Gran Obra perseguida siempre por todos los «ilustrados» desde los alquimistas en adelante. Desde este punto de vista parecen aclararse los símbolos que hemos visto antes. Si el verdadero dios es el hombre, es el hombre el que come su propio cuerpo y bebe su misma sangre. Señalar al cielo y

después a la tierra vendría a significar que el dios no está allá arriba, sino aquí abajo. La construcción del templo (masónico) consistiría entonces en edificar el Reino de los Cielos aquí, en la tierra, lo que acontecerá si se sabe superar la supersticiosa creencia en lo ultraterreno (pasar sobre la tienda marcada con la cruz) y se libera al dios que es cada uno de los hombres.

Masonería y fascismo

Cuando apareció el libro del *Ritual,* la masonería vivía en una época de tranquilidad, acabada de salir del «sueño» al que le habían obligado las leyes fascistas.

Es verdad que la Constitución republicana de Italia prohibe las sociedades secretas, pero no concretamente la masonería. La prohibición es solamente para el «secreto»; de tal modo que los «hermanos» celebran sus congresos en el Hilton.

Uno de los primeros actos del Duce como jefe de Gobierno fue precisamente el de proponer una ley antimasónica. Si bien en el texto no se la nombraba directamente, todo el debate parlamentario en el que participó incluso Gramsci versó, específicamente sobre el tema, sobreentendido. ¿Por qué Mussolini se llevaba a matar con las logias? Según el historiador G. Vannoni, porque el Duce no toleraba ningún poder superior al suyo. Y no sólo por esto, sino porque la masonería se oponía a la «guinda» del proyecto mussoliniano: la reconciliación con la Iglesia Católica.

A decir verdad, y siempre según el historiador citado, la oposición pertenecía toda ella a la rama que tenía su sede en el Palacio Giustiniani, en tanto que la «escocesa» de la plaza del Gesú era favorable. De hecho, el Gran Maestre de este rito, Raúl Palermi, había conseguido en enero de 1923 que Mussolini aceptase el cargo de Gran Maestre Honorario. Y

para disipar las últimas desconfianzas de la Iglesia incluso esta rama de la masonería hubo de aceptar el «sueño».

Las dos masonerías habían ayudado al fascismo desde el principio, económicamente y con otros medios, a la marcha sobre Roma. Y no sólo eso, sino que, además, casi todos los peces gordos del régimen eran «hermanos». Esto era algo que Mussolini conocía perfectamente, pero, a lo que parece, se hizo el desentendido.

Antes de la Conciliación, en la sesión del Gran Consejo del Fascismo de finales de 1922, el Duce hablaba de este modo: «Yo tengo serias dudas acerca del poder de la masonería y de sus famosas influencias ocultas. La masonería ¿ha impedido o, por lo menos, ha tenido noticias de un encuentro que he tenido hace pocos días con el cardenal Gasparri? Porque el hecho es que ese encuentro ha tenido lugar».

A este encuentro Mussolini fue acompañado por su fidelísimo Acerbo. Sólo que Mussolini no sabía, evidentemente, que Acerbo era masón[4].

En tiempos más recientes, concretamente en nuestros días, la masonería ha vuelto a la escena de la actualidad a causa del conocido escándalo de la Logia P2. A este respecto parece, sin embargo, que la consecuencia de este escándalo ha sido un aumento en la solicitud de inscripciones. ¿Por qué? Seguramente porque el italiano medio (que obviamente no tiene conciencia de serlo) ha sacado una consecuencia de este asunto: que para hacer carrera rápidamente resulta un buen sistema el convertirse en «hermano»[5].

Sociedades secretas

De modo semejante –y mucho más trágicamente– en el romántico siglo pasado quien no formaba parte de una sociedad secreta no tenía espíritu «liberal». Y en la época la propaganda había logrado que el término tuviese la acepción po-

sitiva que hoy se da a la palabra «democrático». El término contrapuesto, despreciativo, era el de «reaccionario» así como hoy es «fascista».

La moda venía de la Francia revolucionaria, y fue inmediatamente recibida en Italia por los *afrancesados*. Tras la caída de Napoleón, en la Italia del norte aparecieron infinidad de sociedades de este tipo, algunas de las cuales eran simplemente ridículas y otras verdaderamente peligrosas. En la región de Bolonia comenzó a actuar la sociedad de los Güelfos en relación directa con la masonería; en Milán tomó el nombre de Sociedad de los Centros.

Por esta misma época se formó en los Estados Pontificios la Unión Latina, que tenía como slogan «Por la constitución y la independencia». En el Piamonte actuaban los Adelfos y en el Polesino la sociedad de la Aguja Negra, que se proponía sentar en el trono de Francia al hijo de Napoleón. En las Marcas encontramos a los Hermanos Secuaces de los Protectores Republicanos y la Reunión Republicana en las Dos Sicilias.

Pero también habían aparecido sociedades secretas de signo contrario, cuyo único fin consistía en oponerse a las primeras, como al de los Sanfedisti, la de los Consistoriales y la de los Caldereros, esta última creada por Antonio Capece Minutólo, príncipe de Canosa y ministro de Policía del reino borbónico. Estas sociedades de dieron no poco que hacer a la masonería y a sus ramificaciones. Pero su eficacia en el conjunto fue prácticamente nula a causa de la sorda oposición de los Gobiernos, infiltrados abundantemente de masones.

Los «primos»

Pero la sociedad secreta del *Risorgimento* que despertó mayores fervores patrióticos en la fantasía de los ex estudiantes italinos de la escuela primaria fue la de los Carbonarios[7]. Sus

estatutos llevaban un preámbulo en el que se advierte con toda claridad un sabor masónicamente gnóstico con una velada tendencia al socialismo.

«Cuando los hombres creyeron encontrar la felicidad entre los muros de la ciudad y para la defensa común, entregaron el mando de sus fuerzas a una sola persona, la cual, en lugar de protegerlos y defenderlos se convirtió en opresora, se desterró la igualdad civil, se entronizó el derecho lesivo del despotismo, de la barbarie, de la propiedad, se corrompió la especie humana, se vieron suplantadas las leyes de lo justo y lo verdadero por la corruptela de las costumbres, por la persecución y la opresión de los buenos. Unos pocos sabios que cultivaban en su corazón aquella moral con sus principios inalterables a pesar del tiempo y del sucederse de las generaciones, lamentándose en secreto, pensaron mantener intactos e incorruptibles los sentimientos de la sana moral, y en secreto señalaron esta ciencia a sus hijos, a los pocos dignos de poseerla, y que transmitida de generación en generación, fue la verdadera escuela de la filosofía jamás corrupta, jamás alterada en su verdadero aspecto: he aquí el sentimiento de las sociedades secretas filosóficas: he aquí dónde sin velos, sin misterios, se enseña a respetar los derechos de los hombres y a sostenerlos. Los Misterios de Mitra en Persia, de Isis en Egipto, de Eleusis en Grecia, los Templos que hay que reedificar y las luces que hay que difundir son los rayos que partiendo de un solo centro describen una periferia, cuya inmensidad es el campo de la sabiduría. En su momento surgió la Carbonería, que simplificó todos los métodos y adoptó el lenguaje sencillo de la naturaleza»[8].

Hasta qué punto corresponde a la verdad la afirmación «sin velos, sin misterios» lo veremos enseguida. Solo señalaremos aquí que, aparte de los aspectos grotescos[9], todas estas sociedades actuaban en realidad en contacto estrechísimo entre ellas y tenían como jefe a la masonería. La pluralidad de las siglas servía por una parte para amedrentar al adversario

con una apariencia muy superior a la real, y por otra para impedir llegar al árbol cuando quedaba al descubierto una de sus ramas.

Con el velo...

Llegamos ahora a aquello de «sin velos, sin misterios». En la iniciación al grado de Aprendiz, tras un complicadísimo ritual, se mostraba al adepto un cuadro simbólico y se le daban las explicaciones acerca de él. Helas aquí:

«Todo lo que ves en esta tela es simbólico. La Tierra es la superficie sobre la cual están esparcidos todos los BB... CC... CC... (Buenos Primos Carbonarios), y el cielo con su esfera nos cubre y nos protege. La cruz demuestra que no se llega a la virtud si no es a costa de grandes esfuerzos, a ejemplo del Gran Maestro del Universo que con la cruz nos ha acercado al cielo.

La corona de espinas demuestra que los BB... CC... CC... no deben albergar pensamientos contrarios a la religión, a la virtud y al Estado. El paño blanco es el símbolo de la candidez de costumbres, esencial a todos los BB... CC...

El ovillo de hilo nos recuerda la cadena mística que anuda y estrecha a todos los BB... CC... CC... por medio de la virtud.

La escalera nos manifiesta que para alcanzar la virtud colocada en lo alto debemos subirla escalón por escalón.

La sal debemos utilizarla no solo para impedir la corrupción que el vicio ha introducido en nuestro corazón, sino que también debemos arrojar la corrupción del corazón de todos los BB... CC... CC... y de todo el resto de los hombres.

La leña son los individuos que componen nuestra orden. Las hojas sirven para obturar el horno, mostrándonos que el secreto de los BB... CC... CC... debe quedar sepultado en su corazón.

Las cintas tricolores son los principales atributos de la Carbonería y las enseñas de los BB... CC... CC... (...) significan místicamente: el negro, la fe, ciega en nosotros, y constante; el azul, la esperanza de vernos en el cielo de los virtuosos; el rojo, la caridad que debe llenar nuestro corazón.

El agua, sublimada por el Gran Maestro del Universo, lavándonos, nos convierte en sus amigos.

El fuego indica que el corazón del BB... CC... CC... debe estar siempre encendido con la llama de la caridad y nos recuerda las máximas de aquella moral sublime que nos dice que hagamos a los demás lo que querríamos para nosotros.

Todos los otros emblemas son símbolos de esfuerzo para que no olvidemos que vida del Carbonario debe ser laboriosa y activa»[10].

... Y sin él

Mas ¿qué sucede cuando el adepto recorre toda la escala jerárquica y se convierte en Maestro? El cuadro cambia entonces completamente y se convierte en algo menos idílico:

«P. ¿Qué indica este signo?

R. Se rememora el juramento de dejarse arrancar el corazón antes que revelar los secretos a quienes no estén en este grado.

P. ¿Sabrías decirme el verdadero sentido de este cuadro? (...).

R. La explicación es totalmente distinta (...) de la que me dieron cuando fui recibido en el grado de simple App.

La cruz debe servir para crucificar al tirano que nos persigue y perturba nuestras operaciones. La corona de espinas servirá para traspasarle la cabeza. El hilo expresa la cuerda que lo conducirá al patíbulo. Las hojas son los clavos que traspasarán sus manos y sus pies. La azada se introducirá en su seno y derramará la sangre impura que corre por sus ve-

nas. El hacha le separará la cabeza del tronco, igual que al lobo perturbador de nuestras obras pacíficas. La sal impedirá la corrupción de la cabeza, para que permanezca como muestra para eterna infamia y memoria de los déspotas. La pértiga servirá para elevar en lo alto el cráneo del tirano, cuando se lo hayan cortado. El horno quemará el cuerpo del tirano. La pala esparcerá sus cenizas al viento. El cajón servirá para dar más tormento al tirano. La fuente nos purificará con agua de la sangre impura que habremos vertido. El paño nos enjugará y nos hará de nuevo cándidos y sinceros. El Bosque es el lugar donde los BB... CC... CC... trabajan siempre para obtener un resultado tan importante»[11].

Señalemos que debe advertirse en lo anterior la referencia a la Marsellesa y a la muerte de Luis XVI[12].

El catecismo de los «Güelfos» se vale a veces de metáforas pintorescamente eróticas:

«P. ¿Qué hace ahora vuestra madre? (Italia).

R. Gime herida.

P. ¿Quién la ha herido?

R. Sus vecinos, con la ayuda de hijos degenerados.

P. ¿Por qué la han herido?

R. Por envidia de su belleza.

P. ¿Dónde la hirieron?

R. En el seno y en la vagina»[13].

Notas

1 SALVATORE FARIÑA, Melita, Genova, págs. 135-136, reedición de 1988.

2 Ibíd., pág. 321.

3 Cit. en G . VANNONI, Massoneria, fascismo e Chiesa Cattolica, Laterza, Bari, 1980, pág. 11. Cfr. también F. GIANTULLI, L. Essenza della Massoneria italiana: il naturalismo, Florencia, 1973.

4 G. VANNONI, op. cit, pág. 110.

5 Leo Moulin, ex masón «arrepentido», define la masonería como «una asociación de mutuos socorros entre hermanos» en una entrevista a V . Messori en Jesús, septiembre de 1987. Acerca del caso P2 se expresaba así el Gran Maestro Armando Corona en una entrevista concedida al diario 77 Tirreno el 21 de octubre de 1988: «Jamás he creído que la P2 fuese una asociación para delinquir (...); éstos no eran masones, como tampoco lo era, para mí, Licio Gelli, porque a juzgar por el lenguaje que utiliza es to-

davía un profano ». Pero el 5 de diciembre del mismo año, un comunicado del Gran Oriente de Italia, publicado en la revista Hiram de enero de 1989 proclamaba que Licio Gelli había sido expulsado de la masonería el día anterior.
6 Las más interesantes fueron sin duda la «Aa», las Amistades Cristianas el venerable Pió Bruno Lanteri y del padre Von Diessbach, difundidas primero en el norte de Italia y después en el extranjero. De ellas formaron parte incluso nombres ilustres. Estas sociedades, sin embargo, más que legitimistas, eran católicas en sentido pleno: combatían las ideas del tiempo con la difusión de publicaciones alternativas y la actitud personal de una religiosidad vivida integralmente. Después de la Restauración fueron disueltas por presión de Rusia.
7 Billington describe así la difusión de los Carbonarios en Italia: «Esta metamorfosis rural de la masonería (...) fue exportada por los ejércitos napoleónicos a la Italia meridional, en donde se politizó y se difundió por las Dos Sicilias durante el reinado del excéntrico pariente de Napoleón, Joaquín Murat (...). Este nuevo orden ritual asumió el mismo tipo de estructura defensiva basado en los lazos familiares y en la «omertá» que posteriormente serían características propias de la mafia». JAMES H . BILLINGTON, Con il fuoco nella mente, Il Mulino, Bolonia, 1986, pág.
8 DOMENICO SPADONI, Sette, cospirazioni e cospiratori nello Stato Pontificio, Roma-Turín, Casa Editrice Nazionale, 1904, págs. 15-16.
9 El título décimo de los Estatutos se encabeza así: «Sobre los esfuerzos de la masticación». Allí se describe con la acostumbrada coreografía de nombres ampulosos y con meticuloso ceremonial la cena anual de los «primos» en el interior de la «venta», oportunamente preparada. El artículo 282 recomienda no excederse en los platos fuertes (tres como máximo). El vino es llamado «buona carbonella»; el agua, obviamente, «cattiva carbonella». Ibíd., pág. 50.
En el mismo volumen se recogen algunas cartas secuestradas por la Policía los «hermanos » y «primos» arrestados. En una del 17 de abril de 1817 se puede leer: «Os doy como noticia cierta que en Londres ha estallado la revolución y que el Parlamento y la Familia Real han sido masacradas», pág. 151.
10 Ibíd., págs. 68-69.
11 Ibíd., pág. 85.
12 La diáspora de los carbonarios, después del fracaso sustancial de los primeros decenios del XIX, produjo una increíble cantidad de pintorescos grupúsculos con nombres extravagantes, tales como «Cinco en familia», los «Siete durmientes», los «Panzas negras», los «Descamisados», los «Vampiros», etc.
13 DOMENICO SPADONI, op. cit, pág. 97.

Capítulo 18

El pavimento blanco y negro

«Los hombres ya no tienen medida de nada cuando la vida humana deja de ser la medida».

ELIAS CANETTI

Secretos

Todos habremos caminado alguna vez sobre un pavimento formado por losas blancas y negras, como un tablero de ajedrez. Pero no todos saben que están paseando sobre un símbolo masónico.

¿Tiene algo que ver la cúpula de la universidad romana de La Sapienza con la masonería? ¿Y el plano que rigió el trazado de la ciudad de Washington? Pero vayamos con orden.

El mito y la realidad

La masonería llamada «especulativa» tiene como fecha de nacimiento el día de san Juan Bautista del año de gracia de 1717 y como lugar Londres. Las Constituciones de Anderson –el estatuto de las primeras cuatro logias reunificadas– se establecieron muy poco tiempo después, en 1723. En ellas se hace remontar el origen de la masonería de Adán. Los «secretos del arte» habrían sido transmitidos de generación en generación a Moisés –quien habiendo sido educado en Egip-

to conocía la antigua sabiduría de los sacerdotes– y a Jesús, pasando después, a través de todos los «grandes iniciados de la Historia», hasta llegar al pastor Anderson.

Este es el mito.

En realidad, hasta finales del siglo XVI, las corporaciones de los albañiles inscribían como miembros honorarios a personas que no pertenecían al arte de construir edificios: nobles, médicos, abogados, personas pudientes, con el fin de lograr la protección de todos ellos. En el siglo siguiente la manía por las sociedades secretas y por la búsqueda de la piedra filosofal llevó a muchas personas a inscribirse en las logias de los albañiles, tenidos por depositarios de antiguos secretosl . Pero los secretos que tenían los alarifes eran los de su profesión. Los francmasones eran llamados así por ser los únicos que sabían tallar la preciada piedra «franca». Cuando uno de ellos buscaba trabajo, si no podía ser sometido a una prueba práctica, por la rareza de aquella piedra, debía demostrar que sabía cómo reconocerla, prueba de que pertenecía a la corporación.

Durante la llamada «cruzada de las catedrales» el gremio alcanzó una gran importancia social. Acostumbraban a reunirse en una «logia», es decir una galería o pórtico construido junto a la cantería, y allí discutían los proyectos y enseñaban a los aprendices cómo podían perfeccionarse moral y cristianamente a través del trabajo. Si a esto se une la obligación que tenía el maestro de impartir una educación general y religiosa a los aprendices, se tendrá una idea de la compleja simbología que el florido lenguaje medieval acabó por dar a los instrumentos de trabajo y a su utilización.

Con el paso del tiempo, las franquicias y los privilegios que había alcanzado la corporación contribuyeron más aún a que se acercasen a ella desocupados buscadores del elixir de larga vida y conspiradores estuardistas o antiestuardistas en Inglaterra, patria de la masonería. Así fue cómo la masonería, de «operativa» pasó a ser lo que es en la actualidad, es decir, «especulativa».

Dado su origen, todo el léxico, toda la simbología masónica están centrados en la arquitectura, desde el Gran Arquitecto del Universo hasta el mito de Hiram, el legendario constructor del Templo de Salomón.

Nacida en un ambiente gnóstico y esotérico (como ya hemos dicho, uno de sus fundadores, el racionalista John Toland, había fundado también una secta de druidas que celebraban los equinoccios y los solsticios junto al dolmen de Stonehenge), la masonería, desde el principio, se enfrentó a la Iglesia Católica: recordemos una vez más que la masonería ostenta el récord de condenas -más de quinientas- por parte de la Iglesia.

Las Constituciones de Anderson rehacen toda la historia del mundo partiendo de la Biblia, dando de ella, como ya se ha visto, una interpretación *sui generis.* Y así, por ejemplo, el juicio que se da de la torre de Babel es positivo, aceptado y seguido una y otra vez por los arquitectos masónicos, en conexión con el concepto, más amplio, de la construcción de la ciudad ideal, espejo de la «Jerusalén Celestial». La cúpula de San Ivo, en La Sapienza de Roma, obra de Borromini, es un claro ejemplo de ello.

La arquitectura masónica

Muchas de las ciudades utópicas imaginadas por los escritores de los que hemos hecho mención hasta ahora en este libro siguen un esquema cargado de símbolos masónicos. Recordemos la utopía *Christianopolis* de Johan Valentín Andreae, los falansterios de Fourier y la *New Armony* de Owen, construida realmente en Indiana, en los Estados Unidos, que tuvo una breve duración y que fue definida por Fourier como «un velo del plan secreto que tiende a destruir a los sacerdotes y al culto».

Al principio del siglo pasado tanto en la arquitectura como en el arte en general se acumularon diversos estilos,

muchos de los cuales tuvieron influencia notable en las construcciones masónicas. Pero en una acción recíproca, puede decirse que, a medida que crecía la influencia de la masonería en la política y en la sociedad, aumentaba también su influencia en los estilos artísticos.

El ejemplo más típico es sin duda el Templo Masónico de Filadelfia, neorrománico. Las siete salas interiores -es bien sabido que el siete es un número importante en la cabala y para el esoterismo en general- tienen nombres como éstos: sala egipcia, sala gótica, sala renacimiento, sala jónica, sala corintia, etc.[2]. Hay que recordar que el templo se construyó en la época en que se había despertado una verdadera obsesión por los museos, considerados como obra de arte unitaria, en la cual convergen todas las artes; en este sentido el Templo masónico de Filadelfia es verdaderamente un museo de estilos.

Estelas, pirámides, cavernas y esferas

Las campañas napoleónicas de Egipto y los descubrimientos arqueológicos consiguientes originaron una auténtica manía por lo egipcio. En el ambiente masónico la simbología egipcia era tenida en gran consideración: la Gran Pirámide es, para los masones, el sepulcro de Osiris y sus subterráneos constituyen un recorrido iniciático. Por eso precisamente la planta piramidal constituía la base de muchos monumentos y construcciones. Incluso hoy encontramos la pirámide en muchos monumentos funerarios: la «nevera» del parque de las Alquerías en Florencia es una pirámide, y una pirámide figura en el *Great Seal,* el Gran Sello norteamericano en el reverso de los billetes de un dólar. En realidad, este sello es una verdadera *summa* masónica: en el centro figura la Gran Pirámide, rematada por la letra «delta» divina, es decir, el triángulo con el ojo del Gran Arquitecto del Univer. En la parte opuesta del billete figura el águila norteamericana, que lleva

en la cabeza trece estrellas de cinco puntas –el pentagrama masónico– por los primeros trece estados de la Unión, dispuestos en forma de sello salomónico. La estrella de cinco puntas se encuentra, por cierto, en muchas banderas nacionales, Estados Unidos en primer lugar, y en el escudo de armas de no pocos Estados, entre ellos Italia.

La Ilustración, ligada también al mundo masónico, trae el tema de la caverna iniciática, la de Platón, y el de la «luz». Y en la arquitectura aparecen lucernarios dispuestos artísticamente para que dejen pasar al interior de los edificios la llamada *lumiére mystérieuse* y que pueden apreciarse, por ejemplo, en el Freemason's Hall de Londres y en la sede del Banco de Inglaterra. El tema de la caverna puede contemplarse en la plaza del Cisternone, de Livorno.

Los arquitectos de la Ilustración, especialmente Ledoux y Boullée, estaban obsesionados por el tema de la esfera. Son innumerables los proyectos de casas, cementerios y monumentos de forma esférica. En su época no podían realizarse por motivos técnicos –hubo que esperar a la solución de tirantes de acero, como puede verse hoy en el mausoleo de Lenin–, pero su aparición es muy significativa. La esfera es un típico símbolo esotérico de perfección y una época «racionalista» no podía ignorarla. Más aún: la construcción en forma de esfera indica la voluntad prometeica del hombre de liberarse de sus ligaduras con lo contingente: la esfera, en efecto, se apoya solamente en un punto y el punto, en geometría, no existe.

El proyecto de cenotafia para Newton, de Boullée, estaba concebido como la representación criptográfica del Mundo, entendido como Templo, y de la bóveda estrellada como logia que abraza la Obra de la Ciencia. Era una esfera, y la esfera, en la imaginería masónica es el Alfa y la Omega, bisagra entre la obra constructiva divina y la constructiva y reconstructiva del hombre: no por casualidad el objetivo común de la ciencia y del esoterismo es la búsqueda de los secretos del «Gran Libro de la Naturaleza».

El plan regulador

La idea del plan o plano regulador de la ciudad nace en esta época y en estos ambientes, y será aplicada por los ejércitos napoleónicos.

Napoleón había sido nombrado protector de la masonería, y Eugenio de Beauharnais instituía el año 1805 el Gran Oriente de Italia en Milán; la ceremonia comenzó con un discurso de Romagnosi y en ella actuó, interpretando música ritual, el «hermano» Paganini. El masón Antolini proyectaba el foro Bonaparte en honor del emperador[5].

Con la introducción del plan regulador, la fractura con el mundo precedente quedaba definitivamente sellada en este campo.

Lewis Mumford, uno de los más conocidos sociólogos de la arquitectura, recientemente desaparecido, ha hecho notar en muchos de sus libros de qué modo nada de esto se había visto antes en la Historia. La ciudad medieval –en la Edad Media no había grandes ciudades como en la antigüedad clásica, porque la cristiandad vivía en aldeas surgidas en torno a las iglesias o a los conventos, al amparo de los castillos– estaba construida teniendo en cuenta las corrientes de aire, el curso del sol, las horas de calor o las necesidades de luz y de sombra. Es verdad que los romanos trazaban el punto «cardo» y el «decumano», pero se veían obligados a orientarse por los puntos cardinales. En cualquier caso, el significado sacral de la fundación de una ciudad era algo que se tenía siempre muy presente.

Con el racionalismo masónico nada de esto permanece: vistas desde lo alto, las ciudades presentan una espesa red de escuadras y compases, de estrellas de cinco puntas y de exagramas salomónicos. La ciudad, como organismo viviente, había muerto para siempre. Nacía la ciudad-museo de los símbolos masónicos.

Washington

La ciudad que encarna más plenamente el ideal masónico es Washington. El primer presidente de los Estados Unidos quería una capital que simbolizase visiblemente el reino de la Virtud y la Fraternidad surgido de las ruinas del *Anden Régime.* Jefferson propuso que se tuviera también presente a la Igualdad, proyectando una planta ajedrezada para recordar la Igualdad de los ciudadanos y de los varios Estados. Prevaleció la idea de George Washington y la capital federal se proyectó con un orden urbanístico de escuadras, compases y teoremas de Pitágoras, es decir, con cuadrados construidos sobre los catetos de un triángulo. Una piedra miliar cúbica –otro símbolo masónico– fue colocada entre el Capitolio y la Casa Blanca; allí comienza la numeración de las calles de los Estados, que parten de aquel punto en forma de estrella. El ejemplo de Washington fue seguido por otras dos ciudades americanas: La Plata y Belo Horizonte.

Pero, prescindiendo de estas y otras realizaciones del siglo pasado, puede decirse que la concepción más general de la ciudad ideal entre los siglos XVIII y XIX debe interpretarse decididamente como «ciudad masónica»[6].

Antecedentes

La primera ciudad ideal de la Edad Moderna viene descrita por Tomás Moro en su *Utopía.* La isla de Moro constaba de una red de cincuenta y cuatro ciudades de base cuadrangular, todas iguales y situadas a igual distancia las unas de las otras, con la capital en Amauroto. Sus plantas habían sido dispuestas así por Utopos, que había dictado, asimismo, las directrices ideológicas de la construcción. Las casas eran iguales, sin cerraduras ni ambiente privado y eran cambiadas cada diez años sorteándolas entre sus habitantes. Trece iglesias atendían a los diversos cultos.

Moro tenía un precedente: Joaquín de Fiore había descrito en su libro *Líber figurarum*un nuevo orden religioso con conventos de estructura semejante. Sin embargo, fue Moro quien influyó en todas las «ciudades ideales» que vinieron tras él. Hanno-Walter Kruft, en *Le cittá utopiche* (Laterza, Roma-Bari, 1990) nota la influencia de Moro en Durero, quien publicó el año 1527 una teoría de las fortificaciones *(Etliche underricht)* en la que imaginaba una ciudad muy semejante a Amauroto, con la diferencia de que en el centro estaba la residencia del príncipe, en tanto que la iglesia estaba situada en un ángulo. La influencia de Moro en Durero es muy probable si se piensa que los dos eran amigos de Erasmo de Rotterdam, a quien Moro había dedicado la *Utopía.* Añádase a esto que en aquel tiempo ya eran conocidas las «relaciones» de Hernán Cortés sobre la conquista de México y sobre la capital azteca Tenochtitlán, que estaba situada al sur de una isla y tenía planta cuadrada.

Una ciudad de este tipo fue construida efectivamente en 1599 en la Selva Negra. Se trata de Freudenstadt, edificada por el protestante duque de Württemberg, Federico I, bajo la dirección del arquitecto Schickhardt para acoger a los protestantes perseguidos. La planta de la ciudad era cuadrada y las casas, edificadas sobre lotes de terreno iguales, estaban dispuestas en fila en torno a la plaza principal. La iglesia adoptaba la forma, sin precedentes, de una escuadra y estaba situada en un ángulo de la plaza en cuyo centro estaba la residencia del señor.

Originario de Württemberg era Valentín Andreae, amigo y paisano de Schikhardt. Andreae conocía la *Utopía,*así como la *Ciudad del Sol* de Tomás Campanella, cuyo manuscrito ya circulaba en los ambientes de los Rosacruz de los que Andreae formaba parte. Sin embargo, su *Christianopolis* revela sobre todo la influencia de Freudenstadt. De hecho, se trataba de una ciudad de perseguidos religiosos, de planta cuadrada, con ochenta casas para cuatrocientos habitantes. En el centro de la

plaza, cuadrada, estaba situado un edificio redondo de clara inspiración campanelliana, en el cual la esfera religiosa y la laica se compenetraban perfectamente: la iglesia estaba situada en el piso inferior y las salas para las reuniones del Consejo en el superior. Toda la ciudad, como la *Ciudad del Sol,* estaba llena de pinturas con historias enciclopédicas. Entre sus temas, el más importante era el corresa las ciencias, especialmente a las ciencias naturales, con lo que el conjunto se relaciona estrechamente con la *Nueva Atlántida* Bacon.

La ciudad de planta cuadrada acabó por caracterizar la utopía política protestante y no pocas ciudades hugonotes alemanas adoptaron tal esquema. Sin embargo, es significativo que la iglesia, en todas ellas, está siempre alejada del centro, hasta llegar a desaparecer del todo. En 1686 el arquitecto Böckler proyectó la ciudad de Onoltzbach –que no pasó del proyecto– sobre una planta cuadrada y *sin* iglesia.

Asimismo las *reducciones* de los jesuítas en Sudamérica se inspiraban en la planta de las ciudades precolombinas, pero en estos casos no puede hablarse de «ciudad ideal» porque se trataba más que otra cosa, de ciudades construidas con una finalidad fundamentalmente productiva. La conservación de las formas urbanísticas indígenas ha de atribuirse al método de los misioneros, que trataban de armonizar todo lo posible la cultura local con el cristianismo.

«Shakers»

La secta protestante que llegó más lejos en su realización de la «ciudad ideal» fue la de los *shakers,* a finales del siglo CVIII. Había sido fundada por Ann Lee en Manchester, tras una «visión» experimentada en 1770. Ann Lee decía que era esposa y madre de Cristo y tenía horror a las relaciones sexuales. Por lo mismo, la secta tenía como principal precepto la castidad absoluta y el consiguiente celibato. Las celebra-

ciones de la secta acababan en danzas que con frecuencia terminaban en las llamadas «orgías indias». De aquí el nombre de *shakers* que, más o menos significa «los temblorosos».

Empujados por la persecución, la «madre Ann» y los suyos partieron para el Nuevo Mundo estableciéndose en Massachusetts. Aquí fundaron una serie de «ciudades de la paz», sobre el modelo de la «Jerusalén celestial», en donde se trataba de vivir aislados del resto del mundo, se practicaba la virginidad absoluta, la renuncia a la propiedad individual y la igualdad, incluso de sexo y de raza. Todos podían ser *shakers* los católicos.

Todos los aspectos de la existencia cotidiana estaban rigurosamente determinados: la separación entre los sexos era absoluta y se reflejaba en los módulos arquitectónicos. Los «hermanos» y las «hermanas» no podían ni siquiera darse la mano ni cruzarse en una escalera; incluso los movimientos físicos y el lenguaje estaban sometidos a disposiciones muy severas. El arte y la literatura estaban ausentes, las imágenes prohibidas, así como las ciencias y los animales domésticos. Igualmente estaban vedadas las relaciones individuales y las manifestaciones de afecto incluso con los niños. Una serie de normas regulaban los vestidos y la división de la jornada diaria. Nadie estaba exento del trabajo, que era predominantemente agrícola. La observancia de las leyes venía garantizada por una serie concéntrica de comités de «ancianos» (hombres y mujeres) que prescribían hasta los planos de las construcciones, los colores con que debían pintarse los exteriores, los interiores y los muebles, y la forma de los objetos. Las calles debían estar trazadas todas ellas en ángulo recto y estaban prohibidos los atajos diagonales (el ángulo recto era obligatorio hasta para cortar el pan y la carne). En la ciudad no había plazas.

Los pueblos construidos por los *shakers* fueron estudiados atentamente por Owen y duraron bastante tiempo, a pesar de todo. Hoy, como consecuencia del celibato obligatorio, están casi totalmente extinguidos.

El «spleen»

Volvamos ahora al plan regulador. El esquema urbano ideal, sea masónico o utópico, tiene sin duda bastante que ver con los problemas casi insolubles que presentan hoy las ciudades, sea por lo que respecta a su tráfico o a su contaminación. Las curvas y los ángulos agudos no son precisamente lo ideal para la renovación del aire –los planes reguladores del XVIII y del XIX no han tenido en cuenta la dirección predominante de los vientos en cada caso– ni para facilitar la circulación fluida de automóviles y sobre todo de los grandes medios públicos de transporte. Es posible que a estos elementos haya de añadirse también el *nevo town spleen,*el genérico malestar que se apodera de los habitantes de las ciudades-satélites en torno a Londres y que puede aplicarse a muchas otras grandes ciudades. Y asimismo, el sentido de incomodidad y soledad que se apodera de los habitantes de los barrios-modelo en los grandes centros urbanos. Es un *spleen* que hace –o al menos contribuye poderosamente– que las megalópolis de nuestros días registren los mayores porcentajes de criminalidad y psicopatologías. A este respecto es significativo que Washington tenga la tasa de criminalidad más alta de América –y por ende, del mundo–, aunque esté menos poblada que Nueva York.

Dentro de las ciudades, ocurre que los lugares en donde es mayor la delincuencia son los jardines y el «metro». Estas dos realizaciones hunden sus raíces en los proyectos de los siglos XVII y XVIII: son muchos los proyectos de ciudades subterráneas ideados por arquitectos «ilustrados». El jardín urbano es una típica creación del XVIII derivada de la búsqueda del «estado de naturaleza» delineado por Rousseau en *La Nueva Eloísa.* En el jardín se trató de recrear artificialmente una naturaleza entendida como «orden racional», con toda una abundancia, también allí, de temas muy queridos al pensamiento masónico: grutas, columnas, pirámides, falsas ruinas «clásicas», templos, laberintos, etc.

Otros rastros

Existe en Napóles un curioso edificio, la capilla Sansevero, mandada construir el año 1750 por Raimundo di Sangro, príncipe de Sansevero. El príncipe, gran maestro de la masonería local, era un personaje extravagante y curioso, ex hombre de armas, poeta, inventor, alquimista y experto en ocultismo. En torno a su figura se trazaron extrañas leyendas e incluso hoy hay quien afirma haber visto agitarse su fantasma alrededor de la capilla que lleva su nombre.

El edificio es una *summa* del pensamiento masónico y esotérico: un pavimento en laberinto, inquietantes estatuas de mármol envueltas en velos cuya realización mantiene aún viva la discusión de los expertos, misteriosas estructuras anatómicas que reproducen en metal el conjunto de las arterias del cuerpo humano[7], gruescultóricos dispuestos según un preciso itinerario iniciático masónico.

Después de esta época, Napóles siguió siendo un importante centro masónico: en 1869 tuvo lugar allí un anticoncilio masónico para responder polémicamente al Concilio Vaticano I.

Se pueden encontrar símbolos masónicos un poco por todas partes. Algunos son, obviamente, meras coincidencias, dada la simplicidad de muchos de ellos; otros son «señales» colocadas en los puntos más impensados en concomitancia con determinados hechos históricos para que los «hermanos» puedan reconocerlos.

Tenemos un ejemplo en la estrella de cinco puntas en forma de rascacielos que constituye una parte importante en famosa película *Metrópolis de* Fritz Lang[8], o más claramente las letras «J» y «B» –las columnas salomónicas Jakin y Boaz– en las dos columnas del pórtico en el panteón de los Grandes Maestros del cementerio de Verano en Roma.

El pavimento blanco y negro, como el tablero de ajedrez al que se aludía al principio, indica, en el rito masónico, la lucha entre espíritu y materia, entre la tiniebla y la luz, en-

tre la Sabiduría y la Ignorancia. Con frecuencia en los templos masónicos los iniciados se encontraban caminando por pavimentos de este tipo que remiten al antiquísimo juego del ajedrez, lleno también de gran valor simbólico e iniciático. Asimismo hace relación al «iniciado» Pitágoras y su teorema sobre el triángulo rectángulo y el cuadrado de sus lados. Se conoce incluso un viejo sello griego en el que figura un teorema de Pitágoras dibujado en tablero de ajedrez[9].

Notas

1 Cfr. C. FRANCOVICH, Storia della Massoneria in Italia dalle origini alia Rivoluzione fiancese, La Nuova Italia, Florencia, 1974.

2 Architettura massonica, publicado por MARCELLO FAGIOLO, Convivio Nardini, Florencia, 1988, pág. 39.

3 La misma idea de museo tiene en sí algo de necrófilo, como sostenía el sociólogo del arte Hans Sedlmayr. No sin fundamento aparece por primera vez durante la Revolución francesa, en los inicios del Terror. Quitar las obras de arte de su lugar natural, es decir, aquellos lugares para los que habían sido concebidas y ejecutadas y que las mantenían «vivas», para colocarlas en fila en un único lugar revela de hecho el ideal igualitario republicano. En esa misma época aparecen los cementerios, museos de los muertos. Cfr. HANS SEDLMAYR, Perdita del centro, Rusconi, Milán, 1970.
Existe incluso un «síndrome de los guardas del museo», un malestar psíquico particular que aqueja a muchas de las personas que desempeñan este menester. Por otra parte, es notorio que la atmósfera siniestra del museo durante la noche ha ambientado no pocas películas y relatos «negros».

4 Architettura massonica, op. cit, pág. 54.

5 Ibíd., pág. 62. Paradójicamente, Fernando IV de Borbón, en las Dos Sicilias, realizó una verdadera «ciudad ideal». Se trataba de la comuna industrial de San Leucio, cerca de Casería. Debía llamarse Fernandópolis, pero la invasión francesa expulsó al rey, que la había fundado el año 1789. Sin embargo, la comunidad continuó y en 1834 fue adquirida por personas privadas. El año 1866 los trabajadores solicitaron al Parlamento el restablecimiento de los antiguos estatutos concedidos por aquel rey «holgazán» que pasó a la Historia como un paladín de la reacción. Ese mismo año, el republicano Ferdinand Gregorovius hubo de decir: «Esta fue, en efecto, la conquista más extraordinaria que la filosofía francesa de Voltaire y de Rousseau, incluso que la filosofía en general haya realizado jamás». Cfr. HANNO-WALTER KRUFT, Le cittá utopiche, Laterza, Roma-Bari, 1990, pág. 129.

6 Ibíd.f pág. 95. El coronamiento de la obra washingtoniana es la estatua de la Libertad, encargada por los «hermanos» y pagada con una colecta masónica francoamericana. Su interior en una estructura metálica proyectada por Eiffel. En una mano la antorcha de la «luz»; en la otra, las tablas de Moisés, en la cabeza, una corona con siete rayos. Puede confrontarse esta estatua con las alegorías del XVIII de la Belleza, de la Claridad, de la Virtud, etc.; se constatará que son absolutamente idénticas.

7 El príncipe hizo voluntariamente creer que esto se había realizado de manera más bien macabra: convenciendo a algunos siervos para que bebieran una poción que los habría «metalizado» progresivamente.

8 Architettura massonica, op. cit, pág. 80.

9 Pero un teorema de Pitágoras «filosófico» no puede construirse sobre un triángulo cualquiera. Hace falta una escuadra egipcia, llamada también la «escuadra del Maestro Venerable»: un triángulo con los dos catetos de tres y cuatro unidades de medida respectivamente y una hipotenusa de cinco. Este es el único triángulo de medidas «filosóficas » que originan tres cifras consecutivas. Sumándolas dos a dos se obtienen otros tres números, consecutivos y «filosóficos»: 7, 8, 9. Doblando la medida del lado de 3 se obtiene 6 y la serie está completa. Este es el único triángulo que da vida a todos los números (añadiendo el doble de la hipotenusa, 10). Faltaría el 2, pero es sólo aparentemente, porque ya está allí: en efecto, dos son los lados del ángulo que genera todo el resto. Hay que notar que la única cifra que brota dos veces de los cálculos es el 8. Habrá que tenerlo muy en cuenta, porque después de una serie de complicadas elucubraciones numéricas con las que no queremos aburrir al lector, servirá para la sucesiva construcción del Templo y de la Pirámide. Cfr. La squadra Egiziana e la costruzione del Tempio e della Pirámide en «Hiram», Revista Massonica, junio 1988, pág. 184.

Capítulo 19

Cementerios

«Lo más sólido que la vida ha inventado hasta ahora es la muerte».

EMILE M. CIORAN

«La mejor prueba de que la muerte es algo de temer es el trabajo que se toman los filósofos para convencernos de que se la debe despreciar».

FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULD

Morir filosóficamente

Las curiosidades arquitectónicas del capítulo precedente nos inducen a hablar de una creación típicamente «ilustrada»: el cementerio como «ciudad de los muertos».

Y a en el pensamiento utópico más antiguo encontramos una actitud ante la muerte de clara derivación pagana. Los habitantes de la Utopía de Tomas Moro , por ejemplo, no lloran a los muertos, sino que acompañan los funerales con cánticos de alegría. Saint-Simon quería que su féretro fuese soldado con el de su mujer, y el marqués de Sade pedía una tumba cubierta de bellotas, de modo que pudiera confundirse panteísticamente con el terreno.

Rousseau –como Goethe– murió pidiendo ver por última vez –simbólicamente– la luz (tras haber bebido una última

taza de café con leche, una de sus bebidas predilectas). Fue sepultado en la finca de Ermenonville que el marqués de Girardin, su protector, había puesto a su disposición. El monumento que contiene sus cenizas está rodeado de álamos: «(...) Un bajorrelieve representa una dama sentada a los pies de una palmera, símbolo de fecundidad; con un brazo sostiene a su hijo mientras lo amamanta; en la otra mano tiene el libro del *Emilio;* detrás de ella un grupo de mujeres hacen una ofrenda de flores y frutos ante un altar erigido delante de una estatua de la Naturaleza. En un ángulo se ve a un niño que acerca el fuego a varios objetos infantiles, mientras otros saltan y juegan con un gorro, símbolo de la libertad. Las dos pilastras que flanquean el relieve están decoradas con dos figuras: una representa el Amor, la otra la Elocuencia, con sus atributos respectivos (...). Sobre las pilastras correspondientes se ve la Naturaleza, representada como una madre que da de mamar a los niños, y la Verdad , como una mujer desnuda con una antorcha»[1].

La muerte como sueño

Es el «siglo de las luces» el que comienza a denunciar la «explotación» cristiana de la muerte, tratando de oponer a ello el *revival* del antiguo estoicismo y la idea de la muerte como su sueño. No por mero azar la palabra «cementerio» se deriva del griego *koimeterion,* lugar donde se duerme: en la mitología griega Hypnos, el sueño, y Thanatos, la muerte, son ambos hijos gemelos de la Noche.

La cristiandad medieval tenía una relación diferente con la muerte[2]; los argumentos de las predicaciones sobre la muerte se centraban fundamentalmente en el «juicio». Habrá que llegar al protestantismo para que se vuelva a hablar de «sueño»: la expresión «dormido en Dios» es de hecho hugonote, incluso teniendo en cuenta que la «imaginería» protestante

no era precisamente suave respecto al tema, privilegiando las imágenes del Infierno sobre las del Paraíso.

El renacimiento de la antigua idea pagana del «sueño» y de una «vida» inmóvil, silenciosa e invisible, ha llevado, incluso hoy, a hablar en voz baja en presencia de las tumbas y, para los no creyentes, a prestar un minuto de silencio. En el siglo pasado los cementerios se poblaron de imágenes evocadoras del sueño, tales como almohadas de mármol y baldaquinos neogóticos como los que se colocaban sobre las camas. Y además los epitafios: «Aquí reposa en paz...», «Aquí duerme su último sueño...»[3].

El cementerio «filosófico» y la prisión

En el siglo XVIII comenzó la destrucción sistemática de los cementerios rurales y la «racionalización higiénica» de las tumbas que inspiró a Hugo Foseólo sus *Sepulcros.* El hombre de *Anden Régime* enterraba a sus muertos en el patio de su casa, en la iglesia, detrás de la hacienda: esto puede verse aún en los *churchyards* anglosajones, adonde no llegó Napoleón: el estadio destinado a los muertos estaba contiguo al de los vivos, en consonancia con la idea cristiana del «paso a mejor vida». La separación física entre los muertos y los vivos se convirtió en poco tiempo en algo incluso conceptual. A finales del siglo XVIII nace así toda una poética en torno a los cementerios, con imágenes de una muerte amable, un retorno al regazo de la tierra en una Naturaleza amada y clemente[4].

La tumba de Rousseau, a la que nos hemos referido al principio del capítulo, está situada, de hecho, en medio de una Naturaleza entendida así, en la finca de Ermenonville que el marqués de Girardin había transformado en un jardín filosófico: todo el personal del marqués vestía de la misma manera, con casaca y pantalones de seda azul (curiosa antici-

pación del maoísmo) y participaba periódicamente en las fiestas organizadas por el marqués, en las que se concedían premios a las «virtudes».

Los jardines «filosóficos» de la época estaban llenos de imágenes necrófilas de estilo «clásico»: ruinas artificiales, tumbas, urnas, criptas.

La fascinación que los cementerios ejercían en los arquitectos de este período se corresponde con el que ejercía el mundo de las cárceles[5]. En capítulos precedentes ya se ha hablado del nacimiento e importancia de la idea de «penitenciario» durante el período de la Ilustración. Pero el concepto del tierra entendida como prisión de la que sólo se sale con la muerte estaba presente también en cualquier utopista del siglo anterior[6]. Piranesi no era el único en diseñar prisiones: no pocos arquitectos revolucionarios se dedicaron a proyectar cárceles nuevas, esféricas, piramidales, subterráneas.

En la imaginación utopística, la prisión ocupaba el puesto del convento: un espacio ideal cerrado, racional, jerárquico, perfectamente sincronizado: la ciudad ideal, en suma. Es lógico, entonces, que el propio Morelly propusiera por primera vez la vecindad entre prisión y cementerio: para él, los dos edificios deberían estar estrechamente contiguos, de tal modo que a medida que los condenados a cadena perpetua iban muriendo, su lugar pudiera ser ocupado por ciudadanos muertos dignamente. La vida es una prisión de la que hay que liberarse: he aquí la reaparición del ideal estoico en los libertinos y los *philosophes* del XVIII. Incluso cuando se reencuentren en las prisiones del Terror, seguirán riendo y bailando, seguirán prodigándose galanterías y *mots d'esprit* en la carreta que los lleva patíbulo. El único sistema para vencer a la muerte es permanecer en la eternidad del recuerdo de los vivos. La inmortalidad es así, para los ateos y los laicos en general, la gloria (¿es quizá por esto por lo que en nuestros días se ha generalizado el uso de aplaudir en los funerales de per-

sonas destacadas? ¿Es quizá por esto por lo que el éxito se ha convertido en el valor principal?).

Es precisamente en este momento histórico cuando aparece en el arte el monumento y se afirma como obra de arte unitaria: los siglos XVIII y XIX conocerán una proliferación de monumentos como nunca se había conocido, cada uno de ellos más imponente que el otro, y contemporáneamente nace también –el paso era obligado– el cementerio monumental.

El cementerio monumental

En los orígenes del cementerio monumental, del cementerio-museo están los camposantos italianos. Pero éstos habían nacido por motivos totalmente diferentes.

El primero fue el de Pisa. En 1225 cincuenta galeras de la República marinera llevaron un cargamento de tierra de Jerusalén. Así, los muertos pisanos podían ser sepultados en tierra santa, sin tener que efectuar el último viaje a Palestina. En 1280, el arquitecto Giovanni Pisano construyó en torno de aquella tierra unos muros de mármol y el interior fue decorado con frescos que recordaban la simbología cristiana.

El ejemplo fue seguido por otras ciudades. Pero estos camposantos se convinieron en museos muy pronto. Otros, a partir del siglo XVIII, como ya se ha dicho, fueron proyectados propiamente como «monumentales». Tal es el caso del *famedio* de Milán, panteón comunal construido en 1869 para los ciudadanos ilustres, a la entrada del cementerio monumental.

Este tipo de cementerio es concebido como una galería de arte en la cual puede incluso resultar agradable pasear deteniéndose a admirar las esculturas y los bajorrelieves. Héctor Berlioz podía decir ya en 1863: «Mi paseo preferido, sobre todo cuando llueve, cuando el cielo llora a raudales, es el ce-

menterio de Montmartre, cercano a mi casa. Voy allí con frecuencia y me encuentro a mucha gente»[8].

En estos cementerios, cada difunto trata de quedar en la memoria de la posteridad con el monumento más a propósito. Así, se encuentran verdaderas obras de arte, realizadas por maestros junto a grupos estatuarios moderadamente eróticos, pirámides, esfinges aladas, menhires, fusiles, cavernas, bueyes arando, planisferios, mausoleos etruscos y naturalmente, escuadras y compases.

En el *Ancien Régime* sólo los reyes se permitían criptas monumentales o sarcófagos historiados, y siempre, y con rigurosas excepciones, en el interior de los templos. El siglo de las «luces» ha hecho *tabula rasa* de todo ello. Mientras la Revolución soviética ha dejado en paz las tumbas de los zares anteriores al último de ellos, la francesa de 1789 demostró un encarnizamiento increíble al hacer desaparecer todos los rastros de la monarquía. El 6 de octubre de 1793 Barére hizo votar en la Convención la destrucción total de los mausoleos de Saint-Denis. Veinticinco reyes, diecisiete reinas, setenta y un príncipes y princesas fueron sacados de sus tumbas, arrojados a una fosa común y rociados con cal. El edificio fue totalmente demolido. Las cincuenta y cuatro cajas de plomo de los Borbones fueron fundidas y transformadas en munición.

Igual suerte corrieron las esculturas, estuviesen donde estuviesen. Las cabezas de las estatuas de los reyes de Francia de Notre Dame de París han sido recuperadas casualmente hace muy poco tiempo.

Incluso el cadáver de Richelieu fue exhumado y decapitado públicamente; durante la Revolución no sólo se decapitaba a los vivos, sino también a los muertos y a las estatuas. La cabeza del cardenal fue devuelta al Gobierno en 1866; por parte de un descendiente del revolucionario que la había conservado como recuerdo.

Notas

1 MICHEL RAGON, LO spazio delta morte, Guida, Ñapóles, 1986, pág. 217. Cfr. también R. BASCHERA y W. TAGLIABUE, LO spazio mágico. II linguaggio esotérico del giardino, Mondadori, Milán, 1990.

2 Acerca del tema «muerte» y su evolución hasta nuestros días cfr. VITTORIO MESSORI, Scommessa sulla morte, SEI, Turín, 1982. Y el ya clásico L'uomo e la morte dal medioevo ad oggide PHIUPPE ARIES, Laterza, Bari, 1985.

3 El 19 de septiembre de 1793, Fouché publicaba el decreto sobre funerales y cementerios que en sus artículos 4, 5 y 6 imponía: a) durante el transporte el féretro deberá estar cubierto por un paño negro con la figura del Sueño pintada encima; b) en el centro del cementerio se debe erigir una estatua al Sueño; c) en la puerta del cementerio se deberá colocar la inscripción «La muerte es un sueño eterno».

4 M. RAGON, op. cit, pág. 215.

5 Cfr. HANS SEDLMAYR, La morte della luce, Rusconi, Milán, 1970.

6 M. RAGON, op. cit, pág. 217.

7 Ibíd., pág. 219.

8 Ibíd., pág. 95.

Capítulo 20

El burdel filosófico

«Los errores más perniciosos son precisamente los que resultan de la buena intención».

VON CLAUSEWITZ

«Hemos de adaptarnos al presente, aunque nos parezca mejor el pasado».

BALTASAE GRACIÁN

Las «casas abiertas» de Restif

El edificio en forma de falo concebido por los arquitectos-filósofos no es otra cosa sino la proyección arquitectónica de otra de las obsesiones libertino-ilustradas: el burdel.

La síntesis entre utopía y «casa abierta», como la llamaban los franceses, se halla en el *Pornógrafo* de Restif del a Bretonne aparecido en 1769. Su título completo es *Le pornographe ou idees d'un honnéte homme sur un projet de réglement pour les prostituées propre á prevenir les malheurs qu'occasionne lepublicisme des femmes.*

El autor da aquí rienda suelta al reformismo ilustrado más radical con un proyecto minuciosamente reglamentado en cuarenta y cinco artículos de las casas públicas de placer, los *parthénion,* con ocasión de la difusión endémica del «virus de Haití», llamado en muchos lugares fuera de Francia el «mal francés», esto es, la sífilis. Para combatirla, el autor propone un

microcosmos concentrado una verdadera y auténtica miniutopía socialista en la cual estarían recluidas todas las prostitutas.

La «casa» estaría regida por un consejo de administración formado por doce probos varones (anótese el número «filosófico»); debajo de ellos estarían las «gobernantas» (exprostitutas expertas en organización del trabajo encargadas de disciplinar rigurosamente la vida de las muchachas: hora de levantarse, baño obligatorio, dos horas de trabajo, lección obligatoria de música y danza, tres horas de trabajo, otro paréntesis musical, otra vez trabajo, reposo. Durante las principales fiestas la «casa» estaría cerrada, dejando sin resolver el problema de cómo «celebran las fiestas» los clientes.

En el interior del *parthénion* las trabajadoras están rigurosamente clasificadas en función de su edad y su belleza. A cada categoría corresponde una tarifa particular. Esta subdivisión –obligado homenaje al *esprit de géometrie*– queda mitigada, sin embargo, por una notable concesión a la humanidad de las prostitutas: pueden rechazar al cliente si no les agrada. Sin embargo, el cliente en cuestión no se marchará insatisfecho, porque la dirección le buscará un remedio, por supuesto, con la congruente reducción de tarifa.

La elección se realiza mediante un complicado sistema de observación previa. El cliente recorre unos corredores en los cuales puede ver a las muchachas. El primer corredor es el de las «más ancianas, cuya edad no deberá superar los treinta y siete años; las jóvenes entre veinticinco y treinta años ocuparán el segundo corredor en tanto que en el tercero estarán las muchachas de veinte a veinticinco. Las de edades entre dieciocho y veinte estarán en el cuarto; en el quinto las de dieciséis a dieciocho; las que tengan entre catorce y dieciséis años, y cuya precocidad les permita recibir a hombres, ocuparán el sexto corredor. Las chicas aún más jóvenes, llegadas por propia iniciativa o llevadas por sus padres, y aún vírgenes, serán esmeradamente educadas a expensas de la casa por mujeres honestas».

La casa debe disponer de un médico fijo. El control sanitario es diario y se extiende —y aquí está la novedad– también a los clientes. Pero la medida más revolucionaria de Restif consiste en haber ideado una especie de mecanismo de circuito cerrado para garantizar la autosuficiencia financiera. Las medidas anticonceptivas están severamente castigadas, porque precisamente es en la prole de las trabajadoras en lo que más confían las «casas». Los niños nacidos en el *parthénion* son educados bajo el cuidado del consejo de administración y viven en un ala vecina a la casa. Los varones serán destinados a la carrera militar, a los estudios o a las profesiones; las hembras se educarán en el *parthénion.*

La idea de Restif encontrará aplicaciones posteriores en uno de los falansterios de Fourier y será tema predilecto de la literatura del XIX al menos hasta que penetre en Europa el movimiento abolicionista de la puritana Inglaterra.

Pero para los *philosophes* constituirá uno de los puntos cruciales que resolver. Una de las tribunas preferidas de los oradores jacobinos eran precisamente los jardines del Palais-Royal –denominado después, significativamente Palais de l'Égalité–, que era centro de reunión de todas las prostitutas parisinas[1]. La única interrupción en las reflexiones acerca de las «casas» y su organización será la representada por el «incorruptible» Robespierre, al menos durante el tiempo que logró mantener la cabeza sobre los hombros.

En efecto, no puede negarse que los espíritus más «humanitarios» mostrasen preocupación al ver la persecución de que eran objeto por parte de la autoridad las prostitutas de baja extracción, en contraste con los favores que recibían y el lujo de que se rodeaban las cortesanas de alto bordo. Es una situación hipócrita que sigue existiendo en nuestro tiempo: abolidas las casas de tolerancia por una mentalidad calvinista de importación, la «moralidad» se ha resuelto –otra vez la heterogénesis de los fines– en sentido contrario, y el sexo está hoy, como suele decirse con un término ideológico de sabor

economicista, «liberalizado». Así, acontece que la ley castiga sólo cuando se hace por dinero, con lo que se apuntala el principio de que debe hacerse por fuerza gratis o, por lo menos, no en forma organizada y profesional. Pero permanece la distinción «de clase»: si, en efecto, una actriz lo hace en escena –mediando el pago y con un perfecto desconocido– no solamente no interviene la ley, sino que la acción puede ser premiada con leones de oro y placas de plata. De la intolerancia por hipocresías de este género partió, como veremos enseguida, la actitud de quien es, sin duda, en la época moderna el precursor de la reglamentación de las casas cerradas: el médico inglés Mandeville.

El sida del siglo XVIII

Mandeville era ni más ni menos que un médico y su principal preocupación fue la difusión de las enfermedades venéreas. Mas en sus obras no podemos menos que dar en reflexiones análogas a las que hemos expuesto hace unos instantes.

Muy recientemente, la señora Michéle Barzach, ginecóloga, diputada gaullista en el Parlamento francés, exministra de Sanidad y consejera del alcalde de París para asuntos socio-sanitarios, en una entrevista en *Le Monde* ha lanzado una voz de alarma sobre la amplísima difusión del sida, que se propaga, sobre todo, a causa de la prostitución clandestina. Con las estadísticas en la mano, ha declarado sin rodeos que sería el momento de restablecer las casas cerradas, sin lo cual la lucha contra la enfermedad es algo puramente utópico.

Ya en su tiempo, como se ha señalado, Bernard Mandeville había dicho lo mismo a propósito de la sífilis y sus afirmaciones fueron recogidas por no pocos representantes destacados de la «inteligencia» de la época. Mandeville escribía a principios del siglo XVIII, cuando Inglaterra se orientaba

decididamente en un sentido puritano. Hasta entones, la prostitución había estado vigilada por los tribunales eclesiásticos, en cuanto pecado de lujuría. Estos tribunales eran una reliquia de la Edad Media, pero funcionaban bien porque la posición tradicional de la Iglesia fue siempre la de «cerrar un ojo» ante el oficio más antiguo del mundo, interviniendo solamente en lo que era necesario para mantener la situación bajo control.

La creciente tendencia puritana a someterlo todo al Estado acabó por desautorizar aquellos tribunales; la cosa pasó a manos de autoridades legales laicas, los *constables.* Pero éstos, totalmente refractarios –en cuanto simples asalariados– a cualquier espíritu de caridad religiosa, acabaron abrumando de impuestos a las dueñas de las casas, transformándose ellos mismos, con frecuencia, en rufianes. Así nacieron las sociedades para la defensa de la moralidad pública, típicas instituciones puritanas que hemos visto en tantas películas americanas, empeñadas en expulsar de la ciudad a la cantante de *saloon.* Estas sociedades encontraron apoyo decidido en aquella *middle class* que despreciaba, como buena *parvenue,* la ruda inmoralidad de las clases inferiores. Naturalmente, la aristocracia le era hostil.

Contra todo ello Mandeville escribió en 1714 *The Fable of the Bess: or, Prívate Vices, Public Benefits,* una fábula metafórica sobre la incipiente sociedad industrial que necesitaba para su continuo desarrollo la proliferación de los vicios, esto es: lucro, hurto, lujo desenfrenado, etc. Escrita con un estilo irónico y llena de sutiles paradojas, la *Fable* atrajo pronto los dardos de los biempensantes y Mandeville –a quien muchos llamaban *Man-devil*– acabó en el centro del ojo del huracán moralista.

Modesta defensa

Entonces, Mandeville se empecinó más aún en sus puntos de vista y publicó en 1724 una *Modest Defence of Public Stews,*

esto es, «modesta defensa de las *casas públicas de placer*»[2]. *En una artística* se decía que el autor era un *layman* se llamaba Phil Porney. La obra estaba dedicada a las *Societies*.

La idea fundamental del trabajo es ésta: las predicaciones morales no sirven para nada porque se trata del pecado original. Si no se reglamenta la prostitución, dotándola además de asistencia sanitaria adecuada –y de pensiones dignas para las meretrices que ya no puedan ejercer–, la sífilis se extenderá cada vez más. Y no sólo eso, sino que tratando de erradicar el oficio más antiguo del mundo se violenta la naturaleza, y el deseo reprimido acabará por atentar contra la castidad de las mujeres honradas.

El autor, como se ha dicho, era médico y además, había estudiado en la Universidad de Leiden, uno de los centros más abiertos a las nuevas ideas filosóficas (allí estudió también Voltaire). De hecho encontramos su obra llena de cuantificaciones «científicas» y mercantilistas de tal manera que no se acaba de comprender hasta qué punto habla irónicamente o en serio: el «producto» debe estar sometido a controles de calidad; se calculan los presupuestos, los costes y la distribución. Por ejemplo, por lo que respecta a la pena que hay que infligir a quien oculta una enfermedad venérea, se dice: «tres gonorreas equivalen a una lúes», y así sucesivamente.

Sin embargo, y a pesar de los límites y perfiles derivados de su «ilustración», Mandeville se revela sorprendentemente actual en su ataque a las posiciones que no quieren ver la realidad tal cual es, sino que la encierran en una jaula ideológica que produce más daños a aquellos a quienes se querría ayudar.

Paradójicamente la mentalidad de nuestros días acerca del tema «sexo» ha heredado lo peor de las dos posiciones antitéticas, la puritana y la «geométrica» de Mandeville. Por una parte hoy se trata de erradicar vicios milenarios al son de prédicas, de buenos ejemplos, de exhortaciones a base de *spots* televisivos pagados por el Gobierno, prisioneros del mito rous-

seauniano del hombre-bueno-por-naturaleza, a quien basta con indicar dónde está el bien para que lo persiga. Por otra, se multiplican las iniciativas para la celebración de cursos de educación sexual, basados en el falaz presupuesto de que el sexo es un hecho puramente mecánico, por lo que basta con explicar su fisiología para que se haga de él un uso correcto. Y esto, precisamente, cuando tal «educación» ha ofrecido resultados contrarios a los supuestos en los países en donde hace tiempo que se viene impartiendo, en los cuales se ha multiplicado el número de embarazos de menores, enfermos de sida y de todas las demás enfermedades venéreas, de las que apenas si se habla. La obra de Mandeville tuvo un eco amplio en su época y suscitó un notable debate. Entre los que se situaron en contra hay que señalar al «virtuoso» Rousseau –cuyo comportamiento personal fue un clásico ejemplo de aquellos «vicios privados y virtudes públicas» estigmatizados por Mandeville y al fundador de la economía política, Adam Smith, quien, sin embargo, no se atrevió a basar toda su reflexión sobre el natural egoísmo humano, lo que los estudiantes conocen como el «primer principio económico», llamado significativamente el «máximo hedonístico».

Este siglo y el anterior

El problema de la prostitución y el de la difusión de la sífilis no es sino uno de los aspectos de la degeneración social que paradójicamente ha ido acompañando a la marcha del «progreso». Al mismo tiempo que avanzaba la civilización «filosófica» en su forma urbano-industrial, aumentaban también el alcoholismo, la criminalidad más brutal, la locura. Aquellas taras que le parecían al optimismo positivista propias de los pueblos atrasados, y que serían superadas, sin duda, por la marcha triunfal de las «luces», explotan, sorprendentemente, en el corazón mismo de la civilización[4]. Es-

tas lacras no se extienden solamente, como podría pensarse, entre las filas del proletariado urbano, sino que bien pronto se manifiestan con carácter interclasista, hasta tal punto que en el siglo pasado parecía perfectamente normal la hipótesis de que *Jack el Destripador* podía haber sido un miembro de la familia real inglesa.

Una vez más el pensamiento preestablecido no se preguntó acerca de su justeza y legitimidad, sino que, de acuerdo con el principio utópico de «si los hechos no se adecúan con la teoría, tanto peor para los hechos», trató de extirpar aquellos incómodos subproductos del progreso por medio de la eugenesia. El campeón de este modo de enfrentarse con la realidad fue en Italia César Lombroso, ex represor de los «malhechores meridionales»[5]. No pocas veces su dictamen fue determinante para condenar a «criminales natos», culpables de poseer unos labios prominentes, zurdera y orejas de soplillo.

Hoy, aquella mezcla de iluminismo y puritanismo que caracterizó los dos siglos precedentes se ha diluido en una especie de sentimentalismo cientificista de masas. Son los mismos perros con diferentes collares. De hecho, así concluye Elena Guicciardi un comentario al *Pornographe* de Restif de la Bretonne: «¿Esta utopía es verdaderamente "socialista", como se ha escrito? En realidad, el tiránico sistema de economía cerrada que propone Restif desemboca en una total guetización de la prostitución[6]». Un a argumentación que recuerda bastante, *mutatis mutandis,* a lo defendido en nuestro tiempo por la senadora Merlin.

La utopía y el feminismo

Pero, dejando aparte las prostitutas, ¿qué pensaban los «ilustrados» de las mujeres?

De entrada podemos decir que los proyectos de «nivelación» se referían solamente a los varones, de raza «aria» y de-

bidamente «ilustrados». El número uno de los *philosophes,* Voltaire, dedicaba páginas cargadas de odio a los hebreos; en cuanto a los negros, los utilizaba para enriquecerse, dado que participaba en los beneficios del tráfico de esclavos. Las mujeres, naturalmente, desde su punto de vista, sólo eran buenas para una sola cosa, aunque tampoco desdeñaba hacerse mantener por ellas, como su predecesor Rousseau.

Rousseau fue «el primero de una serie de empedernidos antifeministas en el seno de la izquierda francesa». Otros aconsejaban que las mujeres permaneciesen en casa remendando los calzones de los valerosos «sans culotte». Alguno dedicaba páginas a la educación de la mujer, pero no para hacerlas iguales, sino, como veremos, para extirpar de ellas los «malos hábitos» del *Anden Régime,* que consentían a las mujeres sustituir en todo a los hombres cuando era necesario y, desde luego, trabajar junto a ellos en muchos oficios. Habrá que esperar a Michelet, en el siglo siguiente, para que alguien se pregunte si las mujeres tuvieron algún papel en la Revolución francesa.

A decir verdad, algunas mujeres, presas del entusiasmo por las nuevas ideas (no olvidemos a las damas que ponían sus salones a disposición de las proclamas revolucionarias), se aventuraron en iniciativas «feministas» (el primero en utilizar este término fue, sin embargo, Fourier, en el siglo siguiente).

Entre estas damas la primera fue Olympe de Gouges (después guillotinada), que redactó una *Declaración de los derechos de la mujer* añadir a los *del hombre.* Buscó incluso el apoyo de María Antonieta, pero la reina tenía en aquel momento otras cosas en qué pensar.

En 1792 llegó a París Mary Wollstonecraft, esposa del anarquista libertario William Godwin y madre de la esposa del poeta ateo-romántico Shelley. Antes de zarpar hacia las playas del porvenir, las francesas, por supuesto, había polemizado en Inglaterra con Edmund Burke, contrario, como es

sabido, a la Revolución y autor de una *Defensa de los derechos de las mujeres.* Sin embargo, no parece que fuera muy bien recibida en la Francia revolucionaria, ya que poco tiempo después marchó a Escandinavia.

Otras voces dignas de nota en este periodo fueron la de la baronesa holandesa Etta Palm d'Aelders, del «Círculo Social» de Nicolás Bonneville, al que pertenecía. Este «Círculo» era el más secreto de los círculos jacobinos que se ubicaban en el Palais-Royal. Tenía filiales en toda Europa y propugnaba el gobierno universal de una «aristocracia de las letras» en la cual las «inteligencias superiores» gobernarían la Humanidad por derecho innato *(«Dans les sferes tres élevées de la magonnerie»).* El «círculo» de Bonneville se diferenciaba claramente de todos los demás porque propugnaba abiertamente no sólo la igualdad de las mujeres, sino en la de los negros. Un consocio de Bonneville, John Oswald, sostenía que los «derechos del hombre» deberían ser extendidos también a los animales.

Pero este caso era un caso aislado. Las ideas dominantes sobre la mujer entre los «ilustrados» quedaban perfectamente representadas en la obra de Restif de la Bretonne, especialmente en su *Les Gymnographes* de 1777 y sobre el cual volveremos; ahora vamos a hablar un poco del autor.

Restif, el diccionario y el comunismo

No todo el mundo sabe que el término «comunismo» fue inventado, precisamente, por Restif. La palabra que hasta ayer mismo presidía el destino de muchos millones de personas nació en la imaginación de este escritor excéntrico, grafómano noctámbulo del París prerrevolucionario, obsesionado por fantasías eróticas. Su producción fue fantástica: al menos doscientos cincuenta volúmenes de delirios cósmicos, sociales y sexuales, en gran parte perdidos porque los editaba

por sí mismo, en ediciones muy limitadas y sobre papel de ínfima calidad. Anticipó todo lo anticipable, desde viajes interplanetarios hasta la energía atómica. Era un fanático de la imprenta, tenía en su domicilio un taller completo y componía directamente las páginas sin manuscrito previo. Continuamente intentaba crear nuevas palabras y caracteres nuevos, con un culto particular por las mayúsculas, hasta el punto de que a veces las colocaba en medio de las palabras. Vivía completamente inmerso en el laberinto de parlería en el que él mismo se había recluido, sin distinguir muchas veces entre realidad y fantasía. Hay quien afirma que acabó como confidente de la Policía. La logorrea separada de la realidad de Restif no constituía, sin embargo, una excepción, sino que más bien venía a ser la regla general en el mundo jacobino. El uso instrumental de la palabra era bien conocido del mismo Robespierre, que lo definía abstractamente como «Los vínculos societarios y guardianes de nuestro conocimiento». *Podríamos decir, en verdad, que la propaganda* nace con la Revolución francesa. Las palabras que recordaban el *Anden Régime* pronto se convirtieron en tabú y ya no fueron utilizadas. Los abogados se convirtieron en *hommes de loi* y los impuestos en *contributions,* término que evocaba la voluntariedad patriótica del tributo. El sistema de instrucción, en manos del Estado, hizo el resto. El adoctrinamiento colectivo pasaba a través de la leva obligatoria (la Convención enviaba diariamente a los soldados una media de treinta mil periódicos, cifra evidentemente desproporcionada para la época) y la burocracia, que inundaba Francia con boletines e instrucciones. Las nuevas festividades y los símbolos nuevos, desde el árbol de la libertad hasta la escarapela tricolor, inauguraron aquella politización de la vida cotidiana y la continua movilización política de la población que sigue vigente desde entonces.

La Revolución francesa se sirvió de todos los medios, como hemos dicho, e inventó la moderna propaganda del régimen. La espiral, sin embargo, había sido iniciada incautamente por

la monarquía. El 5 de julio de 1788 el Consejo de Estado invitó a las personas instruidas a enviar al ministerio sus sugerencias y pareceres sobre algunas reformas de las leyes de imprenta. Inmediatamente Francia fue inundada de volantes y panfletos «filosóficos», que evidentemente habían estado preparados y ocultos durante largo tiempo, en espera de una ocasión propicia. Aparecieron más de dos mil quinientos opúsculos que repetían una y otra vez los eslóganes «ilustrados» sobre el pueblo, la supresión del orden y de la desigualdad, etc. Sin embargo, y contrariamente a lo que se puede suponer, la libertad de prensa no era estimada por los «ilustrados», al menos por lo que se refería a los diarios. Diderot, en la voz «Journal» en la *Enciclopedia,* decía: «Todos estos papeles son el pasto de los ignorantes». Y Rousseau: «... sirve sólo para dar a las mujeres y a los estúpidos vanidad sin instrucción». La libertad total de prensa fue proclamada, es verdad, el 10 de agosto de 1792, pero dos días después la Convención se apresuró a decretar el arresto de todos los periodistas que no cumplieran con su deber revolucionario.

Hubo también otros medios sobre los que se afirmó la Revolución. El 18 de agosto se creó un auténtico ministerio de propaganda, el *bureau de l'Esprit,* que inundó el país con pasquines y comisarios políticos, «representantes del pueblo» en misión, con la finalidad de crear y mantener vivo el culto a la Patria, ocupándose muy principalmente de las nuevas fiestas. Así, la fiesta de la Federación, el 14 de julio de 1790, estuvo precedida por una actividad propagandística de muchos meses. Se difundieron grabados que representaban prisiones repletas de reclusos, se propagaron rumores y se resucitaron viejas leyendas como la de la Máscara de Hierro, se vendieron incluso *souvenirs* de la Bastilla, miniaturas de la fortaleza. A la fiesta siguió una misa oficiada por Talleyrand y un inmenso desfile bajo un arco de triunfo erigido para la ocasión. Simultáneamente se celebraron en provincias fiestas análogas. A ésta siguió la del 26 de agosto para conmemorar los muertos del día

10 de ese mes; la inauguración de la estatua de la Libertad en 1792; la de la Unidad de la República, en 1793; la del Ser Supremo, el 8 de junio de 1794, etc. Pero sobre todo, se servían de la creación del «enemigo» y de la leva obligatoria, que desarraigando a los hombres y sumergiéndolos en un ambiente artificial provisto de reglas distintas de las usuales los hacía permeables a cualquier tipo de adoctrinamiento[10].

Napoleón sacará buen partido de todo esto para sostener su régimen y crear su propio mito. Se servirá incluso del clero, obligado por el Concordato a soportar el sistema tras muchos años de persecución.

Después de todo esto ya nada será lo mismo: tras varios años de intensa propaganda, el pueblo ya no será capaz de expresar sus opiniones, sino que necesitará ser guiado, porque tendrá necesidad de la propaganda. Y cuando no exista la del Estado –como en Italia durante la Restauración–, acabará siguiendo la única que continúa existiendo, esto es, la de la oposición. En el fondo, el mayo del 68 puede ser interpretado bajo esta consideración.

Mas volvamos a Restif. La exigencia jacobina de revolucionar el vocabulario fue tomada muy en serio por él y por su amigo Louis-Sébastien Mercier. Restif redactó un *Glossographe,* que contenía todas las palabras de que debía constar la nueva lengua universal. Mercier fue aún más allá: hizo una *Neología, o bien el vocabulario de las palabras nuevas o que deben ser renovadas.* La obra no fue terminada hasta 1801, pero su autor litigó con Napoleón y murió olvidado junto con su diccionario de la «neolengua».

Restif utilizó por primera vez el término «comunista» en 1785 criticando la obra de un pedagogo utópico, Alexandre-Victor Hupay de Fuvea[12]; en 1781 imaginó la isla de Cristina, en la que se daba el comunismo perfecto, regido por una sola ley y centrado en la figura del campesino, el único que habría podido instaurar la utopía si no hubiese estado pervertido por la vida ciudadana y social.

Pero para Restif el lugar ideal para una sociedad comunista debía estar en el espacio extraterrestre. Y naturalmente, y dadas sus predilecciones, ningún lugar más indicado que el planeta Venus.

Restif y las mujeres

En 1777 Restif escribe *Les Gymnographes,* cuyo título, el elocuentísimo, rezaba así: *Proyecto de normas que se proponen a toda Europa para volver a colocar a las mujeres en su lugar.*

Partía de una premisa verdaderamente elocuente: «Dado que la actual sociedad burguesa se ha precipitado en el desorden y en la anarquía, sería oportuno que las naciones europeas se esforzasen por restablecer la armonía en las familias, devolviendo a sus jefes naturales el poder que se han dejado arrebatar y que ha sido usurpado por el sexo débil[3]». Seguía una serie de minuciosísimas reglas a las que debían atenerse las mujeres.

Ya desde el nacimiento la educación femenina debía ser diferente de la de los hombres, incluso el modo de fajar y vestir a las recién nacidas para que los movimientos, al crecer, estuviesen condicionados «de acuerdo con la humildad que debe imprimirse en sus mentes». A lo largo del libro se remachaba muchas veces que «es preciso condicionar a las muchachas desde la infancia a su destino de sumisión al hombre, jefe y soberano de la sociedad».

En este orden de cosas, la educación, contrariamente a lo que podría esperarse de un pensador «ilustrado», era considerada con reservas: «Todas las jovencitas de baja extracción deberán dedicarse únicamente al trabajo, por lo que tanto la lectura como la escritura serían inútiles y dañosas para ellas». Las muchachas de las clases altas podrían aprender a leer, pero no a escribir.

En cada solsticio de verano se debía hacer pública la relación de chicos y chicas en edad matrimonial. La elección, sin

embargo, sería realizada por los padres, y los novios se encontrarían única y exclusivamente en presencia de los padres. Las muchachas –y sólo ellas, por cierto– que infringieran las normas serían condenadas a trabajos forzados y a la pena de azotes.

Ya en el matrimonio, «las mujeres no podrán, en ningún caso, sustituir al marido, perniciosa costumbre, practicada hasta ahora erróneamente, y que debe ser absolutamente eliminada». Las reglas en este ámbito llegaban incluso a determinar las formas y el color de los vestidos, rigurosamente ordenados por edades y situaciones.

La era napoleónica será ferozmente machista. Habrá que esperar a la Revolución de 1830 para que el feminismo levante la cabeza. En esta época los sansimonianos comenzarán a anhelar una edad anterior a la rousseaniana «de oro», en la cual no habrían existido varones y mujeres sino sólo la androginia.

Casi todos los historiadores están de acuerdo en admitir que al final de la Revolución francesa las mujeres se encontraron peor que antes. La única novedad de algún relieve fue el divorcio, pero dada la casi total ausencia, en la práctica, de derechos –que, por el contrario, el *Anden Régime* garantizaba abundantemente, gracias a lo poco que quedaba del feudalismo y a la influencia del cristianismo– y dada la mentalidad dominante entre los «ilustrados», esta «novedad» se convirtió en un perjuicio[14].

Notas

1 El Palais-Royal era propiedad de Felipe de Orleans, masón, que lo convirtió en una especie de centro recreativo y lo puso a disposición del público. Los cafés en el interior del recinto, casi dos docenas, se convirtieron en otros tantos centros de destrucción. En el vasto complejo se encontraban entretenimientos, oradores improvisados, puestos de libros filosóficos, (el marqués de Sade tenía uno, en el que vendía sus libros) y atracciones de varias clases, como un enano ventrílocuo o una prostituta de dos metros cuarenta de altura. No existían las distinciones de rango, especialmente tras la explosión de sentimentalismo generada por Rousseau. En el Palais-Royal se paseaba, se declamaba, se conspiraba. Se podían degustar bebidas «de la libertad», admirar estatuas semi-

pornográficas pintadas con gran realismo y leer sórdidas publicaciones porno-políticas como El burdel nacional bajo la dirección de la Reina, para uso de los confederados provinciales. Allí podía verse a Lacios, el autor de las Liaisons Dangereuses, secretario de Felipe de Orleans, al abate Sieyés, asiduo frecuentador del lugar, y asimismo a todos los protagonistas de la Revolución. Fue desde uno de los cafés del Palais-Royal desde donde Camille Desmoulins llamó a las armas a los ciudadanos, declarando iniciada oficialmente la Revolución francesa.

2 Cfr. B. MANDEVILLE, Modesta difesa delle pubbliche case di piacere, Electa Editrice, Milán, 1979.

3 Se trata de unos agudos juegos de palabras: layman significa «laico», esto es, «no erudito» o «no eclesiástico», pero puede entenderse también como «el que acuesta» (a las mujeres). «Phil Porney» es «porno-filo».

4 Cfr. GIUSEPPE ARE, Quante tare ereditarie nel cuore d'Europa. «Il sole-24 ore» 1, julio 1990.

5 Lombroso, como muchos otros positivistas de su tiempo, fue captado por el espiritismo. Tras haber sido durante largo tiempo escéptico (de un escepticismo, por así decirlo «científico», ya que pensaba que las manifestaciones mediumnicas ocurrían gracias a una «energía» que se apoderaba de las médiums en trance) fue convenido por la famosa Eusapia Palladino, que al final se reveló como una impostora, lo que, sin embargo,no hizo cambiar a Lombroso.

El ejemplo de Lombroso fue determinante para convencer a muchos científicos de su tiempo, tal era su autoridad. Algunas de sus afirmaciones produjeron enorme impresión, como en el caso de las publicadas en La Tribuna Giudiziaria di Napoli: «Me avergüenzo y me duelo muchísimo de haber combatido con tanta tenacidad la posibilidad de los hechos llamados espiritistas; digo de los hechos, porque respecto a la teoría, sigo siendo contrario a ella. Pero los hechos existen y yo me ufano de ser esclavo de los hechos».

Con estas afirmaciones arrastró a Schiaparelli y a Flammarion. Habría que decir, dada su posición científica, que los rasgos somáticos de la Palladino y su notoria histeria debieron haberle puesto en guardia, lo que evidentemente no ocurrió, Cfr. CORRADO GNERRE, Eusapia Palladino: carriera di una médium, en «Lo spiritismo», Elle Di Ci, Turín, 1989, págs. 163 y ss.

6 E. GUICCIARDI, Restif de la Bretonne, benefattore galante, «La República», 7 julio 1990.

7 JAMES H . BILLINGTON, Con ilfuoco nella mente. Le origine della fede rivoluzionaria, Mulino, Bolonia, 1986, pág. 732.

8 A decir verdad también Babeuf fue feminista: en 1790 en el Palais-Royal trabajó en el proyecto para una Confédération des Dames. A Bonneville se debe, entre otras cosas, la institución de la Guardia nacional y la introducción del término «romanticismo». Habrá que esperar hasta 1835 para la primera organización revolucionaria que establezca sesiones para mujeres solas: la «Sociedad revolucionaria del pueblo polaco», fundada en Cracovia por Simón Konarski, calvinista y miembro de la Joven Polonia. Konarski había fundado con anterioridad el primer movimiento revolucionario estudiantil en Rusia, movimiento tan eficaz que hizo que la Universidad de Kiev permaneciese cerrada durante un año entero. Konarski fue fusilado el año 1839.

9 Cfr. LYNN HUNT, La Rivoluzione francese. Política, cultura, classi sociali, Il Mulino, Bolonia, 1989.

10 JACQUES ELLUL, Storia della propaganda, Edizione Scientifiche Italiane. Ñapóles, 1983, págs. 85-86. Paradójicamente, la trinidad jacobina liberté, égalité, fraternité fue tomada de la obra de un «enemigo», el abate Laudan, quien, en 1747 había escrito Les francs-magons écrasés, donde se atribuía la triple idea a la masonería.

11 Mercier es un personaje que encaja perfectamente en nuestro libro. En 1768 había escrito Uan 2440, una obra utópica en la que se predecía la destrucción de la Bastilla.

En la obra de Mercier se pinta una república universal basada no sobre mecanismos institucionales, sino sobre un nuevo lenguaje que habría hecho que las cosas funcionasen, por así decirlo, por sí solas.

[12] Hupay de Fuvea escribió un Corán republicano y un Proyecto para una comunidad filosófica. Se sentía fascinado por la República de Platón y pensaba fundar Platonópolis, una ciudad de filósofos en la Rusia de Catalina la Grande, considerada en aquel tiempo como el modelo de déspota ilustrado, y que, por cierto, fue literalmente inundada con proyectos utópicos, procedentes de todo el mundo. En la ciudad de Hupay todos deberían vestir de verde con adornos rojos.

[13] Cfr. GIOVANNA PEZZUOLI, Prigionera in utopia. La condizione della donna nel pensiero degli utopisti. Il Formichiere, Milán, 1978, pág. 81.

[14] Saint-Just, el asceta de la Revolución, tenía ciertas razones psicológicas para su exasperado machismo. Educado exclusivamente entre mujeres, su madre y sus hermanas, había incubado un odio visceral hacia el otro sexo. Al igual que Robespierre, permaneció soltero toda su vida. Concebía la sociedad ideal como una camaradería fraterna, con una relación casi erótica. En sus ideas proponía que cada ciudadano varón, llegado a la edad de veintiún años, declarase en el «Templo» sus amistades. La ceremonia debía repetirse cada primavera. Quien abandonaba a un amigo debía explicar públicamente las razones, so pena de proscripción. Los amigos serían corresponsables de los crímenes de uno de ellos, y si una amistad duraba toda una vida, los dos amigos habían de ser sepultados juntos en la misma tumba. Las mujeres, que especialmente en París habían participado en la Revolución aún con mayor furia y violencia que los hombres, estaban organizadas en bastantes lugares. En Burdeos había aparecido un «Cuerpo de Amazonas» compuesto por cuatro mil muchachas y en Lyon existía un círculo de Amigas de la Libertad y de la Igualdad. En París las mujeres «sans culottes» ofendieron mortalmente a Robespierre y a Saint-Just pidiendo que se les permitiera llevar el gorro rojo y el 31 de octubre de 1793, la Convención puso fuera de la ley a todas las sociedades y organizaciones femeninas. La motivación oficial fue que el sexo femenino estaba «expuesto congénitamente al error y a la seducción» porque «las mujeres, por su constitución, están inclinadas a una exaltación que resultaría perniciosa en la vida pública. Los intereses del Estado se verían bien pronto sacrificados a toda suerte de desarreglos y desórdenes originados por la histeria». Esta ley sólo tuvo un voto en contra. En la gran fiesta del Ser Supremo, en el Campo de Marte, las mujeres fueron admitidas, pero hubieron de situarse en un sector separado. Era la primera vez que esto ocurría en la Historia.

Capítulo 21

¿Iguales?

«No son los hombres los que guían la revolución, es la revolución la que utiliza a los hombres».

JOSEPH DE MAISTRE

La igualación y la envidia

La obsesión por la igualación puede explicarse únicamente recurriendo a las categorías de la psicología profunda, porque la evidencia de los hechos se manifiesta siempre contra los utopistas. «El género humano está formado por hombres que son distintos entre sí y la pertenencia al mismo género no suprime la pluralidad; de otro modo bastaría con leer un libro para haberlos leído todos. La aplicación radical de la idea de igualación o nivelación a la vida real nos llevaría pronto a la tumba: cada hombre que cayese enfermo habría de ser curado de la misma manera (y de hecho Mesmer, médico típico del siglo XVIII, pensaba exactamente así)»[1].

La categoría psicológico-emotiva que nos hace desear siempre mayores dosis de «justicia social» es en realidad la envidia, agudamente analizada por el sociólogo Helmut en un libro titulado *La envidia y la sociedad.* En efecto, la justicia social sirve más bien para alejar la envidia que para hacer que las cosas funcionen mejor. Son necesarias ciertas desigualdades, como nos dice el sentido común, porque el nivelamiento produce siempre desafección al trabajo (de aquí los

trabajos forzados), además de reproducir desigualdades y *nomenklaturas* muchos más odiosas que aquello que se ha querido eliminar con la nivelación.

En un mundo habituado desde hace milenios a la desigualdad, el cristianismo trajo un mensaje nuevo: la desigualdad no es justa porque «en principio no fue así». Pero la diferencia entre el mensaje cristiano y las utopías radica justamente en la libertad y gratuidad del acto de renuncia a los bienes propios y a los privilegios para hacer partícipe de ellos a los demás. En el fondo, un monasterio funciona con la exacta organización social soñada por los utopistas y que los utopistas querrían extender al planeta entero: propiedad común, igualdad, trabajo con alegría. Las utopías difieren, sin embargo, en que todo esto ha de llevarse a la práctica *por la fuerza,* y gratis, es decir, sin la recompensa ultraterrena que los monjes esperan siempre.

También es verdad que hay momentos en los cuales se está tentado de dar la razón a los utopistas, porque ciertas desigualdades son verdaderamente exasperantes: generalmente se trata de aquellas a las que se accede sin mérito alguno. Fue en uno de estos momentos cuando François Noel Babeuf concibió su *Conjura de los Iguales.*

Los «iguales» de Graco

La reacción de Termidor contra los jacobinos había consagrado definitivamente a quienes habían «engordado» gracias a los trastornos de la Revolución: los ex nobles podían entonces enriquecerse de un modo que poco antes hubiera sido impensable, ya que habían sido abolidos aquellos derechos feudales sobre las tierras que daban de comer a los campesinos; los adquirentes, por un trozo de pan, de los bienes eclesiásticos, se transformaban en burgueses «liberales» fragmentando las posesiones y proletarizando a millares de franceses;

notarios, abogados, administradores, escritorzuelos y buscapleitos emergían como la espuma de las turbias oleadas revolucionarias agraviando sin freno a sus ex iguales, de los que habían la suerte de poder diferenciarse.

La idea protocomunista de la abolición de la propiedad privada ya circulaba en el fondo de la revolución, singularmente en el ámbito de los «curas rojos», entre los que figuraban el brazo derecho de Bonneville, el abate Fouchet, que había tomado parte en el episodio de la Bastilla, el abate Counard, el abate Dolivier, el abate Roux. Los más apasionados acabaron por entrar en el «Círculo social» de Bonneville, el más radical de los clubes. La idea básica era la redistribución de las tierras, y el modelo clásico, la *lex agraria* los Gracos.

Babeuf era un geómetra catastral de Picardía. Ya en una ocasión había sido condenado por dirigir una revuelta local contra las continuas exacciones fiscales revolucionarias. En París entró en contacto con el club y se hizo notar por un ataque escrito a la política moderada de Lafayette. Tras un breve paréntesis como gobernador electo del Somme, fue periodista con Bonneville, después con Maréchal y en fin, editó su propio periódico el *Journal de la liberté de presse* y, sobre todo, el *Tribun dupeuple* (el mismo título que el de Bonneville). El Terror lo vio entrar y salir poco después de la cárcel por denunciado la tiranía de Robespierre. Tras la caída del «monstruo», sin embargo, comenzó a reconocer «el genio en el que residían genuinas ideas de regeneración».

En 1795 volvió a ser detenido y pasó algunos meses en prisión, lo que aprovechó para leer los libros del abate Dolivier; después comenzó a organizar su «falange» (término que alcanzaría gran fortuna) de revolucionarios profesionales en el club del Panteón que se reunía, según las costumbres de estos círculos, en un convento, el de Santa Genoveva. De allí salió un *Manifiesto de los plebeyos,* antecedente claro en su estilo y contenido directo del *Manifiesto del Partido Comunista* de

Marx y Engels, del mismo modo que su *Tribuno del pueblo* puede ser considerado sin duda alguna precursor del *Iskra* de Lenin.

El año siguiente el club fue cerrado por la Policía, a cuyo frente estaba el joven Napoleón Bonaparte. Fue entonces cuando Babeuf concibió la *Conjura de los iguales* y con sus acólitos, entre los que se encontraba Varlet, teórico de la «insurrección permanente», constituyó un Directorio secreto de salud pública, cuya intención era no sólo preparar el advenimiento de la sociedad futura, sino, asimismo, gobernarla. El Directorio estaba formado por él, Graco Babeuf, Maréchal y Buonarroti, los tres masones. Debajo de ellos, según un estilo que después Buonarroti llevará a un auténtico virtuosismo, doce agentes estarían encargados de formar en cada uno de los barrios parisinos otros tantos comités. Ninguno de ellos conocía al jefe de la conjura, ni siquiera los doce. Se servían de otros agentes para comunicarse y de otros diferentes para infiltrarse en el Ejército y en la Policía. Los conspiradores llegaron a contar con diecisiete mil adeptos, pero su insistencia en conseguir más aliados en el seno del Ejército acarreó su ruina.

Hubo un momento en el que los «Iguales» hubieran podido eliminar a los peces gordos del Gobierno, pero Graco quería una revolución a pleno sol y con gran participación del pueblo. Esta ingenuidad fue su perdición. Cuando la conjura se había convertido ya en un secreto a voces, los tres fueron arrestados. Buonarroti y Maréchal pudieron salvarse, ya que no se les pudo acusar más que de propaganda sediciosa. Babeuf fue guillotinado el 26 de mayo de 1797 tras un breve proceso. La Conjura de los Iguales había durado tres meses.

Buonarroti escribió la historia de la Conjura y legó al futuro un mito que aún no se ha extinguido entre libertarios e igualitarios de todo el mundo.

Pero Babeuf fue también el portaestandarte de la «revolución incompleta». Para él y los suyos había que someterlo

todo a discusión, porque la revolución política era insuficiente. Sólo trastornando y desmontando las inicuas raíces económicas de la sociedad se podría crear el auténtico mundo nuevo en el cual la política resultaría algo inútil. Babeuf concebía su misión como mesiánica. En el *Manifiesto* acudía a Moisés, Josué y Jesús, además, naturalmente, de Rousseau, Robespierre y Saint-Just. En la cárcel escribió también una *Nueva historia de la vida deJesucristo.* Su modelo fue –casi no hace falta decirlo– Esparta, la ciudad de los militantes-ascetas ligados a la tierra y hostiles al intelectualismo.

Fue Sylvain Maréchal quien le contagió la manía escatológica y seguramente también quien le puso en contacto con el ambiente ocultista de los Iluminados de Baviera. Maréchal, que se definía como «el hombre sin Dios», contribuyó a dar un giro en sentido ateo a todo el movimiento iniciado por Babeuf. En el París prerrevolucionario había formado parte de la logia masónica de las «Nuevas Hermanas» con Danton, Bonneville, Desmoulins, Siéyes, Clootz y Benjamin Franklin.

Él fue quien divulgó el *Manifiesto de los Iguales,* y asimismo fue él, a lo que parece, quien traicionó el complot. La influencia de Maréchal en el mundo de las sociedades secretas ochocentistas merecería ser tratada con mayor profundidad; fue verdaderamente notable e incluso se extendió más allá de aquellos ambientes concretos: desde 1804 varios periódicos gubernativos rusos comenzaron a publicar por entregas sus escritos más radicales.

Babeuf, antes de subir a la guillotina, escribió una carta de despedida a la familia en la cual, «ilustrado» hasta el último momento, decía que estaba preparándose para un «sueño perfectamente virtuoso».

Su hijo se suicidaría el año 1814, a la entrada en París de los ejércitos de las monarquías europeas.

Notas

[1] G. VANNONI, Le societá segrete dal Seicento al Novecento, Sansoni, Florencia, pág, 151.
[2] H. SHOECK, L'invidia e la societá, Rusconi, Milán, 1974.
[3] Así escribía un propietario a su arrendatario: «Te he arrendado mis bienes en enero de 1789, cuando sobre ellos gravaban varios derechos señoriales. Si no te hubiese obligado a observarlos, mi arriendo hubiera sido mayor. Quien debe aprovecharse de la abolición de los derechos feudales soy yo, el propietario, y no tú, el arrendatario». Cit. por MASSIMO FINÍ, La Ragione aveva torto? op. cit, pág. 103. Y más adelante: «Según la señora Lebas, hija de Duplay, el contratista de carpintería huésped de Robespierre, su padre habría comprometido su dignidad si hubiese admitido a su mesa a uno de los servidores, esto es, uno de sus operarios». Ibíd. pág. 130.
[4] J . H . BILLINGTON, Con ilfuoco nella mente, op. cit, pág. 103.
[5] Babeuf fue el único en este periodo que habló abiertamente contra el genocidio en la Vendée, en el cual, como ya se ha señalado, la Convención había hecho uso de gas, minas, veneno y hornos crematorios. Esta primera tentativa de exterminio científico y sistemático fue llevada contra los rebeldes del noroeste, sublevados sobre todo contra la política anticristiana, después de su rendición. El ochenta por ciento de las víctimas (en total parece que unas seiscientas mil personas) eran mujeres y niños. Napoleón manifestó su disgusto por ello. Los vandeanos continuaron una guerrilla desesperada hasta 1801, consiguiendo obtener la libertad religiosa.
En 1794, Babeuf era miembro de la Convención y brazo derecho de Fouché, y por lo mismo, poseía información de primera mano sobre ello. Un mes después de la caída de Robespierre escribió su Sistema de despoblamiento en la Vendée y aquí usó el término «populicidio». Del opúsculo se conocen sólo ocho ejemplares y con ocasión del Bicentenario de la Revolución, el historiador vendeano Reynald Secher ha promovido una reedición.

Capítulo 22

La utopía como razón de vida

«La gloria de los grandes hombres debe medirse siempre por los medios de que se han servido para conseguirla».

FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULD

Un hombre para todas las revoluciones

Leonardo da Vinci pintó la *Ultima cena* con los apóstoles dispuestos como el signo del Zodiaco, en donde Cristo representaba el Sol. Judas, símbolo de la conspiración, estaba bajo el signo de Escorpio. En el mismo signo, el 11 de noviembre de 1761 nacía en Pisa Filippo Giuseppe María Lodovico Buonarroti. Este hombre atravesó todas las revoluciones hasta 1837, año de su muerte. Fue uno de los «iguales» de Babeuf tras haber tenido una gran actividad en la Revolución francesa. Varias veces arrestado por los mismos revolucionarios, realizó importantes misiones proconsulares en varias capitales europeas.

Encarcelado, expulsado, condenado a muerte y amnistiado, no es posible hacer una historia de los entresijos de las conspiraciones a caballo entre los siglos XVIII y XIX sin contar con él. Lo hallamos tras los motines del 21, tras la revolución parisina del 30, detrás de la belga del 31, en los fallidos motines mazzinianos del 34. No hay ningún grupo revolucionario del tiempo que no le haya tenido como padre o como inspirador.

Fue primero amigo y después enemigo de Mazzini y resulta increíble el número de sociedades secretas fundadas por él. Admirador y seguidor de Rousseau y de Robespierre, comunista y «patriarca de los carbonarios», según la expresión de Louis Blanc, tuvo durante toda su vida una obsesión, la igualdad, que trató de conseguir primero con su afiliación a la masonería en 1787; después, por cuenta propia, por cualquier medio, incluido veneno y puñal.

El historiador Billington, en su ensayo *Con el fuego en la mente,* nos da de Buonarroti una definición contundente, realmente «granítica»: «Como san Pedro entre los cristianos, Filippo Buonarroti fue la piedra sobre la que edificaron los sucesivos revolucionarios». A los sesenta y seis años, en 1828, publicó su *Conspiración por la igualdad, según Babeufy* desde aquel momento fue el patriarca venerado por la nueva generación de revolucionarios a tiempo completo.

Procedía de una familia noble venida a menos y descendía de Miguel Ángel. Fue incluso caballero de la Orden de san Esteban, pero, sin bienes de fortuna, no tenía intención de continuar las tradiciones familiares. Estudió jurisprudencia en la Universidad de Pisa, dominada entonces por los seguidores de Rousseau y de Morelly, y se convirtió en el prototipo del intelectual radical, dotado, pero revoltoso e inflamado de pasión por la política.

En 1786 se dedicó al periodismo, profesión preferida de todos los revolucionarios de la Historia. Fundó en Florencia un semanario que atacaba al catolicismo y exaltaba el jansenismo y la Revolución norteamericana. Este semanario, escrito en francés, la lengua de los «filósofos», *Journal Politique,* tuvo una vida muy breve. Nuestro hombre pasó entonces a ser editor y librero en Livorno, aplaudiendo desde allí la Revolución francesa apenas iniciada, lo que le costó el exilio en Córcega. En la isla descubrió el perfecto «estado de naturaleza» y publicó otro periódico, el *Giornale patriótico di Corsica*[1]. Su concepto de «estado de naturaleza» era sin embargo lige-

ramente diferente del concepto sentimental profesado por Rousseau, porque para él significaba la posibilidad de llevar a cabo la revolución. Es decir, que para Buonarroti la revolución política era insuficiente; había que centrar la atención en otro tipo de revolución, radicada en la naturaleza, y que representaba la alternativa perfecta.

En 1792 tomó parte con los franceses en el intento de invasión de Cerdeña, para la cual redactó un proyecto de constitución que denominó «código de la naturaleza», como el de Morey. Fracasada la expedición, acompañó al ejército revolucionario a París, donde se estableció. En 1794 escribió un opúsculo en el que denunciaba la traición de la revolución por parte de los nuevos ricos, para los que pedía, con acentos lúgubremente proféticos, «grandes purgas». Mas durante el Terror creyó oportuno alejarse. Se unió a la expedición de Napoleón a Italia con el hermano menor de Robespierre, Agustín. En Oneglia asumió el mando revolucionario y creó una red de agentes que debían proceder a la depuración de los reaccionarios, esto es, organizó el terror. Denunciado por los jacobinos locales, fue arrestado y trasladado a París. En el proceso se defendió magistralmente y fue absuelto. Después de este proceso decidió unirse a Babeuf.

Descubierta la «conjura de los iguales», Buonarroti fue encarcelado en la isla del Rey, en donde permaneció hasta 1806, año en que lo indultó Napoleón.

De regreso a Genova, comenzó a conspirar de nuevo, y tuvo parte indirecta en dos intentos de derribar a Napoleón, en 1808 y 1812. Pero su pensamiento estaba puesto en Suiza, la tierra de Rousseau, que consideró la base ideal para cualquier actividad revolucionaria (Ginebra dará asilo a tal cantidad de revolucionarios que Dostoyevski definirá la revolución como una «idea ginebrina»).

En el ambiente masónico de Ginebra, donde fue a vivir en compañía del hermano de Marat, Buonarroti concibió su primera sociedad secreta en la que se daban los tres grados clá-

sicos de la masonería. Durante toda su vida trabajó en el ámbito de las logias, bien para servirse de ellas como cobertura bien para orientar su actividad, y lo mismo hizo respecto a los carbonarios. Pero el plan organizativo lo tomó de los Iluminados de Baviera (quienes a su vez habían copiado de los jesuitas su sistema jerárquico), la sociedad secreta ocultista y radical fundada en 1776 por Adam Weishaupt, profesor de Derecho canónico en Ingolstadt.

De esta sociedad tomó la pretensión de restablecer la «religión natural» conocida sólo de los «ilustrados» del pasado, esto es, de los sacerdotes persas, de los egipcios, de Jesús y de los anabaptistas.

El genio de la conspiración

Fue el inventor de la sociedad secreta de tipo piramidal, esto es, aquella en la que un *politburó* de muy pocas personas dirige a un grupo más amplio de revolucionarios que desconoce quiénes son sus jefes y directores. A su vez, este último grupo actúa del mismo modo con otros grupos situados por debajo de ellos, cada uno de los cuales ignora la existencia de los otros y dirige otras sociedades o agrupaciones subalternas, y así sucesivamente. De esta manera consiguió infiltrarse en toda Europa con una sutilísima trama de conspiradores, cada uno de los cuales trabajaba en la realización de una pequeña parte del programa global y final, cuya totalidad era conocida sólo por Buonarroti. El núcleo estaba constituido por la sociedad secreta «El Mundo»[2].

He aquí las constituciones de los tres grados:

Profesión del primer grado (o de los Sublimes Maestros Perfectos).

«El justo alcanzará la beata inmortalidad de Dios, padre y legislador de los hombres. A Dios hay que honrarlo únicamente con la caridad, fuera de la cual todo lo que hayas pen-

sado será necedad[3]. Por derecho divino y natural los hombres, como hijos del mismo padre, están obligados a un amor recíproco. Ésta es la divina fuente de la igualdad que ha sancionado el pacto social, en cuya virtud, por deliberación común, la verdadera libertad radica en la obediencia a la ley naturalmente verdadera. Cualquier autoridad surgida de cualquier otra fuente debe ser condenada como un crimen.»

Profesión del segundo grado (o de los Sublimes Elegidos).

«La autoridad de las leyes, y a sea ejercida por uno solo o por varios, debe ser conferida únicamente por elección y jamás por herencia o vitaliciamente. Cualquiera tiene derecho a quitar la vida a quien usurpe el poder supremo. La prudencia, la modestia en el patrimonio, la sobriedad, el trabajo, la justicia, el amor hacia la Humanidad, la patria y la gloria, la lealtad para con los demás y el desprecio de los honores y las riquezas son los eternos baluartes de la libertad pacífica. Para realizar tales bienes no hay nada ilícito; el corazón y el cielo aseguran el justo premio a la virtud.»

Profesión del tercer grado (del que no se conoce el nombre). «Del a imprudente división de los campos derivan los infortunios, los vicios y los crímenes. De repente desapareció la inocente igualdad y surgió el hambre de mando y de oro. De aquí la vanidad, el odio, la envidia y el furor, el saqueo, los asesinatos, las venganzas, la hipocresía, la guerra, el lujo, la indigencia, la tiranía y la esclavitud. Los cuerpos perdieron el vigor y las almas la celeste libertad. Los placeres y los honores fueron la herencia del ocio, la miseria y el desprecio del trabajo. De aquí surgieron los reyes sin freno, los nobles infames y los viles publicanos. El pueblo, contenido por miedo a los delatores, a los suplicios y al infierno inventado por sacerdotes impostores, se tornó indolente, se agita en vano y trabaja siempre en beneficio de su propia esclavitud. Rómpanse las fronteras, vuelvan todos los bienes a un solo patrimonio común, y la patria, la única dueña de todo, como madre dulcísima, suministre a todos sus queridos y libres hijos,

de manera equitativa, los medios de subsistencia, la educación y el trabajo. Ésta es la redención invocada por los sabios, ésta es la verdadera restauración jerosolimitana, es el patente y fatal decreto de la mente suprema»[4].

En suma, a los adeptos del primer grado les es revelado solamente que se combate, se conjura y se trama en pos del adviento de la religión de la Humanidad, con sus corolarios del pacto social y la ilegitimidad de cualquier forma de gobierno no fundado en la voluntad general. Con el segundo grado llegamos al sufragio universal y a la licitud del tiranicidio, en una palabra, a los ideales jacobinos. Por el tercer grado se desvela adonde se quiere llegar: al comunismo. A esta idea dedicó Buonarroti toda su vida y todos sus esfuerzos. El sistema de grados, impuesto a la infinidad de sectas que dirigía de un modo u otro, acabó provocando el fracaso del proyecto. Sin embargo, a la larga las galerías que había excavado bajo los tronos reales y las antiguas instituciones de toda Europa acabaron por estallar, dejando sólo la piel y el esqueleto de lo que había sido la ecumene de la Cristiandad.

Se dice que Buonarroti había establecido también un cuarto grado, pero de ello no se sabe nada concreto.

Los números de la revolución

Los Sublimes Maestros Perfectos tenían como signo de reconocimiento un círculo en cuyo interior tres puntos sugerían un triángulo equilátero, símbolos todos ellos de clara derivación masónica y pitagórica. Hemos de señalar a este respecto que Pitágoras fue el mito que obsesionó a todas las sociedades secretas. En sus «exilios creativos» Buonarroti, que era un buen músico, vivía dando clases de piano; con frecuencia lo tocaba para su recreo, lo que algunos testimonios calificaban como «cantar sin palabras». Pero es que para los pitagóricos «cantar sin palabras» era la forma última de expresión del cosmos, la música celestial.

El círculo era símbolo de perfección: el primero en usar el término «círculo» para indicar el club revolucionario fue Bonneville. Los afiliados de grado inferior tenían como distintivo no tres puntos sino cinco. Hay que señalar que el número cinco constituía una obsesión casi maníaca para todo el mundo subterráneo de las sociedades secretas. Es el intermedio entre uno y nueve –números pitagóricos– y es la cifra «mística» que se obtiene cuando se suman todos los números primos entre uno y nueve y se dividen por los dedos de la mano. Los días «sans culottes» del calendario jacobino eran cinco y toda la Revolución francesa fue inundada de pentágonos, estrellas de cinco puntas, comités y directorios de cinco miembros. Cinco eran también los miembros de la Mano Negra, la sociedad secreta responsable del asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo en 1914, desencadenante de la Gran Guerra.

Bonneville, por su parte, añadió a estos números cabalísticos el diecisiete, que constituía la quintaesencia mística de la Revolución, ya que según él, los números de todas las fechas importantes en este sentido sumados entre sí daban siempre como resultado el número diecisiete. No sólo eso, sino que 1517 era la fecha de la rebelión de Lutero y 1717 el año de la fundación de la masonería. En realidad estas supuestas coincidencias no son tantas y el propio lector podría comprobarlo fácilmente a su gusto. Nosotros aquí le sugerimos dos, macroscópicas: la proclamación de la unidad de Italia se produce un 17 de marzo y la revolución soviética el año 1917.

El hombre que contribuyó a la deificación de Robespierre por todos los revolucionarios posteriores y que abrió la vía al comunismo estaba convencido de que «el pueblo es incapaz de regenerarse por sí mismo o de designar las personas que deban dirigir esa regeneración». Por lo mismo, el grupo de aquellos que, encargados por el destino, abrieran el camino del porvenir, «una vez completada la revolución, no habrían

terminado su obra, sino que deberían continuar vigilando la conducta de la nueva asamblea».

Murió en su cama. Pero, fatalmente, un día 17.

Notas

1 Las islas han desencadenado siempre la fantasía de utopistas y revolucionarios, tanto como lugares cerrados cuanto como posibilidad de satisfacción estética a la obsesión revolucionaria por la ejemplificación, ya que, en efecto, la Naturaleza salvaje da la impresión a algunos espíritus inquietos de un mundo más simple. En este sentido Córcega, en particular, parece singularmente privilegiada, desde Buonarroti a Rosa Luxemburgo.

2 El 5 de julio de 1776, el pastor protestante suizo Court de Gébelin (muerto en 1784 en «inmersión» mesmérica) fundó en París la logia secreta radical de las Nuevas Hermanas. En ella se propugnaba la unidad y la perfección del género humano a través de una «religión de la Humanidad» y un complejo ritual hermético de simbología caballeresca. La unidad entre las naciones debería ser «redescubierta» a través del uso del «lenguaje primordial», acerca del cual escribió nueve volúmenes. En él las vocales eran los cinco sentidos, las consonantes ideas y la escritura jeroglíficos. El ocultismo de Court se fundió con el revolucionarismo a través de Franklin, que fue Maestro Venerable de la Logia. Más tarde, y a través del adepto Anacharsis Clootz, la logia se dedicó a crear los «ciudadanos del mundo» a través del estudio y difusión de las constituciones de los Estados Norteamericanos, de tal manera que esta logia fue, verdaderamente, la primera escuela de constitucionalismo de Europa. Otro adepto, Maréchal, para designar la revolución mundial y su éxito «pitagórico» comenzó a usar el término mundo significando todos los que se batían por aquella causa. Esta palabra, «mundo», fue adoptada primeramente por los «filadelfos» y después por Buonarroti. Misteriosamente, los archivos de la logia de las Nueve Hermanas fueron destruidos por la Gestapo durante la ocupación de Francia.

3 Esta afirmación puede parecer a primera vista aceptable para un católico contemporáneo. Llama la atención en verdad la distinción posconciliar de cierta teología entre ortopraxis y ortodoxia, según la cual, actuar con caridad sería preferible a obrar según verdad, posibilitando la distinción entre las dos cosas. La posición católica clásica concede en cambio a la ortodoxia un prius. Para decirlo con Pascal, bien penser pour bien agir.

4 ARMANDO SAITTA, Buonarroti, Cei, Milán, 1967, págs. 59-60.

Capítulo 23

¿Lo ha conseguido alguno?

«La ciencia no puede demostrar ni que todos los hombres son iguales ni que el comportarse según este principio sea a la larga útil».

FRIEDRICH NIETZSCHE

Probando y reprobando

A fuerza de oír hablar de la obstinación con que, periódicamente, a lo largo de los siglos, los intelectuales han asegurado que todos los hombres son iguales por naturaleza, que en el estado de naturaleza no existía la propiedad privada, que no es sino el fruto de los malos hábitos sociales; que, por lo tanto, basta con volver al estado de naturaleza para que todos los hombres vivan felices y que el socialismo, donde se ha realizado, funciona, uno acaba por preguntarse: «Y ¿por qué no dejarles que prueben? Al menos veamos cómo termina la cosa».

El hecho es que ya lo hemos probado y todos hemos visto cómo ha finalizado la experiencia. Sin embargo, se podría objetar -y así se ha hecho en más de una ocasión- que los experimentos han fracasado porque en ellos se ha utilizado la fuerza. Y eso es exacto. Sería preciso un «experimento» en el que todos y cada uno fuesen absolutamente libres para salir del sistema cuando quisieran y quizá, que fuese lo suficientemente reducido en extensión para que no se produjeran fenómenos como los que acontecieron en la Alemania Oriental,

en donde la «experiencia» se esfumó, literalmente, apenas se produjo una rendija en el telón de acero.

Las ideas básicas en aquel planteamiento son que la educación debería inculcar desde los primeros años el concepto de la no-propiedad y la no-envidia; nadie debería tratar de situarse por encima de nadie o distinguirse en nada; los niños deberían educarse en casas comunes con educadores que fuesen cambiando continuamente, tal como parece que ocurría en Esparta y como describía Platón en su *República.* Nada de meritocracia en las escuelas; abolidos los suspensos. Ni siquiera se debían tener vestidos en propiedad: todos serían suministrados, cuando el uso lo determinara, por los almacenes comunes. En fin, la regla general sería la rotación de los puestos de trabajo.

El kibutz

Al llegar aquí alguno de los lectores se dará cuenta de que estamos describiendo las cooperativas agrícolas israelíes llamadas kibutz, que durante mucho tiempo fueron mitificadas por la propaganda y que se encuentran ahora en una fase de imparable decaimiento.

Es verdad que los kibutz, con las características que se han descrito, se han mantenido y se mantienen aún –aunque con no pocos cambios– a pesar de que fueron fundados a principios del siglo. Pero ¿demuestra eso que los utopistas tenían razón y que el estado *natural* del hombre es el de absoluta igualdad? No, sino que más bien demuestra lo contrario. De modo semejante a como las comunidades monásticas han funcionado muy bien durante siglos, las comunidades como el kibutz pueden encerrarse en un mundo en el que no haya propiedad ni competición a condición de que estén apoyadas y sostenidas en un ideal firme y que vivan de modo *excepcional* en un mundo de sociedades individualistas.

De hecho, empero, y tal como pone de relieve el sociólogo Schoeck, quien dedica al kibutz un largo capítulo en su libro *La envidia y la sociedad*[1], los kibutz y a tenían a su disposición todas las adquisiciones de la literatura socialista y los medios tecnológicos necesarios, frutos, unos y otros, de sociedades capitalistas. No es posible ni siquiera pensar en una comunidad sin autoridad. Incluso en una aldea de santos, alguno debe, por lo menos, dirigir el tráfico.

En el kibutz no se concedía ningún privilegio a quienes ejercían la autoridad, electiva y rotatoria. El resultado fue que nadie se presentaba como candidato para una función que sólo acarreaba inconvenientes y perjuicios. Y que ni siquiera estaba libre de envidias. A quien aceptaba el cargo, se le aplicaba el principio marxista de cada uno según sus posibilidades, a cada uno según sus necesidades. De este modo el que ejercía la autoridad no tenía tiempo para sí mismo, para sus distracciones o su familia y no recibía, a cambio, ninguna contrapartida.

Además, su modo de vivir era vigilado muy de cerca desde el momento de su elección. Todo esto dio como resultado que nadie quería aceptar estos cargos que, por ello, acabaron por ser ejercidos siempre por las mismas personas, lo que originaba envidias y resentimientos. De este modo se creó un círculo vicioso y los que asumían los cargos se hacían cada vez más insensibles, por exigencias de supervivencia, a las necesidades de los ditos[2].

El igualitarismo se extendió incluso a la promiscuidad más completa entre los sexos, con dormitorios y duchas comunes, con el resultado de un aumento increíble de la homosexualidad. En este punto algún viejo rabino debió poner de manifiesto la antigua ley hebraica y la igualdad fue reconsiderada.

Los niños, a muy temprana edad, eran separados de sus familias y llevados a asilos comunes, lo que se consideraba como una medida fundamental para inculcarles el espíritu de

igualdad. Sin embargo, nadie podía impedir que los padres, cuando iban a visitarlos, mostrasen mayor atención y ternura por los más pequeños de sus hijos, lo que alimentaba los celos de los mayorcitos, echando por tierra uno de los propósitos de la utopía.

No hay igualitarismo que no acabe pronto teniendo inquina a las actividades intelectuales y artísticas: es bien sabido que, por ejemplo, Goebbels, solía decir que cuando oía hablar de intelectuales se le escapaba la mano a la funda del revólver, ya que por definición los intelectuales y los artistas son individualistas y caprichosos.

Mas ¿cómo puede progresar una comunidad humana si sofoca o intenta prohibir entre sus miembros cualquier indicio de personalidad? Esto es lo que ocurre en el kibutz y éste es el motivo por el cual se vieron obligados, imperceptiblemente, a ir recalando en la «normalidad» a fuerza de derogaciones, excepciones y permisos especiales.

Todos para uno

Incluso la intimidad, la vida privada, es tenida en estas teorías como un pecado contra el igualitarismo. En la obra de Orwell *1984* la *privacy* era un crimen, sin más. Pero hay algo más. En el mundo de los iguales nadie debe poseer nada y todo debe ser de todos, pero incluso todos deben ser de todos. Y no sólo sexualmente; todos deben estar a disposición de la comunidad, con su tiempo, su talento, su simpatía. Pero aquí surge un problema: hay algunas personas a las que todos buscan y otras a las que nadie desea. Y no sólo esto. Quien tiene a su cargo la autoridad no puede sin duda alguna dar audiencia a todos aquellos que la reclaman. Basta, por otra parte, la simple división funcional del trabajo para que cada uno no tenga tiempo para todos.

Los que aman la intimidad son personas que saben estar solas. Pero entonces el control social no puede conseguir que

se reúnan, normalmente, con los demás. Y como lúcidamente observa Schoeck, el poder del grupo sobre el individuo se basa precisamente en el hecho de que cada individuo necesita de la aprobación del grupo de que forma parte. Con la *privacy* la persona se sustrae al control social y demuestra que tiene a menos el reconocimiento de la comunidad. La necesidad de vida privada, de soledad, es inversamente proporcional a la de estatus social. Por esto, la ciudad de los «iguales» debe tener las paredes de vidrio, como la Ginebra de Calvino.

Precisamente la experiencia de los kibutz demuestra -si es que hubiera necesidad de ello- que la idea de ausencia de propiedad privada es algo absolutamente artificial, inventada por ideólogos de gabinete, y que hay que inculcar por la fuerza. Los niños del kibutz nacían con la idea precisa del «mío» y del «tuyo», dispuestos incluso a defender con la vida sus propiedades, conducta que está presente también en el mundo animal, en donde cada individuo delimita un espacio propio que defiende con todos los medios a su alcance. Si esto es así, tales ideas debían ser erradicadas en la adolescencia de manera muy firme, lo que significa, más allá de cualquier duda ulterior, que una sociedad socialista no está en condiciones de autorreproducirse. Y no sólo eso, sino que la necesidad de reinculcar la idea de la propiedad común en cada nueva generación produce dosis notables de resentimiento. Si se piensa en las tensiones que *toda* educación genera en el individuo[3], se tendrá una idea del estrés emocional que debe soportar una persona a la que se le prohíbe poseer. Por todo ello, los kibutz actuales son hoy un pálido reflejo de lo que fueron en los primeros tiempos del experimento. Y resulta notable el estancamiento demográfico en estos asentamientos, que hay que añadir al más general en el Estado de Israel, «tierra prometida» a la cual ya no quieren ir muchos hebreos[4].

Una economía en la que todo es de todos sólo puede ser, paradójicamente, el resultado de un sistema fuertemente capitalista. El alquiler de los bienes de consumo (herramientas,

vestidos de etiqueta, automóviles, etc.) en sustitución de la propiedad privada está más difundido precisamente en las sociedades del bienestar en las que no se teme que cualquier acontecimiento -incluso las medidas políticas- pueda limitar en cualquier momento la disponibilidad de tales bienes. Y no sólo es esto, sino que, tal como se ha experimentado en el kibutz, la abolición de la propiedad privada extiende el particularismo a toda la comunidad. Efectivamente, se ha observado que con frecuencia se hace más fuerte el instinto «aldeano» de lo que era aquel individualismo. Se conocen batallas entre comunidades por el «robo de un pozal» o por cualquier otro objeto del que cualquier individuo se habría desprendido sin problemas. Eso es lo que ha acaecido también en el kibutz, en donde cada uno se siente celoso de las adquisiciones propias sean o no patrimoniales.

Todos nosotros tenemos experiencias, buenas o malas, de la propiedad común desde la escuela primaria, cuando sólo el temor nos detenía en nuestro deseo de deteriorar los bancos con tinta o con inscripciones. A nadie se escapa que es más fácil odiar a una persona que haya conseguido, por ejemplo, una buena casa gracias a situaciones políticas determinadas, que a otra que la haya comprado con su dinero, aunque sea más rico que el otro.

Y a pesar de estos datos de experiencia común, a pesar de que jamás se haya dado en la Historia un solo caso en el que una comunidad sin propiedad privada haya sobrevivido, tampoco ha faltado nunca quien haya contribuido impertérrito a formular y desarrollar la idea de un mundo de iguales, en el cual todo es de todos, incluidas las mujeres.

La utopía, en la versión actual de los *hippies* o en la bestial de los *killing fields* de Pol Pot, continúa con su pretensión de realizarse con una obstinación por el *paradise now,* aquí y ahora, que sólo puede explicarse con categorías metafísicas.

Notas

1 H. SCHOECK, op. cit, págs. 259 y ss.

2 Viktor Frankl, psicólogo judío internado en Auschwitz, relataba los odios furibundos hacia el compañero de desventura más próximo a la estufa o hacia quienes habían tenido la suerte de tener un kapo un poco más humano. Frente a la envidia no es bastante la igualdad.

3 El psicoanálisis enseña que la necesidad del control social sobre los instintos sexuales primarios genera en muchos individuos pulsiones reprimidas que generan conductas neuróticas. Como notaba Ortega y Gasset, cada generación sufre la agresión de una ola de «bárbaros verticales», los niños, que deben reaprender todo lo que la Humanidad ha adquirido a lo largo de toda la Historia. Y sobre todo, el behave yourselfi esto es, la conducta civil que se consigue únicamente con la autorrepresión de los instintos. Si la educación no se imparte perfectamente, el equilibrio interior, sumamente delicado, se pierde
con extrema facilidad, dando origen a neurosis.

4 Parece que uno de los problemas de fondo que tuvo Israel para ponerse de acuerdo con Gorbachov fue la necesidad de aumentar su demografía, asediada por el inmenso océano islámico. Sólo que para los judíos rusos la emigración a un país perennemente en guerra ya no parece tan deseada como hace algunos decenios. Y quien obtiene el visado de salida prefiere emigrar a los Estados Unidos o a Canadá. Quizá en esto tuvieron su origen las complicaciones burocráticas impuestas por la embajada norteamericana en Moscú, cuando aún era la capital de la Unión Soviética, que hicieron la emigración prácticamente imposible para los soviéticos que querían marchar al Oeste.
Según el comentarista Giorgio Bocea, parece que en 1987 el conocido caso Waldheim fue preparado a estos efectos. Es conocido que Viena era la primera etapa para losjudíos soviéticos, ya que en aquella época la Unión Soviética no tenía relaciones diplomáticas con Israel. Pero lo que ocurría era que, una vez en Austria, en vez de marchar a Tel Aviv, con frecuencia los emigrantes marchaban a América. En cualquier caso, resulta difícil explicar de otro modo la cuestión acerca de la presunta participación del ex secretario de la O N U en las persecuciones nazis. De hecho, parece que Kurt Waldheim ha resultado inocente de la acusación.

Capítulo 24

Los jefes de escuela

«La utopía de un siglo determinado con frecuencia se convierte en una idea vulgar para el siglo siguiente».

CARLO DOSSI

Aristófanes

La obsesión por la utopía, decimos, es muy antigua. Pero, al menos en sus inicios, no se trataba de una obsesión sino de una broma.

La asamblea de las mujeres, de Aristófanes, data del año 392 antes de Cristo. En esta comedia, las mujeres atenienses se visten de hombre y obtienen la mayoría en la asamblea, aprovechándose inmediatamente de ello para trastocar el orden constituido de la manera que se describe en el siguiente diálogo:

«-Propongo pues que se haga una sociedad común, de la que todos se sirvan para vivir (...), entiendo que la tierra sea común a todos, y asimismo, el dinero y todo lo que posee la gente. (...) Todos tendrán todo (...), quiero hacer de la ciudad un solo apartamento. ¡Fuera las divisiones. Entrada libre para todos!... Socializo también a las mujeres; cada uno puede dormir con quien quiera y tener hijos.

–Pero, con semejante sistema, ¿cómo se podrán reconocer los propios hijos?

–Y , ¿para qué hace falta...?

–Y la tierra, ¿quién la cultivará?

–Los siervos.

Como puede adivinarse, ya se dibuja aquí la revolución sexual y si se sustituye «siervos» por «máquinas», el mundo del futuro.

Platón

Pero Aristófanes bromeaba. El primero que comenzó a hablar seriamente fue Platón con su *República,* rígidamente dividida en castas: filósofos, la clase de oro, los custodios o soldados, de bronce, y los agricultores, de hierro. Una tecnocracia totalizante gobierna el Estado, pero los principios del comunismo deben ser aplicados únicamente a la clase de los custodios. Igualdad absoluta, dormitorios y comedores comunes, ausencia de propiedad privada, mujeres en común, educación estatal de los hijos, desaparición de los lazos parentales, selección genética, eutanasia para los débiles y los criminales en potencia. Abolición de las artes y de la mentira, si bien esta última está permitida y reservada a los filósofos, por razón de Estado. La religión es genérica y exclusivamente pedagógica.

En Platón, pues, ya está todo inventado. Todo lo que venga después serán sólo variantes sobre el mismo tema.

El cristianismo

Paradójicamente será el cristianismo el que demuestre que la utopía es realizable. El modo de vida comunitario de los primeros cristianos alimentará desde el principio la esperanza y la pretensión de un «aquí y ahora» que nunca se detendrá. Incluso en nuestros días la obstinación por «retornar a los orígenes» es la mayor fuente de crítica en las confrontaciones de la Iglesia Católica .

El cristianismo, convertido en civilización, debió combatir incansablemente contra las herejías, que no eran otra cosa sino utopías con pretensión de realizarse. El último gran golpe fue la Reforma, que consiguió romper la unidad de la Cristiandad. Mas, tras la Revolución inglesa del siglo XVII, la ola de choque se aplacó, transformándose en una miríada de arroyuelos absolutamente pacíficos. La obsesión utópica cambió de cara y se transmitió a la publicística, reforzada por la libertad de expresión, prácticamente conseguida, y por el invento de Gutenberg. Perdido el énfasis religioso, la razón cabalgó por las calles y dirigió sus pasos no ya a las masas milenaristas sino a los clases cultivadas. «La gran corriente, al no lograr triunfar plenamente en su ataque frontal contra la civilización cristiana, se empleó en una suerte de maniobra diversiva que duró algunos siglos»[2].

Tomás Moro

El anticipador de esta nueva dirección es Tomás Moro. Un año antes de que Lutero hiciera pública sus tesis, el Lord Canciller de Enrique VIII publicó la obra que dará nombre a todo el gran tema. *Utopía* o sea *Libro verdaderamente áureo, y no menos útil que divertido, sobre la mejor forma de Estado y sobre la nueva isla de Utopía.*

Todavía hoy es un misterio cómo este hombre -canonizado el año 1935 como mártir por su fidelidad a la Iglesia Católica, condenado a muerte por el rey fundador de la Iglesia Anglicana- pudo haber enunciado en esta obra tesis que le situaban en el límite de la herejía, con argumentos con frecuencia semejantes a los utilizados por la mayor parte de los reformadores de la época. En cualquier caso, esto dice mucho sobre la supuesta intolerancia de la Iglesia y sobre la realidad acerca de la Inquisición. Los historiadores más avisados están de acuerdo hace tiempo en que se podía escribir y decir lo que se quisiera –y la difusión de la *Utopía* fue, en su tiempo,

muy amplia–, que bastaba sólo con que no se intentase oponerse explícitamente a la ortodoxia y que tampoco apareciese la pretensión de aplicar en serio las teorías[3].

La obra de Moro es una continua invectiva contra el sistema político-económico de su tiempo, basado, según él, en la explotación de los pobres por parte de los poderosos. La causa de todas las injusticias sería la propiedad privada y el dinero, de los que deriva toda maldad e injusticia. La legislación represiva sería, así, no sólo injusta, sino incluso ineficaz, con lo que se anticipa a Beccaria[4].

El punto de referencia de Moro es la comunidad apostólica cristiana. La difusión del cristianismo en la isla de Utopía se debe, precisamente, a la extraordinaria semejanza que el cristianismo de los primeros tiempos presenta con el modo de vida de los habitantes de Utopía. Está claro, sin embargo, que la equivocación es la acostumbrada, también en el caso de Moro : se confunde el presunto comunismo de los primeros siglos del cristianismo –en el que existía absoluta libertad para poner los bienes propios «a disposición» de los hermanos– con el totalizante y obligatorio característico de las utopías. Piénsese, por ejemplo, en el episodio narrado en los Hechos de los Apóstoles, en el que Ananías y Safira son castigados duramente por san Pedro porque habían desnaturalizado el carácter absolutamente liberal de la donación (Hech. 5).

En la Utopía en cambio, es obligatorio hasta el trabajo. Todo el producto obtenido debe ser entregado al Estado, que lo distribuye según las necesidades. El Estado de Utopía lo programa todo, desde el vestido (uniforme para todos) hasta el cambio de lugar de las poblaciones según las exigencias de la producción. Las rentas son comunes y no se puede cambiar de puesto sin autorización. Las casas deben permanecer siempre abiertas y el matrimonio está severamente reglamentado. Los novios pueden mostrarse desnudos el uno ante el otro para la probación final en vista del matrimonio. El adulterio está castigado con la muerte.

Muchos ciudadanos están exentos del trabajo físico: los funcionarios, los sacerdotes y los estudiosos. Sin embargo, la producción llega a ser más que suficiente, porque, estando todos obligados a trabajar, nadie puede estar ocioso (en este aspecto, Moro lanza otra andanada contra el sistema económico de su tiempo, en el que había tantas personas ociosas: las mujeres, los sacerdotes, los propietarios...).

En la isla de Utopía las labores duras y fatigosas las llevan a cabo los esclavos, que son o criminales o comprados a otras naciones. Los revoltosos y pendencieros son, sin más, condenados a muerte.

Utopía es, verdaderamente, una obra ambigua, al menos para la época en que fue escrita, y a que en todo el Medievo cristiano no existió en absoluto literatura utópica. Moro se interna en extremos en los que nadie, entonces, habría osado aventurarse: la filosofía de los habitantes de Utopía no es un tipo particular de religión, más o menos reformada, sino el hedonismo, considerado como el único fin de la vida humana. Existe la máxima tolerancia religiosa, e igual se acepta a quien practique el cristianismo que a los dioses paganos o a quien da culto a los héroes. Pero quien no considera que la sensualidad es el fin más alto de la existencia es considerado como un pobre mentecato. Sin embargo, se reconoce que por encima de todo se halla una misteriosa divinidad invisible creadora de todo y que todo lo penetra. En la isla hay templos, pero sin imágenes. Las mujeres pueden acceder al sacerdocio y los sacerdotes pueden contraer matrimonio.

En suma, la visión de Moro es de hecho gnóstica, como puede apreciarse, pero lo que impresiona en ella es la semejanza de la mentalidad que preside la Utopía con la moderna. Aparte de los esclavos (que podríamos sustituir por las máquinas, como ya hemos dicho a propósito de Aristófanes) y de alguna otra cosa más, el mundo descrito por Tomás Moro resulta sorprendentemente actual. En efecto, en Utopía no encontramos la abolición del matrimonio ni la educación común de los hijos.

Estos rasgos de la utopía, comprendida la abolición de la propiedad privada, pueden llegar a realizarse y posiblemente ya lo han sido en el *welfare state,* el Estado de bienestar, con su tecnocracia y libertad sexual. Además, el renovado interés que se siente hoy por la religión parece facilitar la realización del proyecto originario platónico. De hecho en este tiempo nuestro se reconoce universalmente el papel pedagógico que la religión puede desempeñar para aumentar la funcionalidad del sistema.

Bacon

Ciento diez años después de que apareciese *Utopía,* Francis Bacon publica su *Nueva Atlántida,* la isla de los sabios, en la cual el triunfo del mundo racionalista y cientificista encuentra una expresión que no carece de connotaciones proféticas[5]. No nos detendremos en descripciones detalladas porque, aparte de la Casa de Salomón, en la cual se lleva a cabo la investigación científica con la finalidad de su aplicación al «bien de la Humanidad», el modelo de la sociedad descrita por Bacon no es más que una variante del mismo tema.

En la isla de Bensalem, que así es como los habitantes de la Nueva Atlántida denominan a su tierra, se profesa un cristianismo hebraizante. La conversión de los bensalemitas se produjo milagrosamente, a través de un ejemplar de la Biblia llevado por mar por obra del propio apóstol Bartolomé.

Pero la religión no es otra cosa que una ética general. Lo que a este pueblo le interesa total y verdaderamente es la ciencia. Aislados del resto del mundo, los sabios de Bensalem han anticipado todo lo anticipable: la radio, el teléfono, el submarino, el avión, el cine y muchas más cosas, incluso la manipulación genética de los animales. A intervalos regulares, pequeños grupos de bensalemitas van por el mundo, de incógnito, para ayudar a la Humanidad.

La obra de Bacon tiene características gnósticas y ha soltado la fantasía de innumerables autores de literatura fantástica: a intervalos regulares se ha querido ver en Bacon un rosacruz o uno de los «superiores desconocidos». De cualquier modo, su época conoció una auténtica explosión de optimismo sobre el futuro, tras la sombría opresión del siglo protestante. Y así, en uno de los característicos vaivenes extremos de la Historia, a la *sola fides* o la *sola ratio.*

Como señalaba De Maistre, lo contrario de un desequilibrio sería el equilibrio y no el desequilibrio opuesto. Pero el hecho es que, sometido a violentas solicitaciones, el orden ha perdido su fulcro y desde entonces vaga sin meta.

Campanella

El nexo de unión entre las utopías radicales de las sectas heréticas y las obras fantásticas está constituido por la *Ciudad del Sol* Tommaso Campanella. Este inquieto dominico pasó en prisión la mayor parte de su vida, implicado siempre en conjuras tendentes a aplicar sus ideas socio-políticas.

La leyenda lo presenta como víctima de la intolerancia de la Iglesia. En realidad Campanella salvó su vida gracias al papa Urbano VIII, quien rehusó extraditarlo a España y lo ayudó a escapar de las autoridades españolas que lo buscaban para acabar con él y sus conspiraciones de una vez por todas.

Fue precisamente en la cárcel donde vio la luz, en 1602, Civitas solis, idea Reipublicae Platonicae[6].

Se trata de un diálogo entre un gran Maestre de los Hospitalarios y un piloto genovés. Este último describe una isla que ha visitado, situada en el lejano Océano. En el centro de la isla se alza un templo de forma circular, coronado por una cúpula y sostenido sólo por columnas. Un edificio de estas características, es decir, cerrado hacia lo alto y abierto a lo circunstante haría pensar fácilmente en una religión panteísta. Y, en efecto, Campanella lo hace sospechar:

«Sobre el altar se ve únicamente un globo grande en el que está dibujado todo el cielo, y otro que representa la tierra. Además, en el techo de la bóveda principal están pintadas y designadas con sus nombres todas las estrellas celestes... Tres versículos explican la influencia que cada una de ellas ejerce en los sucesos de la tierra... Siete lámparas de oro, designadas con el nombre de los siete planetas, permanecen constantemente encendidas».

La forma de gobierno es ideológico-tecnocrática. En la cúspide está el Metafísico, que es el que conoce mejor que nadie todo lo cognoscible tanto en lo humanístico como en lo científico. Permanece en el cargo hasta que no aparece otro más dotado que él. Es el guardián de la ortodoxia, y en el gobierno le ayudan cuatro personas. Todos ellos «proceden de acuerdo con el Metafísico, sin el cual nada se hace. Todos los asuntos de la República están encomendados a los cuatro, quienes obran de consuno, pues el deseo del Metafísico es secundado por los demás».

Esta especie de «comité central» está formado por los ministros del Poder, de la Sabiduría y del Amor. Hay que señalar que los triunviros tienen las mismas funciones que las que se establecen en los ministerios de la Eurasia en *1984 de Orwell*[17].

«El Amor tiene a su cargo todo lo concerniente a la procreación, a fin de que hombres y mujeres se unan entre sí en condiciones tales que engendren una excelente prole. Se mofan de nosotros porque, preocupándonos afanosamente de la cría de perros y caballos descuidamos por completo la procreación humana».

Por su parte, el ministro de la Sabiduría es una enciclopedia *ante litteram:* «Hizo adornar las paredes exteriores e interiores, inferiores y superiores, con pinturas que... representan todas las ciencias. En los muros exteriores y en las cortinas, que se bajan cuando el sacerdote habla, a fin de que su voz no se pierda, están todas las estrellas. Sus virtudes, magnitudes y movimientos aparecen expresados en tres versículos.

En la parte interna del muro del primer círculo se hallan representadas todas las figuras matemáticas. (...) En la parte externa se encuentra en primer término una descripción, íntegra y detallada, de toda la tierra seguida de las pinturas correspondientes a cada provincia con los ritos, leyes, costumbres y orígenes de sus habitantes. Encima se ven los alfabetos de todas las provincias (...). En el segundo círculo están pintadas todas las clases de piedras preciosas y vulgares, de minerales y de metales (...). Fuera están dibujados todos los mares, ríos, lagos y fuentes que hay en el mundo, así como los vinos, aceites y todos los licores, con indicación de su procedencia, cualidades y propiedades. Sobre las arcadas se encuentran ánforas llenas de diversos licores, que datan de cien o de trescientos años y que se usan como remedio de casi todas las enfermedades».

Y después las hierbas, los peces, los pájaros, los caballos y todos los demás animales, las artes con sus inventores, así como las leyes y las disciplinas mecánicas.

Después, el lugar de todas las religiones, representadas por los nombres de los que denominan legisladores: «Moisés, Osiris, Júpiter, Mercurio, Licurgo... Mahoma, a quien consideran como legislador falaz y vil». En lugar prominente está «la imagen de Jesucristo y de los doce Apóstoles, a los que consideran dignos de toda veneración, estimándolos superiores a los hombres»... «César, Alejandro, Pirrón, Aníbal y otros héroes, principalmente romanos».

Resulta de todo ello un auténtico bombardeo de imágenes. El hecho es que Campanella anticipa los modernos métodos pedagógicos:

«Hay maestros dedicados a explicar las pinturas, los cuales acostumbran a los niños a aprender todas las ciencias sin esfuerzo y como jugando. El método empleado por ellos es el histórico hasta que los niños llegan a la edad de diez años.» Todo es común en esta utopía, y a que «toda la propiedad nace y se fomenta por el hecho de que cada uno posee a títu-

lo exclusivo casa, hijos y mujeres. De aquí surge el amor propio...».

En este punto, el Hospitalario plantea una cuestión maliciosa:

«Si esto es así, nadie querrá trabajar, pues, como ya hizo notar Aristóteles en contra de Platón, cada cual esperará que los demás trabajen y que les procuren el sustento.»

A lo que el Piloto responde: «Yo nunca advertí que eso pudiera originar discusión alguna entre ellos. Antes bien, te aseguro que es casi increíble su amor a la patria. En esto aventajan a los romanos que voluntariamente ofrecieron su vida en holocausto de su patria cuando mayor dejación hicieron de la propiedad». Y más adelante se manifiesta en varias ocasiones en contra de la opinión de Aristóteles al respecto.

De cualquier modo, el problema planteado por el Hospitalario, más allá de lo que dice el Piloto, se resuelve en la Ciudad del Sol del modo acostumbrado en las utopías, es decir, con el trabajo obligatorio. Ahora bien, nadie nacido en la Ciudad es esclavo; los esclavos se compran en el extranjero o proceden de las tropas enemigas vencidas en la batalla. Los ciudadanos trabajan únicamente cuatro horas al día; el resto del tiempo está dedicado al adoctrinamiento obligatorio basado en las representaciones pictóricas de las que se ha hablado.

La vida está regulada minuto a minuto, incluso el reposo. Los trajes son todos iguales y rigurosamente normalizados y toda modificación de ellos conlleva un castigo. Incluso las uniones sexuales están sometidas a un rígido control con vistas al mejoramiento de la raza. Se permite la unión sexual, por «desahogo», con mujeres estériles, pero siempre bajo vigilancia. Los niños son entregados al cuidado del Estado, apenas nacidos. No existen lazos de parentesco.

El sistema penal sigue literalmente al Antiguo Testamento: ojo por ojo y diente por diente. Las penas son administradas colectivamente por la comunidad. Puede suceder que

se persuada al reo de su culpabilidad: «... Se afanan por convencer al acusado para que por sí mismo acepte y quiera la sentencia capital.» Y no es difícil encontrar en este punto semejanza con las conocidas «autocríticas» marxistas, las «confesiones» o los «arrepentimientos» de los regímenes stalinianos y, una vez más, el final de *1984* de Orwell.

Por último, los ciudadanos del Sol incineran a los muertos, por razones «higiénicas».

Tras este breve *excursus* a través de la obra de Campanella, lo que sigue siendo un misterio es cómo la Inquisición no procedió contra él en vez de tenerle tantas consideraciones. De hecho Campanella escapó de la cárcel por su condición de fraile y por lo tanto, sujeto a la jurisdicción eclesiástica. Y lo más desconcertante es que todo esto estaba permitido en plena Contrarreforma. Campanella pudo emigrar al extranjero, donde imprimió todas sus obras, sosteniendo, por ejemplo, que «el mundo era un animal grande y nosotros estamos dentro de él, como los gusanos en nuestro cuerpo». Y no sólo esto, sino que toda la teoría de Campanella se basa sobre el argumento típico de todas las herejías: el supuesto comunismo apostólico de los primeros siglos del cristianismo.

Curiosamente, Campanella situaba como interlocutor a un personaje que era el sentido común hecho persona, y argumentaba contra él. Y así, el Hospitalario, tras haber oído el relato del Piloto, concluía de este modo:

«Si estos, que siguen solamente la ley de la naturaleza, están tan próximos al cristianismo –que no añade nada a la ley natural sino los sacramentos–, yo saco la conclusión de que la verdadera ley es la cristiana y que, quitados los abusos, será la señora del mundo.»

Notas

1 La secta herética de los Nicolaitas (propiedad y mujeres en común) es, justamente, del siglo I.

2 I. CHAFAREVICH, op. cit., pág. 109. Cfr. también Corra de Oliveira, **Rivoluzione e controrivoluzione, «Cristianità»** Piacenza, 1977. 3 Por citar solo un ejemplo,

señalaremos que las obras de Erasmo no sólo estaban permitidas, sino que servían de texto en La Sorbona, que en aquel tiempo representabala custodia de la ortodoxia católica. El propio san Ignacio no las prohibió a los suyos, si bien manifestó claramente su desaprobación. Cfr. E. Bartolini, Ignazio di Loyola, Rusconi, Milán, 1986.

3 Tommaso Campanella escribió sus obras en las celdas de la Inquisición, y desde allí tomó partido en favor de Galileo y sus tesis. Para lo referente a Galileo, cfr. // caso Galileo, de JEAN-PIERRE LONGCHAMP, Edizioni San Paolo, Milán, 1990.

4 Incluso en la obra de Beccaria se pueden encontrar interrogantes acerca de la licitud de la propiedad privada. Beccaria era uno de aquellos filántropos de la Ilustración que aman a la Humanidad con mayúscula, pero desprecian profundamente a las personas concretas, a la humanidad con minúscula. De hecho, no dudaba en enviar a la muerte a los ladrones cuando era él el perjudicado. A este propósito cfr. ANTONIO SOCCI, Grandi cervelli leggete e arrossite, «Il Sabato» n.° 41, 4 octubre 1989.

5 DARÍO PACCINO escribe en L'imbroglio ecológico, Einaudi, Turín, 1972: «La más sugestiva ideología científica -sobre el terreno preparado por Galileo y Descartes- se manifiesta en Francis Bacon, tan gran manipulador de mitos que logró incluso crear el suyo propio, el mito de un gran científico, cuando en realidad, y no era poco, realmente era un profeta» (pág. 70).

Y KARL POPPER insiste en el tema: «No solamente en el sentido de que propagó la idea de una ciencia experimental sino en el sentido de que previo e inspiró la Revolución industrial». Con Bacon, «la nueva religión de la ciencia trajo la promesa de un paraíso en la tierra». (Scienza e filosofía, Einaudi Turín, 1969. De hecho, la fórmula «saber es poder» se debe a Bacon.

6 Las cárceles de la Inquisición, contrariamente a lo que se suele creer, eran un lugar muy llevadero si a un prisionero herético se le proporcionaba papel y pluma - y libros, seguramente- para continuar desde allí dentro propagando sus ideas. Según el historiador Luigi Firpo, de cuyo laicismo no se puede dudar, el tratamiento dado a los prisioneros no tenía nada que envidiar al del Hilton: cambio de sábanas dos veces por semana; cardenales que semanalmente recogían las quejas de los prisioneros; cerveza para quien la prefería al vino; curas termales para los artríticos, etc. Cfr. la entrevista a Luigi Firpo de VITTORIO MESSORI en Inchiesta sul Cristianesimo, Sei, Turín, 1987.

7 El protagonista de 1984, Winston Smith estaba empleado en el Ministerio de la Verdad, y tenía a su cargo borrar de los libros y los periódicos todos los rastros de quienes habían caído en desgracia y habían sido eliminados.

Capítulo 25

Verde nazismo mágico

«Quien quiera matar a su enemigo piense bien si con ello no lo hace eterno dentro de sí».

FRIEDRICH NIETZSCHE

«Si conseguimos producir nuestra obra de arte –el Mago Materialista, el hombre que no utilice, sino que verdaderamente adore lo que vagamente llama "fuerzas" mientras niega la existencia de los "espíritus"–, entonces estaremos cerca de conseguir el fin de la guerra».

Carta del diablo Berlicche a su pariente Malacoda.

C. S. LEWIS

Discreto encanto

A años del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, no sé si es aceptable seguir hablando de nazismo, al menos como se ha venido hablando hasta ahora.

Toneladas y toneladas de papel impreso, biografías, diarios auténticos y falsos, revelaciones y contrarrevelaciones, películas (incluidas las porno-sado-maso), fascículos semanales, piezas teatrales han tratado profusamente el tema y todo ello con un único propósito: demonizar.

Entendámonos: el nazismo fue una realidad terrorífica, pero el demonio, por feo que sea, tiene siempre una indiscutible fascinación y la experiencia enseña que a fuerza de ha-

blar mal de alguien se puede conseguir el efecto opuesto, esto es, suscitar primero la curiosidad y después el interés. Es como decir a los niños que no toquen el enchufe eléctrico y después advertir que, mal que nos pese, todas nuestras recomendaciones en contra no han hecho otra cosa que animarlo a que meta allí los dedos. El mejor sistema es el de decirle claramente de qué se trata (y después, poner un seguro).

A la vista está cómo ciertos movimientos juveniles espontáneos *(punks, skin heads)* usan símbolos nazis para manifestar su voluntad de estar «contra», y esto para no hablar del neonazismo alemán, que está alcanzando niveles preocupantes de consenso.

En la película *The Wall* de Pink Floyd se describe crudamente, visto «desde dentro», de qué manera en muchos jóvenes inadaptados puede nacer una voluntad destructiva contra él «sistema», entendido como la única fuente de toda insatisfacción; el modo más consecuente de actuar contra él sería unirse a la causa del que ha sido el peor de sus enemigos declarados.

De este tipo de aversión al «sistema» a la simpatía por el nazismo no hay más que un paso, incluso porque lo que con frecuencia atrae más del nazismo son las rápidas soluciones «higiénicas» y el simplicismo maniqueo. Ha de señalarse que la explicación es la misma para los estrechos lazos existentes entre el *rock* «duro» y el satanismo.

El libro de Galli

Un libro relativamente reciente, y muy interesante, *Hitler e il nazismo mágico* (Rizzoli, Milán, 1989), del que es autor Giorgio Galli, podría ser considerado incluso a la luz de lo que acabamos de decir, dando por sentado, sin embargo, que el autor trata el asunto con la serenidad del estudioso, evitando dejarse llevar por declaraciones de fe política y declaraciones de principio que no tienen cabida en una obra histórica rigurosa.

Empero, y como hace notar el escritor de derechas Marco Tarchi, en un debate con el autor que tuvo lugar en la Aca-

demia Nacional del Húsar, en Pisa, poco después de la publicación de la obra referida, la tesis de fondo del libro, es decir, que todo el nazismo hay que entenderlo en clave esotérica porque ésta era la intención de sus fundadores y de sus dirigentes más elevados, puede provocar en muchos jóvenes cercanos a cierta derecha, por un fenómeno de rechazo a la situación político-social, una simpatía por el nazismo tanto más dañosa cuanto que estaría fundada, entre otras causas, en sentimientos irracionales.

Galli, desde su punto de vista, replicó en aquella ocasión que el historiador «laico» no escribiría nada si hubiese de preocuparse por las consecuencias que sus investigaciones podrían tener sobre algunas minorías exaltadas.

El número siete

Pero ¿realmente es verdad que el nazismo fue «mágico»? Que Hitler y los suyos consultaban a los astrólogos es cosa más que sabida, así como que algunos peces gordos del nazismo se consideraban la reencarnación de grandes personajes del pasado. La esvástica tibetana, la misma obsesión por lo ario estaban sin duda alguna en esta línea.

Alguno de ellos, y concretamente Rosemberg, un nazi de la primera hora, había propugnado la fundación de una Orden nacional socialista, tras la victoria final, con Hitler como Gran Maestre y las SS como caballeros. La idea fue lanzada concretamente en Marienburg, la antigua sede de los caballeros teutónicos, y dio origen al decreto de 15 de septiembre de 1935 que dividía a los alemanes en dos clases: los Reichbürger y los Bürger a secas. Sólo los primeros tenían derechos políticos.

En este orden de cosas, podemos añadir aquí algo que pasó inadvertido a Galli: la obsesión del Führer por el número siete, «mágico» por excelencia. Hitler, cuando luchaba como cabo en la primera guerra mundial fue herido el 7 de octubre de 1916 y fue hospitalizado en Beelitz, no lejos de

Berlín. Aquí tuvo ocasión de ver la actividad de los emboscados y conocer las huelgas en las fábricas de municiones, organizadas por las quintas columnas que trabajaban para el adversario.

Según sus propias palabras, fue entonces cuando tomó cuerpo su vocación política. Añádase a esto que su capitán, Rohm, que fue después uno de los altos jefes de las SS, eliminado, por cierto, en la famosa noche de los «cuchillos largos», sin duda alguna obedeciendo a órdenes superiores, le había confiado una misión concreta: la de infiltrarse en la nueva asociación política de la que tanto se hablaba en Munich.

Se trataba de un pequeño grupo fundado precisamente el 7 de marzo de 1918 por el herrero Drexler y se llamaba «Comité independiente de trabajadores a favor de una paz honesta». Perdida la guerra, cambiaría ese nombre por el de Partido Obrero Alemán -y más tarde nacional-socialista-. El cabo Hitler consiguió lo que le había ordenado Rohm y le informó sobre el grupo: no hay que tener miedo, son pacifistas, pero anticomunistas.

Mas aquí comienzan los misterios. A Hitler le dan el carnet número siete. Pero si la asociación tenía la importancia que le suponía Rohm, ¿cómo estaba «disponible» la tarjeta número siete? Y si, por el contrario, se trataba únicamente de una asociación de sólo seis personas en la cual Hitler ocupaba el séptimo lugar, ¿por qué el partido se había hecho notar tanto como para que estuviese justificada una misión tan reservada como la que se encargó a Hitler?

Investigar en este sentido nos llevaría muy lejos, seguramente y por supuesto, en una dirección que sale de la finalidad de este trabajo. Aquí nos basta con destacar la predilección que, desde aquel momento, mostró Hitler por el número siete, y que le acompañó durante toda su vida. Baste pensar que casi todas sus campañas se iniciaron un día siete y precisamente al amanecer de un domingo[1].

¿Mágico?

De cualquier modo, la incidencia del esoterismo y del ocultismo en el tercer Reich está siendo reconsiderada. Y a se han señalado los estrechos lazos que relacionan racionalismo y ocultismo, neopaganismo y esoterismo. El ambiente alemán antes de la llegada de Hitler ya estaba muy saturado de todo esto. Incluso hoy asistimos a un inquietante renacimiento, incluso en pleno pluralismo ideológico.

Todas las grandes empresas de la época –Siemens, AEG, IG. Farben, Vereinigte Stahlwerke, Krupp, Schering– tenían secciones de grafología y psicometría, y el mismo Hitler tuvo la astrología en alta estima mientras que obtuvo de ella predicciones favorables. Sin embargo, cuando a principio de 1941 los pronósticos ya no fueron de su agrado, comenzó a alejarse de los magos. En fin, eclipsado Hess, se pasó abiertamente de la frialdad a la persecución.

La verdad es que Hitler odiaba la ciencia académica y no lo ocultaba, pero el motivo hay que buscarlo en que no poseía ningún título académico. De aquí su buena disposición e interés por todo aquello que era «alternativo». Los que sacaron provecho de esta situación, en consecuencia, no eran realmente personajes expertos y correctos, sino más bien los charlatanes y aduladores. Los centros en los que se estudiaban seriamente las ciencias abstractas eran escasos en Alemania y todos ellos acabaron en la lista de las proscripciones.

Los «Heilpraktiker»

Así, y en consonancia con los gustos del Führer, bien pronto pulularon por toda Alemania personas que ejercían la medicina «alternativa». Junto con el sexo, fue la única cosa verdaderamente libre en el Reich. Cualquier persona, de raza aria y mayor de 21 años podía colocar en la puerta de su casa el cartel de *Heilpraktiker* (experto en curaciones); la actividad fue regulada

por un decreto del 12 de octubre de 1935 y se excluían únicamente las enfermedades venéreas y las vacunaciones.

Hitler, como es sabido, era naturista –aunque nadie lo vio nunca en mangas de camisa ni en traje de baño–, con las notas de vegetarianismo, aversión al alcohol y al tabaco, su afecto morboso por los animales y su odio visceral por la medicina universitaria.

En 1934 se inauguró en Dresde un hospital naturista, bajo los auspicios de Rudolf Hess, delfín de Hitler y también aficionadísimo a estas cosas. El centro estaba destinado a estudiar todos los métodos terapéuticos alternativos, como la hidroterapia, el vegetarianismo, la talasoterapia, la aeroterapia, el nudismo. Sus componentes no eran médicos, sino *Heilpraktiker* y desde aquel momento, estas «ciencias» tuvieron tal impulso que sus adeptos fundaron un sindicato profesional, el *Heilpraktiker Bund*.

Una de las acciones del sindicato fue la de pronunciarse contra las actividades que el decreto de 1935 había prohibido a los *Heilpraktiker*. El *gauleiter de* Franconia, Julius Streicher, editor del semanario porno-político *Der Stürmer* –que hacía propaganda del nudismo, y que era una de las pocas personas que se permitían hablar de tú a Hitler– inició una violenta campaña contra los sueros y las vacunas, llegando a decir que se trataba de invenciones judías para corromper la sangre alemana, y a que tanto Koch como Behring, aunque eran alemanes, estaban casados con hebreas.

Por su parte, el nudismo se difundió de tal manera que llegaron a existir auténticas ciudades de nudistas, con más de diez mil habitantes, como la de Kladow, cerca de Berlín. El nudismo se favoreció en todas las ocasiones posibles; y no eran pocos los casos en que incluso las recepciones oficiales concluían con un *strip* colectivo como homenaje a las nuevas tendencias[2].

El nudismo, como culto al cuerpo y a la naturaleza, además de tener una clara ascendencia paganizante, se halla estrechamente ligado al racionalismo. Se encuentran manifesta-

ciones del nudismo durante la Revolución francesa[3] y en la soviética. Efectivamente, en los primeros años del golpe de Estado bolchevique podía verse en los principales parques de las principales ciudades rusas hombres y mujeres tomando tranquilamente el sol completamente desnudos. El hecho es que el fenómeno llegó a tales excesos que las autoridades se vieron en la necesidad de prohibirlo.

Y también, en relación con la Unión Soviética, hay que decir que el régimen comunista no tenía nada que envidiar al hitleriano en materia de ciencias «alternativas». De hecho, el Partido empleaba sumas colosales en investigaciones parapsicologías, a las que se dedicaban cerca de veinte institutos diseminados por todo el país[4].

Hitler y la mujer

Lo único que faltaba a Hitler para ser un ecologista radical *ante litteram* era el feminismo. Alentaba el amor libre, es verdad; los hijos nacidos fuera del matrimonio tenían los mismos derechos que los legales; a la vez se fue creando un clima tendente a desmantelar la familia, de tal manera que constituyendo la familia precisamente uno de los escollos más difíciles de salvar para el Estado totalitario, no se ocultaba el favor de los gobernantes hacia los nacimientos ilegítimos, puesto que estos niños pertenecían más bien al Estado que a un núcleo familiar constituido como tal. Y esto hasta tal punto que se llegó incluso a ordenar que se hicieran perforaciones invisibles en los preservativos para que el Reich pudiese tener más hijos.

Pero lo que Hitler pensaba realmente de las mujeres quedó bien claro en el discurso pronunciado ante el congreso de Núremberg, el año 1937, ante 20.000 representantes del bello sexo: «¿Qué es lo que os he dado a vosotras? ¿Qué es lo que os ha dado el nacionalsocialismo? ¡Al hombre!»[5].

La verdad es geopolítica

En cualquier caso, la investigación acerca de los aspectos ocultos de la personalidad de Hitler nos lleva a afirmamos en la tesis de su locura, pero no contribuye a explicar un fenómeno mucho más evidente, que tiene su fundamento en la geopolítica, una ciencia descuidada en épocas fuertemente politizadas como la nuestra, pero que no ha cesado jamás de señalar directrices de política exterior –y como consecuencia, también de política interna– corno se ha señalado en no pocas ocasiones por estudiosos que no se han dejado llevar por los intereses de partido o por la moda.

Entre los institutos-laboratorios del tercer Reich ocupaba un puesto importantísimo el Instituto de Geopolítica, dirigido por el profesor Karl Haushofer y que tenía su sede en Munich. En sus ficheros figuraba el mundo entero y los datos reseñados eran innumerables: instituciones, empresas, individuos, especialmente los que destacaban por cualquier causa, con todos los elementos definitorios imaginables, físicos y psíquicos, sus supuestas ambiciones y hasta las taras morales y familiares.

¿Por qué era tan importante la geopolítica para el nazismo? Porque Hitler quería repartirse el mundo con Inglaterra, su hermana «aria», Para los ingleses los mares, para Alemania, la tierra. Esta es, al menos, la tesis que sostiene Galli en su libro, si bien con dos variantes: una es que este propósito de Hitler tenía origen en sus fijaciones «mágicas»; la otra, que precisamente por este motivo es por lo que, mientras pudo, trató de evitar el encuentro con Inglaterra.

Ahora bien, la segunda hipótesis viene avalada por un hecho concreto. Tras el encuentro con Chamberlain en Munich el 15 de septiembre de 1938, y en Godesberg el 22 del mismo mes, el Führer envió una nota, escrita de su puño y letra y firmada, al Oberkommando des Heeres (Mando Supremo de los Ejércitos). La nota decía así: «Quiero declarar la gue-

rra a Inglaterra. Procedan a prepararla. Dispóngase lo necesario sin pérdida de tiempo. Debemos estar preparados de aquí a un año. Adolf Hitler»[6]. Evidentemente, Hitler se había dado cuenta de que la paciencia de los ingleses empezaba a agotarse y que si no habían declarado la guerra, era porque no estaban preparados. Había que precipitar los acontecimientos antes de que Inglaterra pudiese impedir la realización de los planes germanos en Oriente. De hecho, el verdadero objetivo de Hitler era Rusia y sus grandes recursos, que, por cierto, en la mente de los alemanes de la época eran casi legendarios. Esta era la idea fija del Führer: o sojuzgaba a Rusia, o Rusia se apoderaría de Alemania. Y esto, en fin, por ineluctables imperativos geopolíticos, simplemente.

Stalin era de la misma opinión. El general Krivisky, jefe del contra espionaje militar soviético en Europa occidental hasta 1939, escribía: «La política internacional de Stalin durante estos últimos seis años no ha sido otra que la de llevar a cabo una serie de maniobras destinadas a colocarlo en posiciones favorables a la hora de tratar con Hitler. Cuando se adhirió a la Sociedad de Naciones, cuando propuso el sistema de seguridad colectiva, cuando buscó la amistad con Francia e hizo la corte a Inglaterra, cuando flirteó con Polonia y cuando intervino en España, calculó todos sus movimientos, en todos los casos, con la mirada puesta en Berlín[7]».

Cuando Hitler comprendió que Inglaterra podía obstaculizar realmente sus planes, se puso inmediatamente en movimiento. No intentaba destruirla, sino únicamente derrotarla. Y si no la invadió fue porque sus hombres lo disuadieron: el almirante Raeder consiguió que abandonase la idea de una operación naval -lo que, por cierto, no le resultó muy difícil, ya que Hitler se sentía mal sólo con pisar un barco- apoyado por Von Ribbentrop, ministro de Exteriores y experto en cuestiones inglesas. Por otra parte, Goering apoyaba las tesis de sus compañeros, asegurando que con los bombardeos aéreos se obtendría el mismo efecto.

Añádase a todo esto la opinión, bastante difundida, de la invencibilidad de Inglaterra en el mar, un complejo de inferioridad al que no eran ajenas las marinas de otros países europeos. Pero si ahondamos en este tema, corremos el riesgo de alejarnos demasiado de nuestro propósito.

Los católicos y el nazismo

Al neopaganismo nazi no podían dejar de oponerse los católicos, que prácticamente constituyeron -incluso por su referencia transnacional- el único movimiento de oposición al nazismo desde su comienzo.

El concordato de 20 de junio de 1933 no fue, ni mucho menos, una entrega al régimen por parte del Vaticano, lo que hoy está absolutamente aceptado, sino un asidero para asegurar la libertad religiosa en Alemania, ya que el nazismo no ocultaba sus ideas acerca de la materia.

Bien pronto se inició la violación de los acuerdos. En el verano de 1935 comenzó la campaña anticatólica. Se descubría, gracias a las «revelaciones» de un miembro de las juventudes hitlerianas, que los religiosos de un convento se dedicaban a corromper a los jóvenes de la escuela que regentaban. Inmediatamente se sucedieron otras «revelaciones» del mismo orden relativas a los conventos de Fulda, Padeborn, Münster, a las que siguieron arrestos y procesos clamorosos favorecidos por la prensa del régimen, que avivaba el fuego. Se cerraron las escuelas católicas, se suspendieron las publicaciones religiosas, se disolvieron las organizaciones confesionales y el Estado se incautó de los bienes de éstas. Clausurados los conventos, con no pocas brutalidades por parte de las SS, los edificios religiosos se convirtieron en locales del partido y en cervecerías. Pronto la persecución se extendió a los países ocupados por el tercer Reich; casi todo el clero polaco acabó en Dachau[8].

Por lo demás, las líneas generales del proceso son bien conocidas y repetidas en los totalitarismos. La Hitlerjugend organizaba las actividades dominicales de modo que los muchachos no pudiesen asistir a los oficios religiosos, y lo mismo acontecía en el Ejército y en la administración pública. Quien se atrevía a reclamar ya sabía las consecuencias: se encontraba limpiando letrinas todos los domingos o sufría toda suerte de vejaciones.

La encíclica *Mit brennender Sorge,* de 1937, hizo saber al mundo lo que era verdaderamente el nazismo. Lo demás es bien conocido.

Naziecologismo y nazipluralismo

Las manías ecologistas del nazismo se han vuelto a poner de moda. Naturalmente ahora no son negras, sino verdes, rojo-verdes, blanco-rojas. Uno a uno todos ceden, como los rinocerontes de Ionesco, ante el nuevo credo del año dos mil que reclama a grandes voces muchas de aquellas «libertades» (aborto eugenésico, eutanasia) por las que el nazismo era condenado por la Historia. La medicina «alternativa», las prácticas pran-talaso-homoterapéuticas, la alimentación «natural», el nudismo, el sexo vivido y utilizado como tonificante psicofísico, el interés morboso por los mamíferos o los volátiles –y no, en cambio, por los insectos o los animales «sucios»–, el interés por las prácticas y creencias orientales u orientalizantes, el retorno del ocultismo y del esoterismo, para no hablar del espiritismo y del satanismo como fenómenos de «masas», aparecen ante nuestros ojos después de haberlos visto campear a sus anchas en el nacionalsocialismo. Entonces era «nazismo»; ahora «pluralismo».

Este término, «pluralismo», ha caído en la misma confusión semántica a la que han sido llevados otros como «democracia» y «liberalismo». Los tres se han convertido en sinónimos y han acabado por significar, en realidad, que cada uno

puede hacer aquello que le parezca. Sin embargo, no deja de ser curioso que en un mundo en el que cada uno es libre de hacer lo que quiere todos acaben haciendo lo mismo. Naturalmente, quien no se adapta al conformismo imperante -e incluso quien no demuestra entusiasmo suficiente- es acusado de ser enemigo de la libertad y marginado con la típica intolerancia de los totalitarismos.

Y esto nos lleva directamente al tema precedente, es decir, a que del nazismo se han «demonizado» sobre todo los aspectos folclóricos, como las divisas y las afiliaciones obligatorias. Se lamenta profundamente el exterminio de aquellas minorías que poseen una organización suficiente para recordarlo una y otra vez, en tanto que, por ejemplo, los gitanos acabaron también en las cámaras de gas, pero casi nadie lo recuerda. Pero el totalitarismo y la intolerancia vuelven de nuevo con sus típicas connotaciones –incluso de manera fraudulenta– sirviéndose del caos ideológico, al que se oponen solamente en la apariencia.

Más allá de los esfuerzos de quienes intentan conciliar lo inconciliable, los más alejados del modo de vida del paganismo contemporáneo son los cristianos. Precisamente hablando de los cristianos en el mundo contemporáneo, Elliot decía que posiblemente es más intolerable ser «tolerados» que perseguidos. En efecto, hoy son muchas las causas de división entre los cristianos y los demás (y obviamente no nos estamos refiriendo a los bautizados, sino a quienes toman en serio su fe). Cada vez más el cristiano se ve obligado a callar en su lugar de trabajo o en muchos otros sitios para no enfrentarse continuamente con las ideas de moda. Los más no pueden mantener por mucho tiempo una situación de conflictividad, que resulta algo cotidiano y que se resuelve en marginación, por lo cual acaban por aceptar o tolerar los «valores comunes», con lo que su espacio propio se hace cada vez más restringido. Cuando el cristiano se encuentra, por ejemplo, en un almuerzo en el que junto a él se hallan dos naturistas, tres seguidores de Sai Baba, un

«verde», un vegetariano, dos feministas y un *punk,* la conversación acaba, para que haya paz, convirtiéndose en aburrida y superficial. Es natural: lo que divide a los reunidos es tan amplio que limita a extremos absolutamente cómicos aquello en lo que se pueda estar de acuerdo.

Este es el resultado de lo que se entiende hoy por «pluralismo», que no es social, lo que sería estupendo, sino ideológico. En aquellas viejas «batallas» de finales de los sesenta había un terreno común de encuentro, la política. Hoy, el reino de la opinión alcanza instancias tan vastas y globales que el único terreno común acaba por ser el de los eslóganes que lanzan una y otra vez los *mass media* y quienes los controlan. Este pluralismo de hoy no se limita a dividir, sino que atomiza, desarmando completamente al individuo y a los niveles del pensamiento, en la confrontación con el Gran Hermano.

Ni siquiera el clero sale indemne de este fenómeno. La Congregación para la Doctrina de la Fe ha puesto en guardia acerca de la práctica del yoga y teorías y técnicas similares aplicadas a la oración cristiana. Massimo Introvigne, el mayor experto italiano en materia de cultos alternativos, ha demostrado que tales prácticas no son neutras, sino que llevan en sí creencias contrarias al cristianismo, como la de la reencarnación. Y no sólo esto, sino que los *mantra* secretos que el adepto debe repetir con frecuencia no son vibraciones inocuas, sino concretas invocaciones a la Trimurti. Incluso la técnica de respiración yoga y el tantrismo están sujetos a las mismas críticas.

Generalmente, cuando la Iglesia decide tomar una abierta postura respecto a determinados fenómenos, es porque han alcanzado niveles preocupantes. Sin embargo, es difícil que unos hábitos adquiridos puedan abandonarse fácilmente.

Ecologismo radical, pacifismo (recordemos, sin ir más lejos, que el partido de Hitler se fundó como un movimiento pacifista), animalismo, naturismo, esoterismo, ocultismo y todas sus incontables variantes. Todas ellas no son sino variantes de la antigua gnosis, eso sí, adaptadas al tiempo. Y el

nazismo y el comunismo no han sido sino versiones políticas. En el siglo veinte, el cristianismo se ha medido y continúa midiéndose con sus enemigos de siempre.

Notas

1 Cfr. M. PENELLA DE SILVA, // numero sette. Superstizione di Hitler, Mondadori, Milán, 1946.
2 Ibtd., pág. 156. El autor, que en aquella época era corresponsal de prensa en Berlín, da testimonio directo de ello recordando los banquetes que ofrecía el Ministerio de Asuntos Exteriores a la prensa internacional en el club de la Fasanenstrasse.
3 Recuérdense los «bailes angélicos», relatados por F. M. AAGNOLI en Gli insorgenti (Reverdito, Trento, 1988) en los cuales hombres y mujeres, desnudos, bailaban públicamente con preferencia ante las iglesias o incluso en su interior.
4 R. WURMBRAND, L'altra faccia di Cario Marx, EUN, Várese, 1986, pág. 77. El cardenal Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, hablando a propósito de los teólogos llamados «del disenso», hubo de decir: «Si religión y razón no aciertan a encontrarse en la relación justa, entonces la vida espiritual del hombre se disgrega, de una parte en un racionalismo plano y de la otra en un oscuro irracionalismo ». Si a esto añadimos el ecologismo radical, tenemos el perfecto retrato del hombre moderno. Quizá el típico representante de esta «mutación antropológica» fue sir Arthur Conan Doyle, ex católico y creador del racionalísimo Sherlock Holmes (quien, y esto es otra coincidencia singularmente «moderna», se drogaba). Como es bien sabido, Conan Doyle fue un ardiente propagandista del espiritismo y de la existencia de las hechiceras. Menos conocido es su aspecto ecologista, que, sin embargo, estuvo muy presente en él. De hecho, en 1927 escribió un relato, When the world screamed (Cuando el mundo gritó) cuyo protagonista, el profesor Challenger, taladrando la corteza terrestre, llegó a la conclusión de que la tierra es un colosal ser viviente en el que la Humanidad vive como parásito.
Ocurre que esa idea del hombre parásito de la tierra es una idea (gnóstica) que ha tenido no pocos seguidores. Felipe de Edimburgo, esposo de la reina de Inglaterra y fundador del WWF, declaraba en 1988 a una agencia de noticias alemana, la DPA: «Si volviese a nacer, me gustaría ser un virus letal, para contribuir a resolver el problema del exceso de población». Y Fulco Pratesi, presidente del WWF italiano, escribía, en su Ecología doméstica, lo siguiente: «Las frecuentes noticias acerca de familias que han perecido por comer setas constituyen un buen aviso para quienes se dedican a recogerlas sin limitaciones». La obrita de Pratesi (subvencionada por la COOP) sugería entre otras cosas, utilizar la carne de los cadáveres para fabricar paquetitos de alimento para perros.
5 M. PENELLA DE SILVA, op. cit, pág. 123.
6 Ibíd.y págs. 218-219. Penella de Silva no ha visto el documento, pero tuvo noticia de él de labios de un oficial alemán que encontró la orden durante el traslado del archivo de Oberkommando desde la Kurfürstenstrasse a Muskau, en Silesia. El archivo probablemente cayó en manos de los soviéticos. No da el nombre del oficial en cuestión, pero sí información suficiente como para su identificación, en cuanto el oficial aludido acababa de ser liberado del campo de concentración de Braunweiler, en donde había ocupado la misma celda que Konrad Adenauer.
7 Ibíd., pág. 222.
8 Para este tema de la persecución de la Iglesia polaca, vid. Kazimierz Majdanski, Un obispo en los campos de exterminio, Rialp, Madrid, 1991.

Capítulo 26

El «homo ideologicus»

«El nihilismo está ya a nuestras espaldas.
Enfrente tenemos la nada».

SERGIO QUINZIO

El sesenta y ocho

Los «años del deseo y del plomo» –según la expresión de un ex terrorista– nos han dejado a todos sin aliento. La relativa calma de la que hemos gozado tras aquellos años «formidables» ha hecho que consideremos algo aceptable y normal el aumento de los índices de criminalidad y unos cambios sociales que treinta años antes nos hubiesen parecido aberrantes.

El llamado «sesenta y ocho» fue un a época convulsa en la que la utopía «total y repentina» salió a la calle y se convirtió en un fenómeno de masas, imprimiendo una aceleración espasmódica a nuestro modo de pensar, de vestir, de peinarnos. Era la primera generación de este siglo que no había sufrido una guerra. Y la primera en gozar de la televisión.

La pequeña pantalla llevaba a todas las casas –y a las horas, por así decirlo, más «indefensas»– los mitos de una sociedad que comenzaba a ser opulenta, el *hippismo* norteamericano, los Beatles, el pacifismo.

El aumento considerable de la población estudiantil, la emigración interna y el urbanismo, la motorización de las masas, el malestar debido a la irrupción del materialismo consiguiente, constituyeron la base fundamental de la rebelión[1].

El «rock»

Naturalmente, todas las causas señaladas derivan, a su vez, de otras, y la investigación acerca de ellas nos llevaría lejos, más allá de nuestro tema. Pero entre esas causas alguna de ellas merece ser mencionada: es la cultura rock, fenómeno no siempre estudiado en su carácter de preparación para las explosiones juveniles que siguieron a su aparición. Y es que no se tiene suficientemente en cuenta la importancia de los fenómenos histéricos de masas que, desde los años cincuenta, acompañaron los conciertos de Bill Haley y de Elvis Presley en América. Elvis Presley, el «rey de Memphis», llamado la *pelvis* por su manera provocadora de mover las caderas, influyó considerablemente en la revuelta juvenil contra el sofocante moralismo calvinista de Middle West. Y hay que preguntarse: ¿sin el existencialismo sartriano, sin los *teddy boys* y los *blousons noirs,* sin los Beatles y sus exasperadas extravagancias en los *mass media,* ¿habría existido un sesenta y ocho?[2]

En un brevísimo espacio de tiempo[3], aparecieron y se difundieron ideas que habrían hecho las delicias de un Morelly o de un Meslier. Los eslóganes del mayo francés, como «la imaginación al poder» o «sed realistas; pedid lo imposible», pretendieron carta de ciudadanía y no se podía tener veinte años sin creer en ellos.

Timothy Leary viajaba por América dando conferencias y seminarios sobre el uso del LSD; las motocicletas «chopper» hacían propaganda del mito del *gipsy,* el gitano desenraizado sin casa ni patria, sin otra obligación que la de vivir «intensamente»[4].

Desnudismo y relaciones sexuales sin limitación de ningún tipo, derecho a la homosexualidad porque «el amor no debe tener límites», abolición inmediata de la propiedad privada y de las obligaciones de cualquier tipo. Ni que decir tiene que todo esto estaría dirigido contra el cristianismo, la «religión del hombre blanco», fundamento primordial de la vieja moral y de las reglas de autodisciplina.

La comuna...

Mas la utopía consiste en la invención de nuevas fórmulas de convivencia: no se puede vivir «utópicamente» solos (¿es quizá por esto por lo que una de las formas más veneradas de vida cristiana ha sido la eremítica?). Es necesario agregarse a quienes participan de la misma idea, separados del resto del género humano en espera de poder expandirse al mundo entero.

Así nace la «comuna», lugar típicamente utópico en el que se vive con absoluta promiscuidad, con comunidad de mujeres y de bienes y con la educación colectiva de los niños[5]. Y como en las utopías del pasado, ésta no tarda en teñirse de *nouveau christianisme* injertándose en el «revivalismo» *hippy* americano que ve en Jesucristo (un Jesús «hijo de las flores») la *superstar* de la edad de Acuario.

¿Quién se acuerda y a de Christiania? Era la ciudad-comuna, ubicada en una ex base militar a dos kilómetros de Copenhague, que el Gobierno danés puso a la disposición de los *hippies* para que viviesen allí como quisieran. Pronto se convirtió en un infierno de desahuciados y prostitución, y en el que la inseguridad alcanzaba extremos dramáticos.

...y el colectivo

Pero más que «comunas», el sesenta y ocho se alimentó de «colectivos», verdaderas «ciudades del pensamiento» en las que, incesantemente, se elaboraba la ideología[6].

Lo siguiente está tomado de un documento feminista de 1975: «(...) En la moción se confirmaba la validez de la autoconsciencia como método de base para la elaboración de los contenidos puestos en acción por el movimiento feminista: se subrayaba cómo la autoconsciencia debía uniformar los momentos de la vida del colectivo –pequeños grupos, comisiones, reuniones generales– y convertirse en la praxis efectiva incluso en la intervención "externa"»[7].

El colectivo no era otra cosa que la puesta en práctica de nuevo, ahora en clave marxistizante, de las «sociedades del pensamiento» francesas del siglo XVIII: en ellas se formulaban esquemas ideológicos a los que la realidad externa debería adecuarse[8]. La creación de mitos en torno a Mao, al «Che» Guevara, a los vietcong, otorgaba a la utopía un mínimo de credibilidad y proporcionaba los eslóganes de los que se nutría un pensamiento preconfeccionado, en un reductivismo maniqueo que llenaba de infamias las palabras «fascismo», «imperialismo» y «reacción», situando a los «buenos», como doscientos años antes se había hecho con los «virtuosos», en las filas de la paz y la democracia[9].

Así se expresaba Norberto Bobbio en el *Espresso* del 18 de febrero de 1968: «La democracia tradicional no les interesa. No es el Parlamento lo que quieren, sino la Asamblea; y la Asamblea es Robespierre, el Terror».

Y otro «disociado», Marco Barbone, dirá: «El colectivo era el centro de todo... Era nuestro universo, el microcosmos, el horizonte de la existencia»[10].

El denominado salto cualitativo se operó cuando sobre un substrato confusamente libertario se insertó el marxismo-leninismo, sobre la estela del *¿Qué hacer?* de Lenin. Nace así el «revolucionario de profesión como *homo ideologicus,*o sea, como hombre de una sola dimensión, precisamente la dimensión ideológica»[11].

El vacío tras la inundación

Después todo esto ha pasado y el cambio ha adoptado la marcha lenta. Toda inundación deja siempre algún depósito; también el cambio de mentalidad dejado por el sesenta y ocho ha permanecido y ha generado raíces sólidas. El hedonismo y el deseo de seguridad, la confusa búsqueda de lo sagrado que se refugia en lo irracional, la violencia que a veces explota, pero que no sabe hacia dónde dirigirse y se manifiesta en las relaciones interpersonales o en el interior de los

estadios, ponen sobre todo de manifiesto la pérdida de los llamados valores tradicionales. La caída de las ideologías ha dejado el puesto al vacío.

El observador atento no podrá dejar de notar que la vida del hombre contemporáneo se asemeja siniestramente, en muchos de sus aspectos, a las utopías que hemos venido describiendo. Como se ha podido ver en lo que llevamos escrito, las utopías trataron siempre de invadir la realidad, pero los valores tradicionales eran muy fuertes. Sin embargo, poniendo en fila los acontecimientos históricos, se tiene la impresión de que la utopía hubiera perseguido a lo largo de los siglos una estrategia de largo efecto, con explosiones flameantes alternadas con períodos subterráneos de relativa calma; hasta el momento en que la difusión de la prensa hizo posible la Revolución francesa. Alguien ha observado que no fueron los ejércitos revolucionarios los que conquistaron Europa, porque las ideas revolucionarias y a la habían conquistado[12].

Después de la revolución francesa y a nada volvió a ser como antes. Y no sólo esto, sino que, como ha hecho notar el filósofo Vittorio Mathieu, después de la Revolución francesa, no ha pasado nada. «Los tres movimientos socio-políticos que nacieron de ella, jacobinismo, bonapartismo y restauración, se han entrelazado entre ellos, simplemente, dando lugar a los estadios híbridos en los que vivimos».

La caída del muro de Berlín, la perestroika, la unidad europea, las concentraciones económicas... ¿Vamos hacia la tecnocracia? Juan Donoso Cortés, en el siglo pasado, decía: el mundo camina con pasos rapidísimos a la constitución de un despotismo, el más gigantesco y absoluto que haya existido jamás[13]. Donoso Cortés pensaba y hablaba así porque había estudiado a fondo las revoluciones de su tiempo, y había asistido a la aparición del tren y del telégrafo. Quién sabe lo que diría hoy si pudiese ver la electrónica aplicada.

Según Augusto del Noce, el 68 fue una especie de revolución intraburguesa, que venía a señalar el paso de la burgue-

sía del estadio capitalista al neocapitalista. También en su tiempo Pasolini se había dado cuenta de este aspecto del fenómeno; de hecho la contestación ha acabado por ayudar al poder neocapitalista a liberarse de las escorias del pasado, es decir, el sentido religioso, la tradición, el sentido de comunidad, las raíces. Y encontramos clara confirmación de esto al ver a muchos de los protagonistas del 68, liberados ya de la superestructura ideológica revolucionaria, convertidos en funcionarios a todos los efectos del nuevo poder neocapitalista[14].

La caída del marxismo en el Este ha sido posible, sin duda alguna, por su presencia en el Oeste, donde, paradójicamente, ha ayudado al neocapitalismo a triunfar, depurado de lo que el mismo marxismo tenía de mesiánico. Hoy, el Occidente ha cumplido y realizado la parábola marxista; el internacionalismo, el ateísmo, el materialismo, el primado de la praxis y la homologación universal.

El ocaso de la religión, preconizado por el marxismo, se cumple en una verdadera y propia heterogénesis de los fines, empleando la fórmula tan querida por Del Noce; su eclipse no ha puesto fin a la «alienación», sino que la ha universalizado. Una vez más la idea de revolución se manifiesta contraria en su esencia a la de Providencia. La primera mantiene que el hombre puede autorredimirse a través de un proceso continuo de liberación; la Providencia afirma que la Historia no camina según la voluntad de los hombres.

La caída del comunismo parecería dar la razón a los que sostienen esta última posición[15].

Notas

1 Cfr. el interesante ensayo de ENZO PESERICO, Gli anni del desiderio e del piombo. Dal sessantotto al terrorismo, en «Quaderni di Cristianitá», n.. 5, Piacenza 1986.

2 La revista Re nudo n.° 10 enero-febrero 1972 exhibía este título en su página 6: Rock + guerra di popólo contro la música e la classe dei padroni. Ya en el siglo pasado la música era, para los revolucionarios, el reino de la libertad, expresión del hombre fáustico, libre de cualquier condicionamiento y abierto al futuro. Las «canciones sin palabras » de Buonarroti (cfr. cap. 22) estaban compuestas por su discípulo Ja-

kob Kats, cuyo nombre de batalla revolucionario era «Pitágoras» y que tuvo una gran influencia entre los emigrados alemanes en Bruselas, aquellos que después dieron vida, en torno a Marx, a la «Liga de los Comunistas». La fe en el poder liberador de la música tiene, por supuesto, raíces muy lejanas: procede de la fascinación oculta de los primeros revolucionarios «pitagóricos» que trataban de buscar, en la armonía perdida de la Naturaleza, un lenguaje universal más allá de la palabra hablada.

[3] En los primeros meses de 1968 apareció en los muros de la Sorbona este documento: Vivimos en un período prerrevolucionario. Estamos viendo nacer una nueva ideología: a nosotros toca perfeccionarla. Cualquier crítica a la sociedad es un acto de lucha política. La política crítica no es valor ni debilidad; es simplemente un deber. Dejémonos llevar por el entusiasmo para encontrar de nuevo el sentido de lo humano. Sepan todos aquellos que tienen miedo de la «aventura» que sólo tienen miedo de la evolución del mundo. La prevalencia intelectual, política y social de los jóvenes sobre el resto de la sociedad es un dato de hecho. Nuestros mecanismos psíquicos, arcaicos y esclerotizados, deben dejar paso a la fantasía. Sólo la verdadera autonomía permite la creatividad. Toda creación es fruto de una emoción vivida. Todos aquellos que no son partidarios de dejar aparte los asuntos corrientes deben decidirse a descender a la calle y poner en tela de juicio sus esquemas mentales. Comer y descansar cada día. Es necesario discutir por todas partes y con todos. Nadie se maraville del caos de las ideas, nadie sonría ante ello, nadie lo tome como motivo de burla o de risa. Este caos es el estado de emergencia de las ideas nuevas. Quien rehuse comprender, que se jubile. Es tiempo de amar y de aprender a amar. Debe renacer en nosotros el placer de las fiestas. Músicos y poetas hacen nuevas canciones. Inventemos para este verano un nuevo tipo de vacaciones que nos permita no interrumpir el movimiento. Sólo tras la explosión de nuestros actuales métodos de pensamiento podremos repensar el mundo desde el principio. El que no conozca el camino hacia la autonomía que se lo enseñe a los otros (sic.)». Cfr. I dieci anni che sconvolsero il mondo, Arcana, Roma, 1978, págs. 111-113.

Pero casi diez años más tarde la revolución aún no estaba concluida. Así se lamentaba el colectivo romano «Scimmia d'oro» (El mono de oro) en 1977:

«Justo es reafirmar el derecho a la propia fantasía, a la propia alegría, pero debemos darnos cuenta de que no basta, porque los módulos burgueses que hemos asimilado son tan resistentes que sólo a través de un proceso largo y difícil podremos liberarnos de ellos... Demasiados machos se dicen feministas (cómo pueda serlo un macho no lo sabemos). Demasiados compañeros niegan la autoridad no destruyendo sus mecanismos y dejando que renazca con nuevos rostros; demasiadas personas hacen la rosca no porque eso les vaya, sino porque ésa es la conducta que ahora se requiere».

Ibíd, pág. 130.

[4] Viene a la memoria el ejemplo diametralmente opuesto de san Benito, quien exhortaba a sus monjes a acoger a todos, salvo a los vagantes, es decir, a los que andaban a la búsqueda de sensaciones espirituales y experiencias siempre nuevas.

[5] Así escribía Re nudo en el número 6, junio-julio-agosto 1971, en la pág. 4: «Comunas ya. Las comunas, en todas sus formas, se convertirán en uno de los argumentos constantes de Re nudo. Ya en mayo, en el número anterior, figuraba este título: «¡Creemos diez, ciento, mil comunas!». Y en el interior se leía: «Queremos crear una comuna erótica». Y «La comuna es la célula de una estrategia alternativa».

Por aquellos mismos años florecía toda una fronda de publicaciones en torno al mismo tema. Las Ediciones Guaraldi, de Rimini, por ejemplo, daban a la luz títulos como Le comune infantilien sus colecciones. Aparte, naturalmente, de obras como Ipampini bugiardi, con introducción de Umberto Eco, y Contro il matrimonio, Rapporto contro la normalitá, II libretto rosso dello studente, Diario de un educastratore. Y hasta El calcio ideología.

[6] Cfr. el conjunto de documentos aparecidos entre 1969 y 1971. Ma l'amor mió non muore, a cargo de R. SGARBÍ y G . Viví, Arcana, Roma, 1971. Asimismo cf. SABI-

NO S. ACQUAVIVA, **Guerriglia e guerra rivoluzionaria in Italia,** Rizzoli, Milán, 1979, pág. 35.

7 En **La política del feminismo,** a cargo de B. Frabotta, Savelli, Roma, 1978, pág. 47.

8 AUGUSTIN COCHIN en su obra **Lo spirito del Giacobinismo** (Bompiani, Milán, 1981) a propósito de las «sociedades de pensamiento» de la Revolución francesa, escribía: «Aquí está la Iglesia que precede y crea el propio Evangelio; estamos unidos por la verdad; no en la verdad» (pág. 49).

9 Así, el periódico «Lotta continua» de 15 de enero de 1975, a propósito de las elecciones estudiantiles decía: «En el caso de que algunas clases elijan delegados claramente fascistas, tengamos presente que la misión de los comunistas es, ante todo, la de interrogarse por qué un sector de la masa estudiantil ha decidido estar representado por un delegado que constitucionalmente es su enemigo; y así, es necesario actuar a la vez, en el plano de la autodefensa y del ejercicio intransigente de la fuerza colectiva contra toda posibilidad - o veleidad- de provocación, y en el de la formación y el de la lucha política para hacer que en todos los estudiantes madure una firme consciencia antifascista».

10 Entrevista en «Avvenire» del 2.2.84.

11 E. PESERICO, **Gli anni del desiderio e delpiombo. Dal Sessantotto al Terrorismo,** op. Cit., pág. 28.

Nihil novi sub solé. En 1820 Buonarroti formó un triunvirato que debía desencadenar la Revolución republicana en los estados alemanes, con el acostumbrado sistema de afiliaciones concéntricas, partiendo de Suiza. El miembro más destacado del triunvirato después de Buonarroti era Karl Folien, de Giessen, verdadero prototipo del líder estudiantil. En 1814 había fundado en su patria una serie de asociaciones de estudiantes de ideas radicales. Los miembros de ellas llevaban el pelo largo y celebraban reuniones anuales en las que se animaba a los asistentes a la unión universal de los estudiantes, lo que puede ser considerado como la primera afirmación moderna de la élite intelectual como fuerza política.

Muy pronto Folien comenzó a obsesionarse con la idea de pasar a la acción, yendo más allá de las discusiones interminables. Fundó entonces el grupo de los «Incondicionados » que propugnaba el asesinato y el hurto «políticos». Sus miembros debían seguir «incondicionalmente» la voluntad del grupo. Quien vacilase debía ser anulado. El 23 de marzo de 1819 un estudiante dejena puso en práctica las ideas de Folien dando muerte al comediógrafo Kotzebue, presunto agente de la Santa Alianza. El episodio fue relatado por otro de los «triunviviros», el italiano Prati, de esta manera: «Era tal el poder del fanatismo político y del espíritu de partido, que un asesinato cometido con fría determinación en perjuicio de una persona de gran renombre literario... en vez de originar —en el seno de la nación más buena e inofensiva del mundo— el más mínimo signo de compasión por la víctima, desencadenó la simpatía más entusiástica por el homicida». Cit. en J . H. BILLINGTON, **Con el fuoco nella mente,** op. cit., pág. 209.

Naturalmente estos hechos desencadenaron la represión y el año 1824 Folien tuvo que huir de Suiza. Ya en América se integró perfectamente en el sistema: fue pastor unitariano y primer profesor de literatura alemana en la Universidad de Harvard.

12 Cfr. la intervención de V . CENTORAME en «Quaderni di Avallon» nn. 20-21, mayodiciembre 1989, Rimini, pág. 20.

13 J. Donoso Cortés, **El poder cristiano,** pág. 49.

14 Cfr. MARCELLO VENEZIANI, **Processo alV Occidente,** Sugarco, Milán, 1990.

15 Cfr. AUGUSTO DEL NOCE, Introducción a **Processo alV Occidente** de M. Veneziani, op. cit.

Capítulo 27

Para concluir

«La utopía no tiene en cuenta las lecciones del pasado, arruina el presente y sueña el futuro que no vivirá».

DIÑO BASILI

«Si Dios me concediese Su omnipotencia, lo cambiaría todo. Mas si me concediese también Su omnisciencia, seguramente dejaría las cosas como están».

JACQUES MONSABRE

La Historia después de la utopía

En el fondo, los utopistas de los que hemos hablado podrían resultarnos incluso simpáticos. Pero la Historia posterior a ellos ha sido lo que ha sido por su causa. Si, como dice el Evangelio, todos deberemos rendir cuenta de cada una de las palabras que han salido de nuestra boca y existe el más allá, muchos de los «intelectuales» que han desfilado por estas páginas (y algunos más, de los que no hemos hablado) estarán seguramente contemplando desde la eternidad y quizá lamentando las consecuencias de lo que en su día escribieron.

El mundo que con tanto ahínco han contribuido a destruir –la civilización cristiana fundada sobre el orden natural– no debía ser, es cierto, el paraíso en la tierra: había sus dificultades y sus problemas. Pero hemos de admitir que se

trataba de problemas y de dificultades, por lo general, de orden *práctico.* Los problemas de otra naturaleza han sido propuestos por ciertos «intelectuales». No se trata aquí, en modo alguno, de hacer una apología de la Edad Media. Ahí están los estudios de los especialistas, estudios que, de por sí, y con la fuerza de los hechos desnudos y crudos, son una clara apología de la época.

Barbazul y el Medievo

Fieles a nuestro propósito de detenernos principalmente en los aspectos más curiosos, nos limitaremos a señalar algunos pasajes de Joris-Karl Huysmans relativos al proceso de Gilíes de Rais, el feroz «Barbazul» del otoño de la Edad Media.

«Con voz sorda, velada por las lágrimas, relató los raptos de niños, las horrendas insidias, los impulsos infernales, las muertes violentas, los implacables estupros; obsesionado por la visión de sus propias víctimas, describió sus agonías, lentas y rápidas, sus gritos de dolor, sus estertores; confesó haberse envuelto en la elástica tibieza de los intestinos de sus víctimas; reconoció haber abierto corazones como si fuesen frutas maduras... Después, la voz se tornó cada vez más ronca. Llegó a los amores sepulcrales, al suplicio de aquellas pequeñas víctimas a las que acariciaba para poder cortarles el cuello con un beso.

»Descendiendo a los detalles, los enumeró todos. El relato fue tan tremendo, tan atroz, que los obispos palidecieron bajo sus capuchas doradas; aquellos sacerdotes templados en el fuego de las confesiones, aquellos jueces que, en tiempos de demonomanías y de homicidios habían escuchado las confesiones más horripilantes, aquellos prelados a los que no podía aterrar ningún delito, ninguna abyección de los sentidos, ninguna suciedad del alma humana, se signaron horrorizados

y Jean de Malestrot se levantó y cubrió, por pudor, el rostro del Cristo.

»(...) Cuando hubo concluido, las fuerzas le abandonaron. Cayó de rodillas y presa de tremendos sollozos, gritó: "¡Oh Dios mío, oh Redentor, os pido misericordia y perdón!". Después, aquel cruel y altanero barón... se humilló; se volvió hacia el pueblo, y llorando amargamente, dijo: "¡Vosotros, padres de aquellos a quienes yo he dado una muerte tan cruel, dadme, ah, dadme el consuelo de vuestras oraciones!".

»En aquel momento, en su blanco esplendor, el espíritu del Medievo relampagueó en la sala.

»Jean de Malestrot dejó su sitial y alzó al acusado, que, desesperadamente, golpeaba su frente sobre el pavimento; en él desapareció el juez y quedó solo el sacerdote; abrazó al culpable que se arrepentía y lloraba su culpa... La sala entera se puso de rodillas y rezó por el asesino»[1].

Naturalmente Gilíes de Rais fue ajusticiado regularmente, a diferencia de los «arrepentidos» de hoy que no sólo se libran de castigo, sino que fuera de la cárcel se ocupan de atenderles cátedras y redacciones prestigiosas, incluso en ambiente católico, en paz y en haz de las víctimas, directas o indirectas. Pero en la Edad Media por «perdón» se entendía algo distinto.

La utopía y las mujeres

En todo lo expuesto hay un detalle curioso que seguramente no se le habrá escapado al lector. Todos los utopistas han hablado siempre de igualdad, es cierto, pero más o menos entre líneas se advierte que esta igualdad se refiere solamente a los varones. Alguna vez las mujeres son declaradas iguales a los hombres, pero la ansiada comunidad las relega al papel que los «refactores de la Humanidad» han pensado siempre para ellas. Es decir, que pueda usarse de ellas como objetos.

Sin embargo, lo que no ha conseguido la utopía de marcha rápida parece que deba obtenerlo la de marcha lenta. Hemos notado muchas veces en el curso de este trabajo la semejanza de no pocos aspectos del mundo contemporáneo con lo descrito por muchos utopistas. Esto no es, por cierto, un descubrimiento de quien esto escribe: el mundo contemporáneo es hijo de la Revolución francesa y a su vez, esta lo es de la Reforma protestante, la cual, a su vez, nace en el Renacimiento paganizante y en el Humanismo.

Hoy, sin soluciones traumáticas, muchas mujeres parecen haber logrado lo que soñaban los utopistas, en muchos casos con un vuelco total respecto a la posición primitiva. Pero sin gran provecho, a juzgar por el número de suicidios que se vienen produciendo. En los Estados Unidos, el país más representativo de la civilización actual, una persona de cada dos utiliza psicofármacos. De ellas, el porcentaje de mujeres es muy alto. En nuestros días, la sociedad de consumo y sus exigencias ha hecho que una proporción altísima de mujeres trabajen fuera de casa; ello supone, evidentemente, autosuficiencia personal e independencia económica. Por ello, el papel protector del varón ha perdido todo su sentido y puede decirse que *de facto* la institución familiar ha sido abolida. Y no sólo eso, sino que la antigua situación de administradora familiar ha permitido a la mujer que trabaja controlar tanto lo que aporta el esposo a la familia como lo aportado por ella. Añádase a esto el hecho de que jurídicamente, en el mundo del trabajo su posición es absolutamente igual a la del varón.

Las características «femeninas» -que tiempo atrás eran juzgadas casi con desprecio si se manifestaban en un hombre- han sido elevadas en el mundo capitalista a virtudes supremas: adaptabilidad, diligencia, afabilidad, sociabilidad, facilidad de conversación. Las virtudes «masculinas»: el valor, la racionalidad, la capacidad de tomar decisiones, casi no sirven de nada. Las decisiones son tomadas *in alto loco,* las computadoras «razonan» mejor y el valor sirve casi únicamente para participar en la carrera París-Dakar.

La división del trabajo en el interior del mundo contemporáneo, así, ya no está absolutamente ligada al sexo. Cualquiera puede hacer cualquier cosa; incluso –a través de la procreación in vitro– traer niños al mundo. La distinción se realiza ahora entre «eficientes» y «no eficientes».

Hacia el satanismo

En este mundo lunar que se está abriendo a nuestros pies, dominado por las imágenes y las apariencias, la emotividad, característica preponderantemente femenina, es hoy casi la única facultad utilizada para conocer lo real. De aquí puede proceder incluso una búsqueda de lo sagrado –parece que la especie humana no puede pasarse sin ello– que ya no es la racional de las religiones solares, el cristianismo *in primis,* sino la histérico-sentimental-emotiva de las llamadas religiones nuevas: de las «orientales» –creadas en Occidente– al *channeling* de Shirley McLaine, de las macrobióticas al satanismo[2].

Y es aquí donde parece que van a parar todas las utopías. Según la Policía norteamericana, que ya desde hace tiempo adiestra a sus agentes en tal sentido, la mayor parte de los crímenes que debemos esperar en el futuro tendrán un trasfondo satánico.

No puede negarse que el dogma «ilustrado» de la libertad de prensa y de expresión ha permitido a muchos cantantes de *rock* durante años a la juventud con mensajes declaradamente satánicos, subliminales o explícitos, desde los Beatles en adelante. Muchas de sus canciones, por lo demás, constituyen con frecuencia una propaganda abierta a toda suerte de drogas, al sexo orgiástico e incluso, en algún caso, al suicidio. Todos los ingredientes necesarios del *sabbat.* Incluso por todo esto se tiene a veces la impresión de que el mundo está como preparándose verdaderamente para crear la tensión psíquica necesaria para un trance de proporciones

planetarias, en espera de Satanás y su enviado final, el Anticristo[3].

Línea maestra

Bien; nuestro «viaje curioso» está tocando a su fin. Podríamos volver de nuevo a la afirmación de Tocqueville y hacer un balance. Vale la pena reproducir la frase íntegra: «Es preferible siempre un modesto administrador, un político mediocre, al más brillante de los intelectuales. Mejor, mucho mejor para todos es la prosa del burócrata que el brillo, por fascinante que sea, de aquello que por oficio hacen los inteligentes».

En efecto, el político, el administrador, el hombre de acción son responsables de lo que hacen. Con frecuencia son llamados a responder de sus errores y fallos. Y cuando no lo son, al menos deben someterse al no fácil trabajo de recurrir a embrollos, a corrupciones, a intimidaciones.

No ocurre así con el intelectual. El intelectual critica desde lo alto de sus teorías, que nunca tienen el riesgo de verificar midiéndose con la concreta realidad de cada día, del hombre y del mundo tal como son y no como deberían ser, según ellos. Cuando la suerte ha permitido que los «inteligentes» metieran la mano en la realidad, ya hemos visto lo que ha acontecido. Estos «intelectuales» jamás responden de sus errores, de sus fallos. Si alguna vez en la Historia han entrado en razón, ha sido siempre por obra de quienes los han superado en «novedad», de quienes habían aprendido muy bien la lección «teórica» hasta el punto de llevarla a sus consecuencias extremas.

Y sin embargo, desde la Revolución francesa hasta nuestros días, el poder de los «intelectuales» no ha venido a menos. Incluso hoy, el político, el administrador y el hombre de acción se ven constreñidos, con frecuencia, incluso a pesar

suyo, a ejecutar locuras bajo la presión de la llamada opinión pública, que de pública no tiene nada porque es privada, mejor dicho, privadísima. Es la del *maître à penser* que se gana el pan –y con frecuencia algo más que el simple pan– criticando todo y a todos en nombre de la nueva, sorprendente teoría pura.

En el curso de nuestra obra, el parangón con la religión ha sido casi siempre un punto obligado. Sobre todo con el cristianismo, que dice al hombre, ciertamente, cómo debe ser, pero comenzando por aceptarlo tal como es. Incluso en este último capítulo, «estación terminal», no se puede menos que recordar que incluso la religión hebraica los maestros de la Ley estaban obligados al trabajo manual. San Pablo constituye un altísimo ejemplo de especulación religiosa, pero nunca dejó de ser fabricante de tiendas. San Benito dejó a los suyos, los monjes que construyeron la Europa civil, una máxima fecunda: *«Ora et labora»*.

No es casual que determinadas fracturas comenzaron cuando una parte del clero se ocupó de la pastoral concreta, la parroquia, la cura de almas en las aldeas, mientras otros se dedicaban solamente al estudio. El mismo Lutero fue uno de estos religiosos privados de todo contacto con el hombre de la calle. *Per diametrum,* el riesgo de salirse por la tangente se da también en aquel clero que solamente se dedica al activismo, porque, olvidada la áurea regla de san Benito, acaba fácilmente siendo presa de los teóricos en quienes ha delegado totalmente la función de pensar.

Los lectores se habrán dado cuenta, a estas alturas, de que este libro es irónico, a veces sarcástico, pero siempre ferozmente crítico frente a todos los utopistas y sus utopías. Y que mira con gran respeto y veneración al cristianismo, más concretamente al catolicismo. Bien, si es así, los lectores lo han adivinado. A fuerza de estudiar las utopías y los utopistas, y juzgándolos con el único patrón universalmente válido, esto es, deteniéndose en los frutos producidos por ellos, el que

esto escribe no podía menos de constatar que los únicos frutos no envenenados, sino nutritivos para los hombres, han sido siempre y únicamente los producidos por el cristianismo, en lo que digo no hay ningún símil: podemos estar seguros de ello. Desde cualquier punto que se considere, el cristianismo muestra siempre su origen divino: las doctrinas de origen humano -ya lo hemos visto- no son sino pías intenciones que invariablemente van a dar en lo contrario de lo que se proponen.

Cuando apareció el cristianismo, el mundo quedó estupefacto. Aquel mundo, cuya máxima aspiración era la de ser o llegar a ser romano, aquella sociedad aburrida y escéptica, se vio obligada a salir de su marasmo. Chesterton dice: «Nadie sabe aún con claridad por qué aquel mundo tan indiferente perdió su equilibrio frente a aquellos que estaban allí, en medio, inmóviles, mientras la arena y el universo entero parecían girar en torno suyo. Y entonces se vio resplandecer sobre ellos, en aquella hora oscura, una luz que nunca se oscurecía; un foco blanco bañaba aquel grupo con una fosforescencia sobrehumana, señalándolos el camino a través de los crepúsculos de la Historia y confundiendo cualquier esfuerzo que intentase obstaculizarlos con las nieblas mitológicas o filosóficas. Es la luz con la que el mundo, queriendo herirlo y aislarlo, lo ha coronado; la luz con la que sus enemigos lo han hecho más ilustre y sus críticos más inexplicable; es la aureola del óleo en torno a la Iglesia de Dios»[4].

El estupor no ha concluido aún.

Notas

1 JORIS-KARL HUYSMANS, Nell'abisso, Ecig, Genova, 1988, págs. 259-261.

2 Cfr. MASSIMO INTROVIGNE, Le nuove religioni, Sugarco, Milán, 1989.

3 Una «curiosa» coincidencia en relación con esto es la proliferación en lugares «sospechosos» del número 666, que en el Apocalipsis designa el Anticristo. Recientemente el departamento británico que tiene a su cargo la distribución de las tarjetas automovilísticas (DVLC) ha debido desterrar esta cifra. Parece, en efecto, que muchos automovilistas con este número habían denunciado fenómenos «diabólicos» que afectaban a su automóvil.

Y ya de coincidencia en coincidencia, se sabe que en los Estados Unidos muchos artistas hacen «embrujar» sus obras para que tengan éxito. El año 1989 ha visto cómo la película Batman batía todos los récords de taquilla. La reaparición de este personaje, creado en los años treinta por Bob Kane, se debe al dibujante Frank Miller, que ha hecho de este filme un noir con algún toque de lo satánico. Curiosamente, la «DC comics» editora de Batman tiene su sede en el número 666 de la Quinta Avenida, en Nueva York, que se ve claramente sobre la puerta del edificio.
Más aún, en el fatídico 1984 el código del Banco Mundial era 666.
[4] G . K. CHESTERTON, L'uomo eterno, la Nueva Italia Editrice, Perugia-Venecia, 1930, pág. 181.